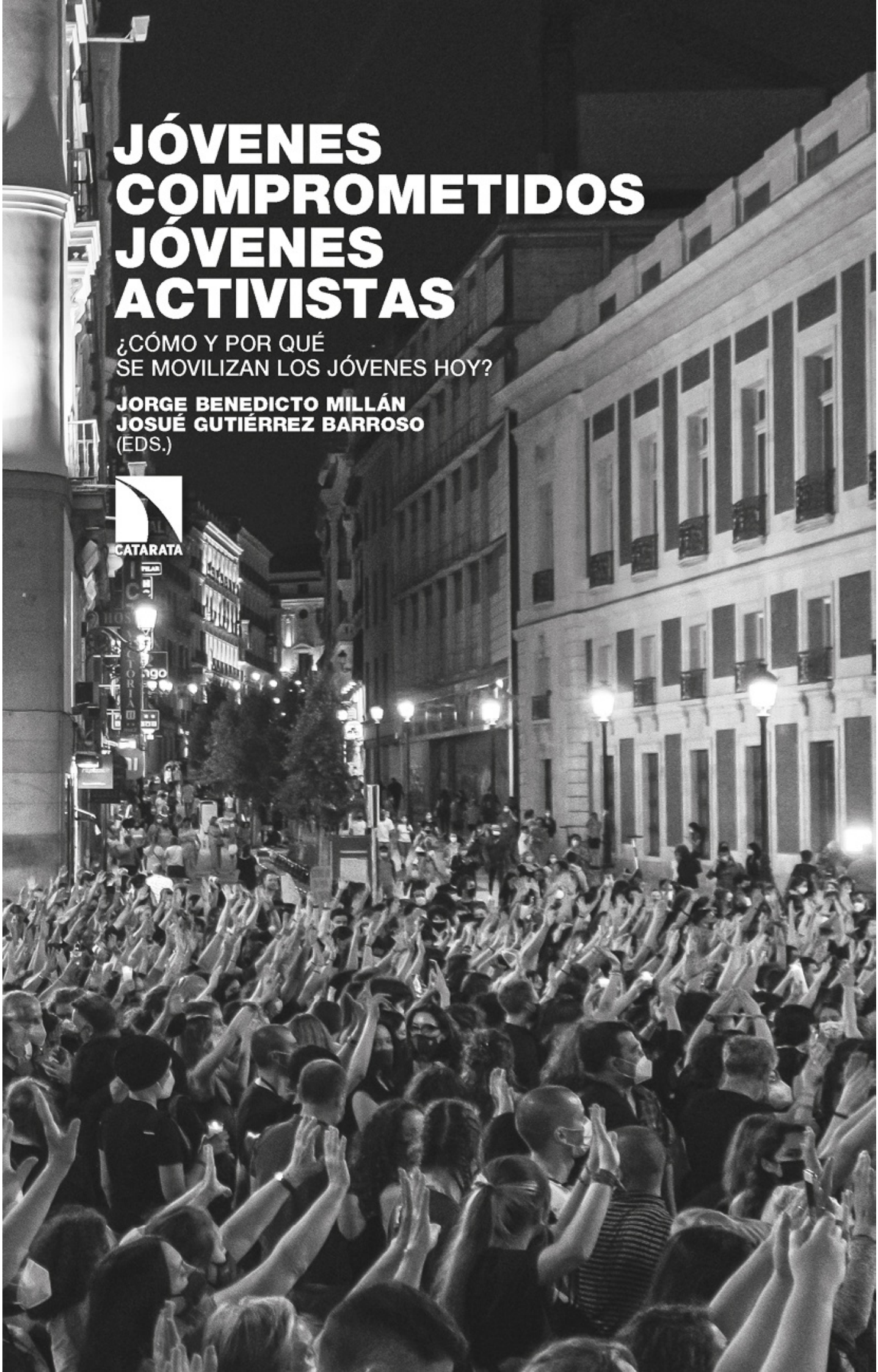

JÓVENES COMPROMETIDOS JÓVENES ACTIVISTAS

¿CÓMO Y POR QUÉ
SE MOVILIZAN LOS JÓVENES HOY?

JORGE BENEDICTO MILLÁN
JOSUÉ GUTIÉRREZ BARROSO
(EDS.)

CATARATA

Índice

1. PRÓLOGO
2. CAPÍTULO 1. LOS ACTIVISMOS JUVENILES: ENTRE LA BIOGRAFÍA Y EL COMPROMISO. Jorge Benedicto y Roger Soler-i-Marti
    1. 1. Introducción. El enigma persistente del compromiso juvenil
    2. 2. ¿Cómo se comprometen y participan los jóvenes hoy? Tendencias y paradojas
    3. 3. Transiciones juveniles y transformaciones en el activismo
    4. 4. Las biografías del compromiso: una mirada biográfica e interaccionista del activismo juvenil
    5. 5. Estudiar las biografías del compromiso: el proyecto Youth Activisms
    6. 6. Conclusiones: del cambio en las formas al cambio en la mirada
3. CAPÍTULO 2. "TODA MI VIDA ES ACTIVISMO". CLAVES PARA COMPRENDER LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES MILITANTES DURADERAS EN JUVENTUDES COMPROMETIDAS. Javier Gil, Gomer Betancor y Myriam Aarab
    1. 1. Otra forma de vivir el activismo: introducción a los activistas vitales
    2. 2. De la identidad colectiva a los puntos de inflexión biográficos: herramientas para analizar los activismos vitales
    3. 3. Características de los activistas vitales
    4. 4. La ambivalencia de los espacios de socialización política tradicionales
    5. 5. Las condiciones de posibilidad del activismo vital

6. 6. Conclusiones
4. CAPÍTULO 3. CONVERSACIONES CON MI ABUELA: SOCIALIZACIÓN POLÍTICA Y CRISIS DE LA FAMILIA EXTENSA. Patricia García Espín
    1. 1. Introducción
    2. 2. La familia como espacio de socialización
    3. 3. Nota sobre la investigación
    4. 4. Lo que hacen y dicen abuelos, abuelas, tíos y tías
    5. 5. Conclusión
5. CAPÍTULO 4. ¿QUÉ HACE ALGUIEN COMO TÚ EN UN SITIO COMO ESTE? LA MILITANCIA DE LAS PERSONAS JÓVENES EN LOS PARTIDOS POLÍTICOS. Jorge Benedicto y Josué Gutiérrez
    1. 1. Jóvenes y partidos políticos, una relación cada vez menos frecuente
    2. 2. La participación juvenil en los partidos políticos: algunas explicaciones
    3. 3. La necesidad de una nueva mirada centrada en los actores
    4. 4. La configuración de las carreras militantes juveniles en los partidos
    5. 5. Conclusiones. La militancia partidista, otra forma más de activismo político juvenil
6. CAPÍTULO 5. LA POLÍTICA DE LOS RESIDUOS ALIMENTARIOS. BUCEAR EN LOS CONTENEDORES DE BASURA COMO ACCIÓN DIRECTA SOSTENIBLE. Judith Bessant, Sebastian Lyons y Rob Watts
    1. 1. Introducción
    2. 2. El buceo en contenedores en contexto
    3. 3. Lo que hacen los jóvenes buceadores de contenedores en Melbourne
    4. 4. Por qué algunos jóvenes bucean en contenedores
    5. 5. El buceo en contenedores como acción política
    6. 6. Conclusión

7. CAPÍTULO 6. LOS CUIDADOS COMO FORMA DE RESITENCIA: EL POSO DE LOS FEMINISMOS EN LAS PRÁCTICAS ACTIVISTAS EMANCIPATORIAS. Emma Gómez Nicolau, Yolanda Agudo Arroyo y Almudena De Linos Escario
    1. 1. Introducción
    2. 2. El cuidado como trabajo y como resistencia: aportes desde los feminismos
    3. 3. Cómo son las organizaciones que cuidan
    4. 4. Conclusiones: cuidar como desobediencia al orden neoliberal
8. CAPÍTULO 7. CARRERAS ACTIVISTAS EN MOVIMIENTO: JUVENTUD Y ECOLOGISMO EN EL CONTEXTO CANARIO. Pau Orihuela
    1. 1. Introducción
    2. 2. Juventud, compromiso activista y ecologismo en Canarias
    3. 3. Los inicios del compromiso activista más allá de la familia: entre autogeneración y eventos transformadores
    4. 4. Entre idas y vueltas: universidad, movilidades y continuidad del compromiso
    5. 5. Del desgaste a la reinvención: entre pausas, crisis y abandonos
    6. 6. Conclusiones: compromisos en movimiento, carreras en reconfiguración
9. CAPÍTULO 8. ARTES DE LA CIUDADANÍA.PRÁCTICAS CREATIVAS Y LUCHAS SOCIALES EN CONTEXTOS JUVENILES. Ricardo Campos
    1. 1. Introduccion
    2. 2. Juventud, creatividad y expresión cultural
    3. 3. Artes de la ciudadanía
    4. 4. Las artes de la democracia
    5. 5. Conclusión
10. CAPÍTULO 9. SENTIRES ACTIVISTAS. APUNTES PARA ESTUDIAR LA EMOCIONALIDAD DE LA EXPERIENCIA

ACTIVISTA JUVENIL. Juan Carlos Revilla, Alejandro Gonzalo y Marta Marbán
    1. 1. Introducción
    2. 2. Un repaso teórico de las emociones en los movimientos sociales
    3. 3. Las emociones más allá de los movimientos sociales. Reconfigurando los conceptos
    4. 4. Dimensiones para el análisis de los sentires
    5. 5. A modo de conclusión: los sentires y la acción activista
11. SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES
12. NOTAS

Jorge Benedicto Millán
y Josué Gutiérrez Barroso (eds.)

Jóvenes comprometidos, jóvenes activistas

¿CÓMO Y POR QUÉ SE MOVILIZAN LOS JÓVENES HOY?

COLECCIÓN INVESTIGACIÓN Y DEBATE

ESTA PUBLICACIÓN ES PARTE DEL PROYECTO I+D+I PID2020-117529RB- 100 FINANCIADO POR MICIU/AEI/10.13039/501100011033

© MYRIAM AARAB, YOLANDA AGUDO ARROYO, JORGE BENEDICTO, JUDITH BESSANT, GOMER BETANCOR, RICARDO CAMPOS, PATRICIA GARCIA ESPÍN, JAVIER GIL, EMMA GÓMEZ NICOLAU, ALEJANDRO GONZALO PUYOD, JOSUÉ GUTIÉRREZ BARROSO, ALMUDENA DE LINOS ESCARIO, SEBASTIAN LYONS, MARTA MARBÁN PARERA, PAU ORIHUELA SÁNCHEZ, JUAN CARLOS REVILLA, ROGER SOLER-I-MARTÍ Y ROB WATTS, 2025

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2025
ZURBANO, 76

28010 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

JÓVENES COMPROMETIDOS, JÓVENES ACTIVISTAS.
¿CÓMO Y POR QUÉ SE MOVILIZAN LOS JÓVENES HOY?

ISBNE: 978-84-1067-319-9
ISBN: 978-84-1067-310-6
DEPÓSITO LEGAL: M-24.765-2025
THEMA: JPW/1DSE/3MR

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

A todos los y las jóvenes que
dedican su tiempo y su esfuerzo a
lograr una sociedad mas justa y mejor

PRÓLOGO

Este libro surge en un contexto histórico caracterizado por transformaciones profundas en las formas de participación política y en los modos de acción colectiva de las juventudes contemporáneas. En las últimas décadas, el activismo juvenil ha adquirido una visibilidad creciente en la esfera pública global no solo por su capacidad de movilización, sino también por su potencial para redefinir los discursos, las prácticas y las estrategias del cambio social. Las contribuciones reunidas en este volumen proponen analizar, desde una perspectiva interdisciplinaria, diferentes expresiones del activismo juvenil en contextos diversos, con el propósito de comprender sus fundamentos, sus tensiones internas y su relevancia para las sociedades actuales. Porque la participación y el activismo juvenil poseen una especificidad cuya transcendencia social se hace evidente no solo a través de las acciones más o menos espectaculares que protagonizan, sino sobre todo por su contribución a la consolidación de una ciudadana activa que lucha por una sociedad más sostenible, igualitaria y e inclusiva.

El activismo juvenil no constituye un fenómeno nuevo. Sin embargo, las formas que adopta en el siglo XXI revelan un proceso de renovación y reconfiguración política que responde a los desafíos del presente. Frente a la aparente despolitización que a menudo se les atribuye, las juventudes vienen demostrando en estos años una notable voluntad para comprometerse con diferentes causas, temas y valores, que expresan públicamente a través de su capacidad de agencia con grandes dosis de creatividad, conectividad y articulación transnacional. Estos activismos no solo cuestionan el *statu quo*, sino que también proponen alternativas éticas, culturales y organizativas orientadas a imaginar otros futuros posibles.

Profundizar en los compromisos activistas de los y las jóvenes contribuye, asimismo, a la construcción de una memoria colectiva de las luchas juveniles recientes. En un tiempo marcado por la inmediatez mediática y la obsolescencia informativa, la documentación y el análisis académico de las experiencias juveniles se vuelven tareas urgentes. Registrar las acciones, discursos y estrategias de los movimientos juveniles permite no solo reconocer su papel histórico, sino también generar aprendizajes que orienten futuras investigaciones y políticas públicas. El conocimiento sistemático sobre las formas de organización juvenil resulta imprescindible para comprender las dinámicas sociales contemporáneas y para imaginar políticas que promuevan una participación más inclusiva y democrática.

Pero para comprender en toda su complejidad las dinámicas de los activismos juveniles actuales no hay que olvidar que estamos hablando de personas jóvenes, esto es, sujetos que en un momento complejo de sus trayectorias vitales se comprometen social y políticamente y deciden expresar pública y colectivamente ese compromiso a través de diferentes tipos de prácticas participativas. En otras palabras, no podemos hablar de activismos juveniles sin hablar de los y las jóvenes que los protagonizan. Es por eso por lo que este libro pone el foco en los actores, es decir, en las personas jóvenes que se hacen presentes de muy diversas maneras en el espacio público de nuestras sociedades. Unos actores que tienen que compatibilizar o, mejor dicho, armonizar de la mejor forma posible sus compromisos activistas con las exigencias del resto de esferas de sus vidas, en momentos donde suele predominar la incertidumbre propia de los procesos transicionales. Estamos convencidos de que solo desde una perspectiva que tenga en cuenta las necesidades, intereses y deseos de las personas jóvenes y que profundice en sus experiencias participativas se podrá obtener una imagen certera de cómo y por qué se movilizan en la actualidad.

Los autores y autoras que participan en este volumen asumen que los y las jóvenes son actores sociales plenos, cuyas formas de acción no deben medirse únicamente con los parámetros de la política institucional, sino que requieren ser comprendidas en su especificidad: en sus temporalidades, sus lenguajes, sus emociones y sus modos de construir

comunidad. De ahí que no pretendamos ofrecer una tipología cerrada del activismo juvenil, sino más bien un panorama analítico y reflexivo que dé cuenta de su diversidad y complejidad.

A lo largo de los diferentes capítulos, se pueden encontrar reflexiones teóricas y análisis empíricos sobre distintos aspectos relacionados con los activismos juveniles. Varios de estos capítulos, cinco en concreto, tienen su origen en el proyecto Youth Activisms en el que han participado investigadores de varias universidades españolas y que tenía por objetivo estudiar la multiplicidad de formas y significados que adopta el activismo de los y las jóvenes en España y sus principales líneas de transformación. En estos capítulos se abordan cuestiones específicas que han surgido a partir de la abundante información generada en el proyecto. El resto de capítulos ofrecen análisis de diferentes casos y contextos que muestran la variedad de expresiones públicas que llevan adelante las personas jóvenes comprometidas políticamente.

Tras el capítulo inicial en el que se plantean nuevas aproximaciones teóricas para estudiar el activismo juvenil desde una perspectiva biográfica y procesual, las temáticas que se abordan son muy diversas. Desde la importancia de la socialización familiar hasta el estudio de la configuración de identidades activistas duraderas, el análisis del activismo juvenil en partidos políticos, la participación en acciones contra el desperdicio alimentario y en movimientos ecologistas o expresiones artísticas y culturales como formas de resistencia simbólica. También se incluyen análisis de naturaleza más teórica, pero fundamentados en una importante base empírica, sobre la dimensión emocional de las experiencias activistas y sobre la contribución de los planteamientos feministas a las prácticas activistas emancipadoras.

Esta multiplicidad de enfoques y temas de estudio refleja la heterogeneidad de las juventudes y evidencia que el activismo juvenil no es una práctica homogénea, sino un campo en disputa donde confluyen diferentes identidades, motivaciones y estrategias.

Jorge Benedicto y Josué Gutiérrez

Editores

CAPÍTULO 1

LOS ACTIVISMOS JUVENILES: ENTRE LA BIOGRAFÍA Y EL COMPROMISO

JORGE BENEDICTO Y ROGER SOLER-I-MARTI

1. INTRODUCCIÓN. EL ENIGMA PERSISTENTE DEL COMPROMISO JUVENIL

En unos momentos en que todas las preocupaciones parecen dirigirse hacia el creciente atractivo que despiertan las posiciones de extrema derecha entre las nuevas generaciones convirtiendo a la juventud en chivo expiatorio de los temores de una sociedad adulta donde predomina la desorientación y la incertidumbre, no deberíamos olvidar que los jóvenes han sido en este siglo XXI protagonistas destacados en los grandes procesos de transformación social. Si bien la juventud siempre ha estado presente, de una forma u otra, en el devenir político de las democracias contemporáneas, el hecho innegable es que en este siglo su presencia ha sido aún más significativa, a pesar de que una y otra vez se repiten los "lamentos" ante su aparente desinterés respecto a todo lo que supere su esfera de intereses privados e individuales.

Desde aquella ya lejana movilización de muchos jóvenes estadounidenses en favor de Barack Obama en 2008, pasando por las primaveras árabes, el movimiento de los indignados del 15M, el Occupy Wall Street, el movimiento democratizador de los estudiantes en Hong Kong, la movilización de las mujeres latinoamericanas en pos de la legalización del aborto y los estallidos sociales chileno o colombiano, hasta las movilizaciones juveniles durante la pandemia o los movimientos de jóvenes que apoyan a Donald Trump, son innumerables los acontecimientos que, aunque no todos puedan considerarse

específicamente juveniles, destacan por la relevancia que en ellos tienen los jóvenes. Además, este protagonismo se ha visto acompañado por una verdadera revolución en las formas, canales y estrategias de acción a través de las que se hacen presentes en la esfera pública, consecuencia de como, en su gran mayoría, recelan de la política institucional y de su interés e implicación en múltiples ámbitos de la vida colectiva como el feminismo, la cuestión climática o los derechos de las minorías.

Aunque este cúmulo de evidencias parecería dispar cualquier duda sobre la implicación juvenil en las cuestiones de orden sociopolítico, la realidad es que en el debate público sigue predominando desde hace tiempo la imagen de una juventud poco comprometida, desconectada de los temas colectivos y que solo se interesa por cuestiones puntuales relacionadas con su situación. Es difícil articular una explicación plausible a esta paradoja que confunde la desafección institucional de muchos jóvenes con el desinterés o el rechazo hacia lo político, pero sin duda en el fondo lo que late es una mirada adultocéntrica (Duarte, 2016) que al igual que otras formas de dominación se nutren de argumentos *ad hoc* que permitan justificar y perpetuar la posición de inferioridad e irrelevancia del colectivo, en este caso, de los jóvenes.

Tanto en el discurso mediático como en parte de la investigación más tradicional se siguen manejando concepciones estereotipadas de lo que significa hoy la política para los jóvenes y cómo expresan sus intereses y necesidades en la esfera pública. Unas concepciones que no tienen en cuenta los cambios en las relaciones entre ciudadanos y política, como se pone de manifiesto en la creciente importancia de las formas de acción colectiva que se sitúan explícitamente fuera de la política institucional. Pero tampoco las transformaciones que están viviendo los jóvenes en sus experiencias vitales que afectan al desarrollo de sus biografías personales y que cobran una especial importancia también a la hora de comprometerse con diferentes causas y plasmar ese compromiso en prácticas participativas novedosas.

Para superar estas limitaciones, a continuación, proponemos desarrollar una mirada procesual y biográfica de la implicación política juvenil en la que se tengan en cuenta, por una parte, los procesos de reconfiguración de las transiciones juveniles actualmente en marcha y cómo estos impactan

en las formas en que los jóvenes se plantean y llevan adelante sus compromisos sociopolíticos. Y, por otra, las transformaciones que se producen en los activismos juveniles como resultado de las interacciones entre los actores, esto es, los jóvenes, con sus propios condicionamientos biográficos y los contextos en los que participan. Pero antes de profundizar en esta cuestión hay que hacer algunas precisiones sobre las características que tiene hoy la participación política juvenil que sirvan de contexto para desarrollar esa mirada biográfica e interaccionista de los activismos de la juventud.

2. ¿CÓMO SE COMPROMETEN Y PARTICIPAN LOS JÓVENES HOY? TENDENCIAS Y PARADOJAS

Cualquier análisis sobre la participación política juvenil tiene que partir de un dato incontestable y es la creciente lejanía y desconfianza que gran parte de las nuevas generaciones manifiestan respecto a todo lo que tenga que ver con la política institucional, es decir aquella que está monopolizada por los partidos y los políticos. Si acudimos a una de las fuentes de datos más recientes en nuestro país, el *Informe 2024. Juventud en España*, podremos constatar como ambas instituciones son las que menos confianza suscitan entre la población juvenil. En una escala de 1 a 10, la media de confianza es de solo 3,7 en el caso de los partidos políticos y de 3,3 en el de los políticos; una cifra que se hace aún más significativa si se tiene en cuenta que un tercio de los encuestados (33%) otorga la mínima valoración a los políticos y alrededor de un cuarto (26%) cuando se trata de los partidos políticos (Bartomeus y Soler-i-Martí, 2025). Estos datos que no son ni mucho menos exclusivos de España, sino que se repiten con mayor o menor intensidad en la mayoría de países desarrollados, muestran hasta qué punto la población joven está distanciada de la política que se desarrolla en las instituciones, algo que se corrobora cuando vemos que, aparte del voto, la participación en actividades convencionales como militar en partidos políticos o contactar con políticos es bastante escasa en comparación con otras actividades no convencionales, como participar en actividades de protesta o apoyar una determinada causa mediante la recogida de firmas o la contribución

económica, que están mucho más extendidas.

El alejamiento de lo institucional, en cuya explicación también hay que incluir la precariedad de las vidas juveniles, no debe sin embargo malinterpretarse como signo de rechazo o desinterés hacia lo político en general. Por el contrario, que los y las jóvenes muestren su descontento hacia lo que ocurre en la esfera institucional no implica que a una gran cantidad de ellos no les interesen múltiples cuestiones relacionadas con la vida colectiva y con una innegable dimensión política. El cambio climático, la igualdad de género, las consecuencias de las desigualdades o de las migraciones, la diversidad sexual, los derechos de las minorías son temas que atraen su interés, forman parte de su conversación pública y por los cuales son capaces de comprometerse y movilizarse (Giugni y Grasso, 2021). Esta aparente paradoja nos recuerda que en las sociedades actuales mientras lo que sucede en el sistema político institucional ha ido perdiendo relevancia social, lo político ha colonizado muchas áreas de la vida personal y colectiva que es donde los jóvenes encuentran los materiales necesarios para dotar de significado a su acción.

Este desplazamiento de las prioridades guarda una estrecha relación con los profundos cambios socioideológicos y políticos que se producen en una sociedad cada vez más individualizada (Giddens, 1991), donde las instituciones clásicas de la vida social pierden capacidad socializadora entre las nuevas generaciones al tiempo que el individuo, sus intereses, deseos y necesidades se sitúan en el centro de la escena. Un protagonismo que muchas veces lleva a olvidar las determinaciones estructurales y contextuales que condicionan no solo los recorridos biográficos individuales, sino también sus capacidades de acción.

Las consecuencias de estos procesos de cambio se dejan sentir en todas las esferas de la vida juvenil y por tanto también, como es lógico, en la esfera colectiva. En esta sociedad de los individuos (Dubet y Martucelli, 1998), la participación en muchas ocasiones no tiene como horizonte principal la defensa de un proyecto político concreto e incluso tampoco la mera promoción de una causa justa, sino que es la propia vida del individuo la que se ve involucrada. Para muchos jóvenes comprometidos la vida con sus altibajos y condicionantes biográficos se convierte en política y el resultado es la proliferación de activismos fluidos, discontinuos que

compaginan momentos de gran intensidad con periodos de latencia o desactivación en los que el joven o la joven se mantiene en *stand by* (Ekman y Anna, 2012) hasta que las circunstancias personales o contextuales le impulsan a hacer oír su voz otra vez. La participación se basa así en estrategias personalizadas que responden a las características vitales de sus protagonistas y en las que las lealtades organizativas típicas de las militancias tradicionales pierden peso en favor de la búsqueda constante de espacios de experiencia donde se construyen como sujetos y se encuentran con otros que piensan y sienten como ellos (Pleyers, 2019).

Muchas de estas transformaciones en la forma de comprometerse y participar por parte de los jóvenes están dando lugar a lo que podríamos denominar activismos sin intermediarios, en tanto que se trata de prácticas participativas que no encuentran su referencia última en las estructuras formales o en la adscripción a un grupo, sino en la propia subjetividad del actor y en la red de relaciones personales en las que cobran sentido. Sara Pickard, en esta misma línea de razonamiento, habla de política "hecha por nosotros mismos" (*do it ourselves politics*). Con este concepto, la investigadora franco-británica se refiere a cómo estos jóvenes comprometidos, alejados de lo institucional, adoptan iniciativas políticas a través de actos reflexivos anclados en sus vidas cotidianas. Se trata de un tipo de política personalizada y colectiva, lo cual contradice la impresión de que proliferan las acciones individuales sin capacidad de transformación social. Y es que a través de la acción, y gracias en buena medida a las tecnologías digitales, se crean colectividades en las que muchos jóvenes experimentan un sentido de pertenencia y empoderamiento que no encuentran en las organizaciones tradicionales (Pickard, 2019).

El conjunto de cambios que hoy se detectan en las formas de participación juvenil cuestiona muchos de los presupuestos teóricos y analíticos de los que parten los enfoques más tradicionales. De una forma más o menos directa, estos enfoques explican la implicación política activa de los jóvenes por referencia bien a un conjunto de disposiciones psicológicas preexistentes como el interés político o el sentimiento de eficacia, bien a una serie de motivaciones externas al propio individuo, o bien a la posesión de unos recursos tales como tiempo, dinero o aptitudes

cívicas vinculados a la posición socioeconómica (Barret y Brunton Smith, 2014; Brady, Verba y Schlozman, 1995). En todos los casos se trata de variables externas a la propia experiencia participativa que no permiten captar en su adecuada medida la centralidad del compromiso de los actores. Un compromiso que se expresa a través de una serie de prácticas sociopolíticas donde los activistas se construyen como sujetos y crean vínculos identitarios y de pertenencia. Desde esta nueva perspectiva, el actor se sitúa como la unidad principal del análisis, pero de una forma dinámica y situada, tanto personal como social e históricamente. Porque, en general, el activismo, entendido como la expresión práctica de un compromiso de carácter duradero pero no necesariamente uniforme en el tiempo, responde al conjunto de interacciones que se producen entre las circunstancias personales de los individuos y los contextos de la acción, tanto los más cercanos como los más globales relacionados con las estructuras sociales, las instituciones políticas, las estructuras de oportunidades, las coyunturas históricas, etc.

En este sentido, el activismo es un compromiso que se forma, se desarrolla y se transforma de la mano del curso de la vida de los individuos. En el caso de los jóvenes, sabemos que esta trayectoria ha sufrido importantes cambios en las últimas décadas que enfatizan aún más la estrecha relación entre el compromiso social y político y el resto de esferas vitales.

3. TRANSICIONES JUVENILES Y TRANSFORMACIONES EN EL ACTIVISMO

Las distintas etapas de la vida de las personas están vinculadas a roles sociales que van cambiando en paralelo a los grandes cambios sociales. La juventud es una etapa que se caracteriza por el paso de la infancia a la adquisición de roles adultos de mayor autonomía. De la mano de los procesos de globalización, liberalización de las economías y los mercados de trabajo y estancamiento de los Estados del bienestar durante las últimas décadas, las transiciones juveniles —estos procesos de adquisición de autonomía y de construcción de la vida adulta— han experimentado transformaciones estructurales. Estos cambios han alterado

tanto la duración como la forma de lo que consideramos juventud. Los procesos clásicos de entrada en la vida adulta —la finalización de los estudios, el acceso al empleo, la salida del hogar familiar o la consolidación de la autonomía económica— han dejado de organizarse en torno a un orden previsible, relativamente común a la mayoría. En su lugar, han emergido trayectorias más prolongadas, discontinuas y sujetas a una creciente incertidumbre (Blossfeld *et al.*, 2006). Esta reconfiguración incide de manera directa no solo en las condiciones materiales de vida de la juventud, sino también en la creación de expectativas de futuro, en la formación de valores e identidades y, en consecuencia también, en las formas de compromiso político y social.

La expansión de los sistemas educativos y la creciente necesidad de acumular credenciales para competir en un mercado laboral saturado han prolongado considerablemente el tiempo dedicado a la formación. Sin embargo, esta ampliación del periodo educativo no siempre se traduce en mejores oportunidades laborales. Por el contrario, la inserción profesional se ha vuelto más tardía, más irregular y más expuesta a la precariedad. Esto no solo retrasa la autonomía económica, sino que también afecta a otras esferas clave del proceso de transición, como el acceso a una vivienda independiente o la consolidación de proyectos vitales de largo plazo.

En muchos contextos, esta prolongación de la situación de dependencia genera una situación más o menos estancada en la que conviven responsabilidades adultas con cambios, incertidumbres y condiciones materiales típicas de la juventud. La juventud deja de ser una fase claramente delimitada y transitoria para convertirse en un periodo vital extenso y ambiguo, donde las fronteras con la adultez son cada vez más difusas.

Estas transformaciones han conducido a una desestandarización de las trayectorias. Mientras que en generaciones anteriores existía un cierto patrón secuencial —estudios, trabajo, pareja, familia—, actualmente ese orden ha dejado de ser normativo. Las trayectorias se han vuelto reversibles, fragmentadas y, a menudo, desincronizadas con las de los pares. Esta pérdida de sincronía no solo genera una mayor diversidad de itinerarios, sino que también debilita los referentes colectivos que antes

estructuraban la experiencia generacional.

La consecuencia directa de esta desestandarización es una vivencia cada vez más individualizada del recorrido vital. Las personas jóvenes tienden a percibir sus trayectorias como el resultado de decisiones personales más que como una secuencia compartida con quienes las rodean. Pero esta individualización se produce en un contexto fuertemente condicionado por restricciones estructurales, como la precariedad laboral, la desigualdad de acceso a derechos o las barreras materiales para la emancipación. Es un fenómeno que se puede vivir con una gran sensación de contradicción: mientras que las condiciones objetivas de la juventud para construir un proyecto de vida estable son cada vez más complicadas para todos, la vivencia de estos procesos es cada vez más atomizada (France y Haddon, 2014).

Frente a esta tensión, el propio recorrido biográfico —las decisiones que se han tomado, las oportunidades y restricciones con las que se han encontrado— se convierte en un elemento central para explicar la posición del individuo. Las personas jóvenes deben reelaborar constantemente el sentido de sus trayectorias en contextos que cambian de forma rápida y a menudo impredecible. La planificación vital ya no puede apoyarse en certezas ni en modelos estables, sino que exige una interpretación continua de las circunstancias personales, estructurales y contextuales. La reflexividad, esta necesidad de construir narrativas coherentes a partir de experiencias fragmentadas, constituye un rasgo distintivo de las biografías juveniles contemporáneas (Thompson, 2009).

La reflexividad, sin embargo, no garantiza control ni dominio sobre la propia trayectoria. Muchas veces, se trata más bien de una forma de gestionar la incertidumbre y de responder simbólicamente a la desestabilización del futuro. Esta situación también tiene implicaciones para la construcción de identidad, ya que obliga a integrar experiencias dispares, interrupciones e incluso fracasos dentro de un relato de vida que mantenga cierta continuidad.

Estas transformaciones en las trayectorias vitales afectan de manera directa la forma en que las personas jóvenes se relacionan con la política y la acción colectiva. En un escenario caracterizado por la precariedad, la movilidad y la falta de previsibilidad, el compromiso político tiende a

adoptar formas más flexibles, intermitentes y situadas (Chironi *et al.*, 2024). Las biografías activistas se articulan con las condiciones cambiantes de la vida cotidiana: estudios, mudanzas, empleos temporales, cargas familiares o periodos de desocupación influyen de manera directa en la posibilidad de participar y sostener un vínculo político estable.

En este contexto, el activismo aparece a menudo como una experiencia vinculada a momentos específicos del recorrido vital. La participación puede activarse intensamente durante ciertos periodos, verse interrumpida por cambios de contexto y retomarse más adelante bajo nuevas formas o en torno a nuevas causas. Estos recorridos no responden necesariamente a lógicas de continuidad o acumulación, sino que reflejan una manera distinta de vivir el compromiso, más alineada con las dinámicas vitales propias de esta etapa.

Además, el compromiso político se entrelaza cada vez más con procesos de búsqueda de sentido y de construcción identitaria. La acción colectiva no se limita a la expresión de demandas hacia el sistema político, sino que se convierte en una forma de intervenir sobre la propia trayectoria. En un mundo donde las certezas son escasas y los proyectos de vida resultan frágiles, implicarse en una causa puede ofrecer una narrativa de pertenencia, coherencia o empoderamiento. El activismo, en este sentido, se inscribe en una lógica biográfica, en la que lo político y lo personal no pueden separarse del todo.

4. LAS BIOGRAFÍAS DEL COMPROMISO: UNA MIRADA BIOGRÁFICA E INTERACCIONISTA DEL ACTIVISMO JUVENIL

Para comprender en profundidad las formas contemporáneas de implicación política juvenil es necesario adoptar un enfoque analítico que no se limite a clasificaciones estancas ni a modelos causales lineales. Las trayectorias activistas de las personas jóvenes no se desarrollan de forma aislada respecto a sus vidas cotidianas, sino que están imbricadas en un entramado complejo de experiencias personales, relaciones significativas y contextos cambiantes. Por ello, proponemos el concepto de biografías del compromiso como herramienta analítica para capturar la dimensión

procesual, situada y relacional del activismo juvenil.

La noción de biografías del compromiso parte de una mirada interaccionista y biográfica que entiende la implicación política como un proceso dinámico, no siempre lineal, en el que el sujeto va configurando disposiciones comprometidas en diálogo con las circunstancias de su vida y su entorno. En este marco, el activismo se presenta como una construcción subjetiva y situada que se manifiesta a través de prácticas individuales y colectivas, condicionadas por el contexto político, social e institucional.

En este sentido, es posible identificar dos dimensiones clave que articulan el desarrollo de una biografía del compromiso:

- La interacción entre el compromiso sociopolítico y otras dimensiones de la vida: cómo las trayectorias activistas de los y las jóvenes se entrelazan con otras esferas vitales (como el trabajo, la educación, la familia o los vínculos afectivos) dentro de un periodo caracterizado por múltiples cambios y transiciones propias de la juventud.
- La interacción entre las trayectorias individuales y el entorno: cómo las decisiones personales y las circunstancias biográficas se relacionan con el entorno inmediato y con contextos sociales y políticos más amplios, delineando oportunidades y restricciones que modelan tanto la biografía personal como la trayectoria activista.

Así, concebimos el compromiso como una actividad social inscrita en el tiempo y en el espacio. No se trata de un acto puntual o como la consecuencia directa de un sistema de valores preexistente, el activismo es un proceso compuesto por secuencias que se articulan con diferentes fases del ciclo vital.

Desde esta perspectiva, no se puede comprender los compromisos sociales y políticos de las personas jóvenes sin atender a su articulación con sus trayectorias vitales. La implicación política se configura en diálogo constante con otras transiciones biográficas (como cambios de empleo, rupturas de pareja, mudanzas, maternidades o procesos de duelo), lo que permite observar cómo determinadas coyunturas personales inciden en los

ritmos, pausas o intensificaciones del compromiso.

Y en estas coyunturas es fundamental el papel del entorno (institucional, relacional, cultural). Los marcos de oportunidad, las culturas organizativas, los referentes ideológicos o los vínculos interpersonales con otros actores comprometidos influyen en la forma en que el compromiso se inicia, se sostiene o se transforma.

Desde esta perspectiva, el foco no está en las causas estructurales del activismo ni en la mera descripción de prácticas militantes, sino en cómo se construyen, significan y reconfiguran en el tiempo las experiencias de implicación política. El compromiso no es una categoría estática, sino un fenómeno atravesado por múltiples capas de interacción: con el yo, con los otros y con los contextos.

Para profundizar en esta propuesta, identificamos tres aspectos fundamentales que permiten explorar cómo se desarrollan las biografías del compromiso en la juventud.

4.1. RITMOS, CONTINUIDADES Y RUPTURAS

Sabemos que las trayectorias activistas no son necesariamente lineales ni continuas (Amnå y Ekman, 2014). En muchos casos, se alternan periodos de implicación intensa con otros de distanciamiento o pausa, que no deben interpretarse como signos de desafección, sino como parte del dinamismo inherente a esta etapa vital. Mudanzas, maternidades, enfermedades o crisis vocacionales pueden generar rupturas que interrumpen momentáneamente la participación, pero que también abren nuevos sentidos o redefinen el vínculo con el compromiso. A su vez, algunas experiencias permiten la acumulación de capital militante que facilita retornos posteriores a la participación bajo nuevas formas o con nuevas intensidades.

4.2. SENTIDOS CONSTRUIDOS EN LA INTERACCIÓN (LA REFLEXIVIDAD)

La implicación política se construye a través de procesos de reflexividad que permiten a las personas jóvenes dotar de sentido sus decisiones,

prácticas y trayectorias. Esta reflexividad es doble: por un lado, se vincula con el carácter cada vez más individualizado y autonarrado de las trayectorias juveniles en contextos de incertidumbre; por otro, se desarrolla a través del contacto con otros actores, espacios y discursos que permiten reelaborar el significado del compromiso. Así, el activismo no solo se expresa en la acción, sino también en las formas en que los sujetos interpretan su lugar en el mundo y su papel en los procesos de transformación social.

4.3. VÍNCULOS AFECTIVOS, ÉTICOS Y POLÍTICOS

La experiencia del compromiso se sostiene —y muchas veces se inicia— a partir de la construcción de lazos significativos. Las amistades, las relaciones amorosas, las dinámicas grupales o el sentimiento de pertenencia a una comunidad generan condiciones emocionales que favorecen la implicación. Pero también existen motivaciones éticas y políticas que atraviesan las biografías: el deseo de justicia, la indignación frente a una situación concreta, la lealtad a una causa o el legado familiar o generacional. Estas dimensiones afectivas y valorativas no solo motivan el ingreso en espacios de activismo, sino que inciden en la forma en que se permanece o se transforma la implicación.

En conjunto, la mirada biográfica e interaccionista que proponemos permite comprender el activismo juvenil no como una categoría fija o como una etiqueta aplicable en función de ciertos indicadores objetivos, sino como una experiencia situada, dinámica y profundamente ligada al devenir vital de quienes la protagonizan. Las biografías del compromiso nos invitan, así, a indagar en las trayectorias vividas, en los significados atribuidos y en las relaciones que configuran y transforman las formas contemporáneas de implicación política juvenil.

5. ESTUDIAR LAS BIOGRAFÍAS DEL COMPROMISO: EL PROYECTO YOUTH ACTIVISMS

Un exponente de esta forma de entender y analizar los activismos juveniles es el proyecto Youth Activisms[1] sobre cuyos resultados se basan algunos

de los artículos de este libro. Este proyecto propone un enfoque de investigación cualitativa que permite captar la complejidad y el dinamismo de las trayectorias activistas. Su objetivo no es tanto cuantificar niveles de participación como reconstruir procesos biográficos, explorar puntos de inflexión y comprender cómo las personas jóvenes construyen sentido alrededor de su compromiso político.

Para abordar estas cuestiones, Youth Activisms se apoya en una estrategia metodológica centrada en entrevistas biográficas semiestructuradas. Este diseño híbrido combina dos tradiciones: por un lado, la entrevista de historia de vida, que ofrece espacio para una narración amplia, y por otro, la estructura más guiada de la entrevista semiestructurada, que asegura la comparabilidad entre casos y la cobertura de los principales ejes temáticos. El resultado es una herramienta flexible y rigurosa a la vez. Permite que los y las participantes reconstruyan su trayectoria personal y activista en torno a hitos significativos —primeras socializaciones políticas, momentos de entrada y salida en colectivos, cambios de orientación, experiencias de éxito o frustración—, manteniendo una coherencia analítica que facilita el contraste sistemático entre entrevistas. Pero al mismo tiempo, este diseño metodológico permite superar uno de los problemas habituales en este tipo de investigaciones como es la tendencia de los sujetos a ofrecer una imagen individualizada de sus trayectorias en donde parece que no hay estructuras ni condicionantes externos. Lo individual y lo colectivo se entrecruzan en los relatos narrativos.

Para enfatizar la dimensión biográfica de la entrevista y facilitar la reconstrucción de las trayectorias vitales, en las entrevistas se utilizó una herramienta visual que llamamos línea biográfica. Se trataba de desarrollar la entrevista con una ficha en blanco con una línea del tiempo en la que las personas entrevistadas iban marcando los acontecimientos vitales y militantes más relevantes. Esta técnica favorece la memoria, aporta una perspectiva cronológica clara y, sobre todo, ayuda a observar cómo se entrelazan distintos planos de la biografía —estudios, empleo, familia, relaciones afectivas— con la trayectoria de activismo. A partir de este ejercicio, emergen narrativas más densas sobre el significado que los jóvenes atribuyen a su participación y sobre las formas en que los

contextos personales y colectivos se influyen mutuamente.

El proyecto ha realizado un total de 61 entrevistas biográficas semiestructuradas a jóvenes de entre 17 y 34 años. La selección no busca representatividad estadística, sino máxima variabilidad para capturar la diversidad de experiencias activistas contemporáneas. Para ello, se definieron tres grandes subgrupos:

1. Activismos en partidos y organizaciones políticas, vinculados a estructuras más institucionalizadas.
2. Activismos feministas, clave para entender la renovación de los movimientos sociales y el activismo en España en la última década.
3. Activismos diversos, relacionados con diferentes movimientos sociales, que abarcan causas medioambientales, sociocomunitarias, estudiantiles o comunitarias, con distintos grados de formalización organizativa.

Dentro de cada subgrupo se establecieron criterios de diferenciación, como el grado de institucionalización (desde colectivos formales a grupos informales), la duración del compromiso (trayectorias sostenidas frente a intermitentes) o el rol desempeñado (más o menos activo). Además, se incorporaron variables sociodemográficas para asegurar diversidad interna: género, clase social, edad (distinguiendo menores y mayores de 25 años) y territorio, combinando jóvenes de distintos contextos autonómicos y urbanos o rurales. Esta estrategia buscó reflejar la pluralidad de recorridos biográficos y situacionales que atraviesa el activismo juvenil actual.

El análisis de las entrevistas se realizó a partir de un proceso de codificación que combinaba una lógica deductiva (basada en las categorías usadas en el guion de las entrevistas) con otra inductiva (incorporando dimensiones emergentes durante la investigación). A partir de ello, se definieron varias dimensiones clave: socialización política y activista, trayectorias personales y militantes, organizaciones y dinámicas internas, activismo, vida cotidiana y relaciones sociales, y emociones y afectividad[2].

Estas dimensiones permiten observar la compleja interrelación entre lo individual y lo colectivo, entre los itinerarios vitales y los contextos sociales, ofreciendo una perspectiva densa y matizada sobre cómo se

configuran las biografías del compromiso en la juventud.

En conjunto, el diseño metodológico del proyecto Youth Activisms aporta herramientas para comprender el activismo juvenil. Al situar la biografía en el centro del análisis, esta metodología hace visible la riqueza, la fragmentación y la reflexividad que caracterizan hoy las trayectorias activistas, mostrando cómo los compromisos se negocian, se interrumpen y se reinventan a lo largo de la juventud.

En varios capítulos de este libro se desarrollan análisis específicos elaborados dentro de este proyecto. En todos ellos se puede observar la estrecha relación existente entre biografía y activismo y el papel central que en esta relación juegan los compromisos sociales y políticos que los y las jóvenes expresan a través de una serie muy variada de prácticas participativas.

6. CONCLUSIONES: DEL CAMBIO EN LAS FORMAS AL CAMBIO EN LA MIRADA

En lo que llevamos de siglo el activismo juvenil ha experimentado transformaciones profundas, tanto en sus formas como en el sentido que los distintos agentes sociales le atribuyen. A pesar de que la imagen de una juventud despolitizada o apática persiste en muchos discursos, una mirada mínimamente atenta identifica un mapa diverso y dinámico de compromisos, en el que los y las jóvenes recurren a repertorios más variados, fluidos y a menudo también discontinuos. Como subrayan Chironi, Della Porta y Milan (2024: 8), los jóvenes no son un mero subconjunto de la población, sino un grupo específico con sus intereses y formas de vida y sus propias definiciones de la política y lo político, de ahí que también desarrollen formas específicas de implicación política. La desafección hacia la política institucional no puede confundirse con desinterés por lo colectivo: más bien expresa un desplazamiento hacia espacios y causas en los que lo personal y lo político se entrelazan.

A lo largo de este texto hemos planteado que estas nuevas formas de activismo emergen de la mano de las transformaciones en las trayectorias vitales de la juventud. Las transiciones a la vida adulta se han vuelto más largas, fragmentadas e inciertas, lo que obliga a los individuos a reelaborar

constantemente sus biografías en contextos marcados por la precariedad y la falta de horizontes estables. En este escenario, el compromiso político deja de responder a modelos lineales y permanentes para adoptar lógicas flexibles, intermitentes y profundamente conectadas con los ritmos vitales. Desde nuestro punto de vista, esto implica que quien quiera comprender el activismo juvenil debe hacerlo reconociendo su carácter procesual y contingente.

En este punto, la propuesta de una mirada biográfica e interaccionista ofrece un valor explicativo decisivo. Al situar la experiencia de los jóvenes en el centro del análisis, se hace visible como las prácticas de compromiso se configuran en la intersección entre las condiciones estructurales y las decisiones personales, entre los recursos disponibles y los vínculos afectivos, entre los contextos locales y las coyunturas globales. Esta perspectiva permite captar el activismo como una experiencia vivida, atravesada por continuidades y rupturas, por momentos de implicación intensa y otros de latencia.

El enfoque biográfico e interaccionista contribuye, además, a reconocer la agencia juvenil en un mundo que tiende a representar a las personas jóvenes únicamente como víctimas de la precariedad o como sujetos pasivos ante las incertidumbres de su tiempo. Al reconstruir sus biografías del compromiso, se evidencia como, incluso en condiciones adversas, muchos y muchas jóvenes elaboran proyectos, generan colectividades y construyen sentido. El activismo aparece así no solo como un espacio de acción política, sino también como componente más de reflexividad para pensar y construir la propia trayectoria, que ofrece oportunidades pero que también puede comportar limitaciones.

Desde el punto de vista de la investigación de la participación política juvenil este giro en la mirada nos parece crucial. Permite superar los enfoques que reducen el compromiso a variables externas o a motivaciones aisladas, para situarlo en el entramado vital de las persones jóvenes. Pero social y políticamente, implica también reconocer las formas emergentes de participación y ampliar el horizonte de lo que entendemos por acción política. En lugar de medir a los jóvenes según el patrón de la militancia tradicional, se trata de comprender la riqueza de sus repertorios, emociones e identidades que reinventan la acción colectiva.

En definitiva, el estudio de las biografías del compromiso juvenil nos invita a un cambio de enfoque: de la estandarización de las formas de participación a la atención sobre los procesos vitales que las sostienen, de la mirada adultocéntrica que espera que los jóvenes se "integren" en la vida política a una mirada que reconoce su agencia, de la preocupación por el "déficit" de participación a la comprensión de las múltiples y emergentes maneras en que la juventud contemporánea interviene en la vida pública.

BIBLIOGRAFÍA

Amnå, E. y Ekman, J. (2014): "Standby citizens: Diverse faces of political passivity", *European Political Science Review*, vol. 6, nº 2, pp. 261-281.

Barrett, M. y Brunton-Smith, I. (2014): "Political and Civic Engagement and Participation: Towards an Integrative Perspective", *Journal of Civil Society*, vol. 10, nº 1, pp. 5-28.

Bartomeus, O. y Soler-i-Martí, R. (2025): "Juventud y democracia", en C. Feixa *et al.*, *Informe 2024. Juventud en España*, Madrid, INJUVE, pp. 283-326.

Blossfeld, H. P. *et al.* (2006): *Globalization, uncertainty and youth in society: The losers in a globalizing world*, Londres, Routledge.

Brady, H. E.; Verba, S. y Scholzman, K. (1995): "Beyond SES: a resource model of political participation", *American Political Science Review*, vol. 89, nº 2, pp. 271-294.

Chironi, D.; Della Porta, D. y Milan, Ch. (2024): "The political participation of young people in times of crisis: a framework for analysis", en J. Conner (ed.), *Handbook on Youth Activism*, Cheltenham, Edward Elgar Publishing, pp. 2-15.

Duarte, K. (2016): "Genealogía del adultocentrismo. La constitución de un patriarcado adultocéntrico", en K. Duarte y C. Álvarez (eds.), *Juventudes en Chile. Miradas de los jóvenes que investigan*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, pp. 17-47.

Dubet, F. y Martucelli, D. (1998): *Dans quelle societé vivons-nous?*, París, Editions du Seuil.

Ekman, J. y Anna, E. (2012): "Political Participation and Civic Engagement. Towards a new typology", *Human Affairs*, vol. 22, pp. 283-300.

France, A. y Haddon, E. (2014): "Exploring the epistemological fallacy: Subjectivity and class in the lives of young people", *Young*, vol. 22, nº 4, pp. 305-321.

Giddens, A. (1991): *Modernity and Self-Identity*, Cambridge, Polity Press.

Giugni, M. y Grasso, M. T. (eds.) (2021): *Youth and Politics in Times of Increasing Inequalities*, Londres, Palgrave Macmillan.

Pickard, S. (2019): *Politics, protest and young people: Political participation and dissent in 21st century Britain*, Londres, Palgrave Macmillan.

Pleyers, G. (2019): *Movimientos sociales en el siglo XXI*, Barcelona, Icaria.

Thomson, R. (2009): "Youth and reflexive life management", en A. Furlong (ed.), *Routledge handbook of youth and young adulthood*, Londres, Routledge, pp. 119-126.

CAPÍTULO 2

‘TODA MI VIDA ES ACTIVISMO’. CLAVES PARA COMPRENDER LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES MILITANTES DURADERAS EN JUVENTUDES COMPROMETIDAS

JAVIER GIL, GOMER BETANCOR Y MYRIAM AARAB

1. OTRA FORMA DE VIVIR EL ACTIVISMO: INTRODUCCIÓN A LOS ACTIVISTAS VITALES

“Ahora mismo toda mi vida es activismo”, “es de lo más importante que hay en mi vida”, “le dedico todo lo que tengo salvo mi horario de trabajo”, “algo que ahora mismo no me puedo imaginar tendría que pasar para que yo dejara de poner mi vida al servicio de la militancia, del activismo”. Estas expresiones, recogidas en entrevistas realizadas a decenas de jóvenes activistas, revelan un patrón discursivo que no puede pasarse por alto. En ellas se manifiesta una forma particular de relación con el activismo: una implicación profunda, persistente y central no solo como práctica política, sino como principio organizador de la vida.

A partir del análisis de las trayectorias biográficas de 61 jóvenes involucrados en distintos tipos de acción sociopolítica, realizadas en el marco del proyecto Youth Activisms, identificamos un perfil específico de activistas que se diferencia claramente del resto. Frente a un contexto caracterizado por compromisos políticos juveniles más inestables y volátiles, nos encontramos con unos relatos que decidimos investigar por su distancia respecto de la tendencia más generalizada o visibilizada. Se trata de personas para quienes el activismo no constituye una etapa transitoria, una respuesta coyuntural o una actividad secundaria, sino una dimensión estructural de su identidad. Independientemente de los cambios en su entorno vital —mudarse de ciudad, transformaciones en sus relaciones personales o variaciones en sus condiciones materiales—, estas

personas afirman que seguirán siendo activistas. En sus relatos, el compromiso político no aparece como una elección puntual, sino como una forma de estar en el mundo: una práctica vital asumida con carácter incondicional. Para nombrar esta forma específica de implicación proponemos el concepto de activismos vitales. Con este término nos referimos a aquellos casos en los que el compromiso militante se integra tan profundamente en la identidad personal que se convierte en una constante biográfica, un eje que da sentido y continuidad a la trayectoria individual.

Entre las 61 entrevistas realizadas en el proyecto, seleccionamos los relatos donde aparecía una fuerte permeabilidad entre el activismo y el resto de dimensiones de la vida y que, a la vez, tuvieran una proyección indefinida e incondicional de su militancia en el futuro. En concreto, pudimos identificar a un total de 15 entrevistados, en los que se vislumbraba este tipo de relación con el activismo, a los que identificamos como activistas vitales. La distribución de estos y estas activistas entre los perfiles del proyecto se detalla a continuación en la tabla 1.

Cabe destacar algunos aspectos recurrentes si los comparamos con la muestra del proyecto general: se trata sobre todo de activistas mayores, en contextos urbanos y militantes en movimientos sociales o multimilitantes entre espacios de mayor institucionalización (sindicatos o, en mucha menor medida, organizaciones partidistas con fuerte conexión con los movimientos) y movimientos sociales. Esto es importante, ya que nos señala que esta muestra no puede ser indicativa del compromiso de activistas vitales en ámbitos diferentes de los movimientos sociales en espacios urbanos, lo cual abre posibilidades para futuras investigaciones. En el proceso de análisis y escritura se han anonimizado no solo las personas, sino los colectivos, los municipios de militancia y eventos concretos que pudieran identificar a la persona o su entorno.

TABLA 1
VARIABLES Y CRITERIOS DE MUESTREO DE LAS ENTREVISTAS

VARIABLES SOCIODEMOGRÁFICAS		n	N
Género	Hombre	8	15
	Mujer	7	

Rango edad	**← 25**	**2**	**15**
	→ 24	**13**	
Hábitat	**Urbano**	**14**	**15**
	Local	**1**	
VARIABLES DE TIPO DE ACTIVISMO		**n**	**N**
Grado de institucionalización	**Alto**	**4**	**15**
	Bajo	**11**	

Fuente: Elaboración propia.

A partir de esta categoría, el capítulo busca explorar las trayectorias vitales de estas personas, buscando dimensiones y espacios de socialización política que hayan podido ser relevantes en la configuración de sus trayectorias. Por otro lado, también analizamos sus trayectorias militantes, indagando aspectos de los espacios y de su experiencia activista que puedan haber tenido relevancia en la construcción de su identidad activista.

El capítulo se estructura en cuatro partes. En primer lugar, presentamos una breve reconstrucción de las herramientas teóricas y conceptuales que permiten contextualizar los rasgos principales y posibles causas de este tipo de compromisos duraderos. En segundo lugar, caracterizamos el perfil de los activistas vitales a partir de sus propias definiciones y relatos. A continuación, analizamos los aspectos de sus trayectorias vitales, que han contribuido a la formación de este tipo de compromiso, con especial atención a los espacios de socialización política. Finalmente, identificamos algunos mecanismos específicos de los colectivos en los que participan, diferenciando entre aquellos que favorecen la inclusión y sostenibilidad del compromiso y aquellos que actúan como barreras a la participación.

2. DE LA IDENTIDAD COLECTIVA A LOS PUNTOS DE INFLEXIÓN BIOGRÁFICOS: HERRAMIENTAS PARA ANALIZAR LOS ACTIVISMOS VITALES

En los últimos años, hemos asistido a cambios importantes en los activismos juveniles, generando un contexto general marcado por el auge de formas *light* e individualizadas de participación, frente a formas de movilización tradicional. La mayoría de jóvenes muestra compromisos

fluidos, con altos picos y rápidas desmovilizaciones.

En este contexto, nos encontramos algunas excepciones que, por un lado, no se pueden reconducir completamente a las dinámicas que caracterizaban los activismos tradicionales y, por otro, se desmarcan de estas nuevas formas más fluidas de compromiso sociopolítico: un perfil de activismos fuertes, o vitales, como hemos optado por llamarlo en este escrito, de activistas vitales. Su implicación es indefinida y proyectada a futuro y sus motivaciones, diversas: desde la vivencia en carne propia de injusticias (violencia machista, explotación laboral, racismo…) hasta un sentimiento de lealtad hacia ecosistemas asociativos.

Encontramos casos paradigmáticos en España, que nos pueden ayudar a crear una imagen del fenómeno. En los últimos años, el contexto español ha sido escenario de un resurgimiento de movimientos sociales que han forjado un sentido de "nosotros" capaz de perdurar más allá de coyunturas específicas de carácter político y económico, como puede ser el Movimiento 15M, con su identidad compartida basada en la idea de ciudadanía activa y autonomía (Díaz-Parra y Jover-Báez, 2016), o el movimiento feminista, que ha articulado un "nosotras" que engloba a mujeres de diversas procedencias y generaciones, constituyéndose en un referente estable de la agenda sociopolítica más allá de las protestas puntuales (Pando-Canteli y Aurrekoetxea-Casaus, 2020).

La identidad colectiva se ha convertido en una lente fundamental para comprender cómo los movimientos sociales no solo movilizan a los participantes, sino que también mantienen su compromiso a lo largo del tiempo. Se trata de una "definición interactiva y compartida" (Melucci, 1989) entre los participantes que, de esa manera, ayuda a construir orientaciones comunes y solidaridades. En otras palabras, un "nosotros" duradero que permite mantener la cohesión y el sentido de pertenencia a pesar de cambios en los contextos específicos (Fominaya, 2010). Otras perspectivas también van en esta dirección, como la teoría de la "fusión de identidad" (Swann *et al*., 2012), que argumenta que ciertos individuos desarrollan un compromiso activista incondicional, llegando a fundir su yo personal con el colectivo (generando un "yo colectivo") y a asumir sacrificios personales para el mismo: se crea, así, un compromiso a largo plazo que resiste a los cambios contextuales.

Es el caso, por ejemplo, de Fridays for Future Barcelona, cuyos activistas, pese a las restricciones de movilidad durante el confinamiento por la pandemia de COVID-19, conservaron altos niveles de participación y cohesión grupal, señalando que la identidad construida en redes y asambleas preexistentes fungió como estructura adaptativa para sostener la movilización bajo nuevas condiciones (Revilla *et al*., 2024).

Parece evidente que se trata de procesos de generación de identidades complejos, influidos por múltiples factores y de carácter procesual. En ese sentido, resulta importante también explorar ámbitos de la literatura que nos den cuenta del proceso que lleva hasta este tipo de identidades. Por un lado, encontramos la teoría tradicional de la socialización política, que ha enfatizado durante mucho tiempo la primacía de la familia, la escuela y los grupos de pares como agentes formativos que dan forma a las orientaciones políticas (Greenstein, 1965). Por otro, nos encontramos enfoques que cuestionan esta hipótesis y abogan por reconocer la importancia de las experiencias vividas durante la adolescencia tardía y la juventud y rechazan cualquier barrera artificial entre estas etapas de la vida (Niemi y Hepburn, 1995). En este sentido, encontramos también visiones que destacan la importancia de la socialización experiencial en espacios militantes: en esta modalidad los participantes obtienen sentido de utilidad, acompañamiento afectivo construyendo una praxis recurrente y un reconocimiento mutuo que refuerza un "nosotros" activista duradero (Melucci, 1996; Tarrow, 1998). Esto nos permite complementar los enfoques más tradicionales que priorizan agentes como la familia y la educación, creando un marco más completo que incluya la dinámica experiencial multifacética de los espacios militantes y que destaque como la utilidad, el acompañamiento y los vínculos en red se fusionan para producir identidades colectivas permanentes (Niemi y Hepburn, 1995; Melucci, 1996).

Finalmente, para sentar las bases teóricas de la propuesta que planteamos, también puede ser importante recurrir a literatura de perspectiva de ciclo de vida y de biografía política. Elder y Giele (2009) hacen hincapié en cómo la interacción con determinados puntos de inflexión críticos del contexto histórico —discontinuidades marcadas, como crisis económicas o conmociones políticas— pueden reorientar

indefinidamente las trayectorias vitales, lo que hace que el estudio de las secuencias biográficas sea fundamental para comprender los compromisos a largo plazo. Dentro de este paradigma, los puntos de inflexión no son meros acontecimientos, sino momentos biográficamente destacados que reconfiguran las trayectorias; la investigación sobre el desarrollo de Rutter (1996) subraya cómo esos puntos de inflexión —ya sean crisis personales o movilizaciones colectivas— configuran patrones persistentes de acción e identidad.

Los ciclos feministas y el referéndum de independencia de Cataluña de 2017 son buenos ejemplos para ilustrar estos procesos, ya que han funcionado como puntos de inflexión biográficos que han profundizado las solidaridades entre diversos colectivos activistas. Ambos casos ilustran como los acontecimientos críticos sirven de ejes estructurantes para trayectorias activistas duraderas, sosteniendo un sentido del "nosotros" que sobrevive a los ciclos inmediatos de protesta y a las dinámicas institucionales (Fernández y Espinar, 2021; Zamora-Medina y García-Jiménez, 2022).

3. CARACTERÍSTICAS DE LOS ACTIVISTAS VITALES

En este apartado nos proponemos caracterizar con mayor profundidad a los denominados activistas vitales a partir de las definiciones que ellos y ellas mismas elaboran sobre su compromiso y su identidad militante, así como de las implicaciones que dicha militancia tiene en su vida cotidiana y en sus proyectos de futuro.

Los perfiles analizados corresponden a jóvenes cuyas identidades activistas son especialmente sólidas, coherentes y duraderas. Se definen como militantes con la firme convicción de que su compromiso político perdurará en el tiempo, más allá de cambios en su entorno, situación personal o localización geográfica. En estos casos, el activismo no se percibe como una etapa transitoria ni como una actividad secundaria, sino como una dimensión constitutiva del yo. Para describir esta relación particular con la militancia, proponemos el concepto de activismos vitales: una forma de implicación que no solo organiza prácticas concretas, sino que estructura las biografías, da sentido a los vínculos y orienta el

horizonte de vida. Esta categoría busca reflejar una forma de estar en el mundo en la que la política no es un ámbito separado, sino el eje central de su existencia.

En los casos analizados, el activismo no atraviesa únicamente la identidad individual, sino que impregna profundamente la vida social, afectiva y cotidiana. Las amistades, las relaciones de pareja, los espacios de ocio, los gustos culturales e incluso, en ciertos casos, la trayectoria laboral se organizan en torno a la militancia. Una activista climática lo resume de forma elocuente: "Ahora mismo, toda mi vida es activismo, mi trabajo es activismo, mi casa es activismo, mi pareja es activismo, mi grupo de amigas es activismo. O sea, para mí, todo ha salido del activismo […] empieza un hiperactivismo absoluto y completo en el que mi vida se convierte en activismo, básicamente".

Sin embargo, esta centralidad del activismo conlleva una dimensión ambivalente. La militancia, al ocupar una parte considerable del tiempo y del espacio emocional, puede generar tensiones con otras esferas de la vida, como el ámbito laboral, las relaciones personales o el autocuidado. La propia intensidad del compromiso puede derivar en desgaste. Esta tensión entre la plenitud subjetiva que proporciona el activismo y el costo emocional o material que puede implicar constituye uno de los aspectos más complejos de lo que denominamos activismos vitales: una práctica que, al mismo tiempo, otorga sentido y agota, construye comunidad, pero puede erosionar otros ámbitos de la experiencia.

Esta dimensión vital del activismo también moldea las proyecciones a futuro. Algunos entrevistados imaginan trayectorias que integran formas de vida alternativas con continuidad militante. Es el caso de uno de los activistas climáticos entrevistado que proyecta su vida en una ecoaldea no como retiro, sino como base para combinar la vida comunitaria con acciones de intervención directa, como bloqueos de minas de carbón o puntos de extracción petrolera. Se trata de proyecciones que muestran cómo el activismo reconfigura las expectativas de futuro, alejándolas de los itinerarios sociales convencionales y planteando modelos de vida alternativos en los que el compromiso político es inseparable del proyecto vital. La posibilidad de abandono del activismo, en este sentido, no se contempla como una posibilidad realista, incluso se concibe en términos

de crisis existencial: "¿Quién soy y para qué sirvo? […] sí que creo que es una parte bastante definitoria ahora mismo de mí". De este modo, el compromiso no se vive como una elección estratégica, sino como una constante biográfica y una dimensión constitutiva de la subjetividad.

4. LA AMBIVALENCIA DE LOS ESPACIOS DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA TRADICIONALES

Los hallazgos de esta investigación indican que, si bien los espacios tradicionales de socialización política como la familia, la universidad o la cultura pueden influir en el surgimiento de trayectorias activistas, ninguno de ellos resulta por sí solo determinante para explicar el desarrollo de identidades políticas tan estables y centrales como las que caracterizan a los activismos vitales. En lo que sigue, buscamos reconstruir el mapa de factores que nuestros activistas sociales han señalado como importantes en sus procesos de socialización política, buscando reflexionar sobre nuevos espacios de socialización que trasciendan los tradicionales. Analizamos el papel ambivalente de estos factores, subrayando tanto sus potencialidades como sus límites.

La familia emerge frecuentemente como un contexto significativo en los primeros contactos con lo político. Esta influencia, sin embargo, no parece ser un factor diferencial en la configuración de activismos vitales. Las biografías recogidas incluyen tanto personas con antecedentes familiares politizados como otras cuya familia no tuvo ninguna relación con la militancia, o incluso mostraba posturas conservadoras. Aunque la familia puede contribuir a moldear una sensibilidad inicial, no explica la consolidación de una identidad activista de largo plazo.

Algunos entrevistados identifican como fundamentales ciertos espacios de socialización política previos, especialmente *els esplais* o los grupos *scouts*. Un activista catalán relata que su paso por un *esplai* le permitió familiarizarse con valores como el antirracismo, el anticapitalismo y la horizontalidad, al tiempo que adquiría habilidades prácticas: "Nos formábamos en asamblearismo, trabajo en equipo, visión crítica y además hacíamos actividades en contacto con la naturaleza. Todo eso me ha transformado como persona".

Estos espacios, además de su dimensión formativa, ofrecen un componente afectivo clave y suelen integrar a las familias en debates y dinámicas políticas, demostrando como ciertas pedagogías informales pueden actuar como semilleros de prácticas y subjetividades políticas duraderas.

Uno de los elementos más reiterados en los relatos es el papel catalizador de los vínculos personales. La mayoría de las entradas en colectivos políticos no se producen por convocatoria abierta o búsqueda individual, sino mediadas por la recomendación, acompañamiento o invitación de alguien cercano a alguna actividad informal (charlas, talleres, encuentros festivos). Esta forma de acceso refuerza una dimensión relacional del compromiso: el vínculo afectivo antecede a la identificación ideológica. Esta dinámica también pone de relieve una dificultad recurrente, como es la escasa capacidad de muchos colectivos para integrar a nuevas personas a través de canales abiertos o institucionalizados.

La universidad también aparece con frecuencia en las narrativas como un espacio relevante para el inicio del proceso de politización. Todos los activistas entrevistados han pasado por la universidad y casi todos relatan haber tenido experiencias de militancia en este entorno. No obstante, estas experiencias son percibidas, en muchos casos, con cierto desencanto. Algunos describen las asambleas como ineficaces o simbólicas, más orientadas a la *performance* que a la transformación: "Eran como dos horas hablando y tampoco quedabas en nada exactamente", señala un activista. Otra entrevistada critica la codificación estética de la militancia universitaria: "Sabías perfectamente quién militaba políticamente por cómo iba vestido, la actitud, la pose". A pesar de estas limitaciones, la universidad sí cumple una función significativa como espacio de tránsito hacia otras formas de militancia. Varios entrevistados relatan cómo, gracias a los contactos forjados en la universidad, se vincularon posteriormente con centros sociales, colectivos feministas o espacios barriales. Así, más que como espacio de militancia consolidada, la universidad opera como una plataforma de conexiones que facilita el paso a formas de activismo más estables e intensas fuera del ámbito académico.

5. LAS CONDICIONES DE POSIBILIDAD DEL ACTIVISMO VITAL

¿Qué hace posible que ciertos jóvenes construyan trayectorias militantes sólidas, persistentes y estructurantes de su identidad? En esta sección, abordamos las principales condiciones que permiten el tránsito hacia los activismos vitales, entendidos como formas de compromiso político profundamente arraigadas. A partir del análisis de los discursos recogidos, identificamos una ecología compleja de factores que habilitan —o dificultan— este tipo de implicación sostenida: desde la existencia de una oferta política resonante hasta las dinámicas internas de los colectivos, pasando por el papel de los vínculos afectivos, la percepción de utilidad o la experiencia directa de la militancia.

Uno de los elementos estructurales que condicionan el inicio y la sostenibilidad de una trayectoria activista es la existencia de una oferta política adecuada. Es decir, la presencia de colectivos, organizaciones o espacios que resulten coherentes con las inquietudes, valores y horizontes afectivos de quienes buscan implicarse políticamente. Como reiteran numerosos testimonios, el deseo de militar no basta si no se encuentran entornos con los que establecer una afinidad mínima —ideológica, metodológica o emocional—. En este sentido, la posibilidad de desarrollar una militancia sostenida depende, en parte, de la capacidad del entorno para ofrecer canales de incorporación significativos y accesibles. Esta limitación se vuelve especialmente patente en contextos urbanos pequeños, donde la diversidad de opciones militantes es reducida.

Junto a la oferta estructural, también emergen ciertos acontecimientos sociopolíticos que funcionan como hitos catalizadores en la configuración de identidades militantes sólidas. Entre los más mencionados destacan el ciclo de huelgas feministas (particularmente el 8M) y las movilizaciones ecologistas de los últimos años. Estas experiencias no solo despiertan la conciencia política, sino que generan un alto impacto emocional y colectivo. Una activista climática recuerda las protestas de 2019 como un momento definitorio: “Para mí ese es de los mejores días de mi vida. Después vino la acción [fecha], que bloqueamos [infraestructura] y montamos una acampada climática delante de [institución], donde vivimos cinco días. Aguantamos cinco días enteros. Fue una semana increíble […].

Se me ponen los pelos de punta todavía cada vez que lo recuerdo".

No obstante, si bien estos hitos pueden tener una gran potencia movilizadora inicial, no son en sí mismos suficientes para explicar el surgimiento de trayectorias activistas duraderas. Lejos de funcionar como momentos fundacionales aislados, estos acontecimientos deben entenderse como elementos dentro de una ecología más amplia de socialización política que permite sedimentar el compromiso en el tiempo.

Uno de los hallazgos centrales de esta investigación es que la voluntad individual de militar no basta, por sí sola, para iniciar ni sostener una trayectoria activista. Tal como revelan los discursos recogidos, el deseo de integrarse en un colectivo o espacio político no siempre se traduce en una experiencia efectiva de militancia. En este proceso intervienen dinámicas organizativas, culturales y relacionales que pueden facilitar u obstaculizar tanto la incorporación inicial como la permanencia.

La mayoría de las personas activistas entrevistadas distinguen entre experiencias de acogida que propiciaron su compromiso y contextos iniciales hostiles que lo dificultaron. La acogida no se limita a gestos puntuales, sino que se estructura a través de prácticas concretas que permiten a las personas recién llegadas sentirse valoradas, útiles y parte de un proyecto común.

Los propios mecanismos de funcionamiento de los colectivos pueden actuar como barreras de entrada. La falta de dinamización, un ambiente poco hospitalario o la reproducción de jerarquías de género generan malestar y dificultan el compromiso sostenido. Un entrevistado lo expresa así: "Típica situación de un hombre que habla durante seis o diez minutos y no cede la palabra [...]. Salía de las asambleas superquemado y como que tampoco era un acceso fácil". Este tipo de dinámicas, lejos de ser anecdóticas, señala una tensión estructural entre el ideal de participación horizontal y la realidad de espacios que, en la práctica, no siempre garantizan igualdad en el acceso a la palabra, al reconocimiento o a la agencia.

Frente a estas barreras, algunos colectivos han desarrollado prácticas específicas de inclusión que resultan fundamentales para sostener la participación. Una activista de un colectivo de barrio relata cómo, el primer día que acudió, se organizó una dinámica en pequeños grupos: "Me

pareció menos violento, fue muy chulo", lo que le permitió superar la vergüenza inicial y sentirse bienvenida, a pesar de no tener experiencia previa. Otro caso subraya la importancia de espacios donde se prioriza la escucha activa y se valora la participación incluso sin conocimientos técnicos específicos. Además, se destaca el papel de los espacios informales, como los encuentros sociales posteriores a las asambleas ("las cañas"), como dispositivos afectivos que fortalecen vínculos y generan comunidad. Otra estrategia especialmente valorada es la figura del referente o acompañante interno, una persona encargada de orientar a quienes se incorporan. Un activista relata cómo, tras múltiples intentos fallidos, logró mantenerse en un colectivo gracias a que "me cogieron y me apadrinaron [...]. Esa figura en el movimiento estudiantil no la tuve". Este tipo de acompañamiento convierte una experiencia potencialmente frustrante en un punto de inflexión favorable para la integración y la permanencia.

En síntesis, la incorporación a la militancia no es un proceso automático ni garantizado por la motivación individual. Existen barreras internas (lingüísticas, afectivas, organizativas) que pueden excluir incluso a personas altamente dispuestas a implicarse. La persistencia de estas dinámicas representa un obstáculo significativo para el surgimiento y consolidación de activismos vitales. Por ello, las experiencias de acogida, cuidado y apertura no solo son relevantes para incluir a nuevos miembros, sino que constituyen condiciones indispensables para sostener procesos de politización profunda que transforman la identidad, las relaciones y los proyectos de vida de quienes los protagonizan.

Un factor recurrente en las entrevistas realizadas es la importancia que adquiere la percepción de utilidad subjetiva para que las personas se integren de manera sostenida en un espacio militante. Más allá de la ideología o de la motivación inicial, lo que muchas veces marca la diferencia entre permanecer o desvincularse de un colectivo es la posibilidad de sentirse útil, de tener algo que aportar y de experimentar una forma tangible de reconocimiento.

Este sentimiento no proviene necesariamente de asumir tareas centrales o de liderazgo, sino que se genera, con frecuencia, a través de la participación en actividades concretas que se ajustan a las competencias,

intereses o circunstancias de cada persona. Un activista con formación jurídica relata como su incorporación en una organización de vivienda fue especialmente fluida, porque pudo poner en práctica sus conocimientos desde el inicio, lo que le dio confianza y sentido de pertenencia. Otro entrevistado, tras una larga búsqueda infructuosa, se integró en un centro social okupado. Lo que facilitó su entrada fue, precisamente, la naturaleza práctica y accesible del trabajo: "El hecho de que fuera como más manual, todo el mundo puede hacerlo, es como que es más fácil entrar a participar por ahí". En este sentido, la progresividad en la incorporación también parece como un mecanismo clave, la posibilidad de consolidar el compromiso comenzando por tareas pequeñas, manejables, cercanas a sus habilidades e intereses, o validando diferentes tipos de saberes, competencias y formas de aporte. Estas tareas funcionan como puertas de entrada, facilitando la socialización dentro del colectivo y creando las condiciones necesarias para una implicación más amplia y sostenida.

La sensación de utilidad no solo opera a nivel individual, sino que también se proyecta sobre el colectivo al que se pertenece. Sentir que el grupo tiene una incidencia real en su entorno —que sus acciones transforman, influyen o mejoran situaciones concretas— es un factor decisivo para sostener el compromiso. La militancia cobra sentido cuando se percibe como políticamente eficaz, no solo como espacio de identificación.

Una activista lo ilustra claramente al comparar dos experiencias militantes. La primera, en una asamblea universitaria, la describe como "muy performática y muy del colegueo, y de grandes hitos, pero no había mucho más que eso". En cambio, en un segundo espacio —un colectivo con presencia barrial— resalta el impacto directo de la acción política: "Se hace algo que tiene un impacto en la vida de las personas, pero es que además ese impacto es muy positivo". Aunque ya acumulaba experiencias de militancia, fue en ese colectivo donde, por primera vez, se sintió realmente útil: "Veo que soy útil, y aparte también me está sirviendo para ser útil en otros espacios". Esta percepción transformó también su sentido de responsabilidad: "En la asamblea [nombre], si yo no iba pensaba: ¿qué más da? Si mi presencia tampoco va a significar nada. En [nombre de colectivo], no falto a ninguna asamblea". En síntesis, tanto la experiencia

de sentirse útil dentro del grupo como la percepción de que ese grupo tiene una utilidad pública o política son elementos clave en la consolidación de trayectorias militantes sólidas. La utilidad no solo refuerza la motivación, sino que otorga sentido, continuidad y arraigo al activismo. Por ello, constituye uno de los mecanismos más relevantes en el tránsito hacia lo que hemos denominado activismos vitales.

Otro aspecto que desempeña un papel central —y a menudo ambivalente— en la configuración y sostenibilidad de las trayectorias activistas son los vínculos personales. Por un lado, constituyen una de las principales puertas de entrada a la militancia; por otro, son un motivo clave para la permanencia en los espacios políticos. En este sentido, el compromiso activista no se sostiene únicamente sobre la base de afinidades ideológicas, sino también sobre la trama de relaciones afectivas que lo acompañan, lo refuerzan y, en ocasiones, lo condicionan.

Para muchas de las personas activistas entrevistadas los espacios militantes han sido fértiles en la generación de amistades duraderas, vínculos significativos e incluso relaciones de pareja. En no pocos casos, estas relaciones trascienden el ámbito de lo político y reconfiguran por completo la red de sociabilidad cotidiana. El activismo, así, se convierte en un eje vertebrador de la vida relacional. El concepto de comunidad o familia aparece de manera recurrente en los relatos como forma de nombrar esa red densa de vínculos: "Yo creo que en el [nombre del colectivo] he hecho vínculos familiares… o sea, como mucho más… casi que… no sé, como que hay un compromiso allí, como familiar, como si fuese de sangre".

Estos vínculos profundos no solo favorecen la permanencia, sino que funden vida personal y vida política en un mismo tejido relacional, generando condiciones propicias para que se consoliden trayectorias de activismo vital. El colectivo no es solo un espacio de acción política, sino también un lugar de afecto, pertenencia y reproducción social.

No obstante, esta densidad relacional también conlleva efectos ambivalentes. En varios testimonios se advierte como estos vínculos, cuando se cierran sobre sí mismos, pueden derivar en dinámicas excluyentes. La intensidad de la socialización previa puede constituir una barrera para quienes no comparten ese capital relacional, dificultando la

integración de nuevas personas y generando círculos poco permeables o incluso impactando negativamente en el funcionamiento del colectivo, tal y como denuncian algunos activistas: "A través de la confianza en espacios de ocio o personales se deciden cosas, por ejemplo, que después en asambleas no se debaten en profundidad porque ya ha habido otros espacios informales donde se ha decidido eso".

Este tipo de dinámicas tensiona los principios de horizontalidad, transparencia y participación, generando malestar o desigualdades internas. El capital afectivo, en este sentido, puede funcionar como mecanismo de inclusión, pero también como dispositivo de exclusión encubierta.

A lo largo de las entrevistas, emerge con fuerza el papel que juegan ciertas experiencias y acontecimientos vividos en el desarrollo de trayectorias militantes. Aunque estos eventos no son, por sí mismos, determinantes en la configuración de activismos vitales, sí actúan como catalizadores significativos de procesos de socialización política y fortalecimiento del compromiso. Funcionan como puntos de inflexión, capaces de generar emocionalidad, sentido de pertenencia o urgencia ética, elementos que pueden alimentar una implicación sostenida en el tiempo.

Uno de los escenarios más mencionados como motor de politización profunda son los centros sociales okupados (CSO). Para quienes han militado en ellos, estos espacios no son solo infraestructuras físicas o logísticas, sino auténticas escuelas de politización, construcción relacional y transformación personal. Muchos testimonios destacan el impacto emocional y cognitivo que supuso su primer contacto con estos entornos: "Son experiencias que te cambian la forma de ser y de estar en el mundo", afirma un militante. Su función es comparable a la que cumplen ciertos contextos universitarios o momentos de movilización masiva, se configuran como espacios de tránsito identitario donde se ensayan nuevas formas de subjetividad política.

La acción directa constituye, en muchas trayectorias, un hito decisivo. Varios entrevistados señalan la okupación de rectorados en ciudades como Madrid o Barcelona como su primera experiencia militante de alta intensidad. Este tipo de acciones marca un salto cualitativo en la

autoidentificación como sujeto político. Actuar colectivamente en contextos de conflicto y desobediencia no solo refuerza el sentido de pertenencia y la agencia individual, sino que otorga legitimidad a la propia militancia, configurándose como momentos clave en la consolidación del compromiso activista.

Más allá de los grandes eventos movilizadores, muchas trayectorias se ven marcadas por experiencias personales, a menudo más discretas, pero emocionalmente significativas. Algunos ejemplos incluyen la asistencia a una charla específica, un viaje de solidaridad internacional —como un entrevistado que menciona un viaje por Europa de apoyo al pueblo kurdo — o la implicación en respuestas solidarias frente a situaciones de represión. Este tipo de eventos subraya que el compromiso no siempre se construye desde la previsión, sino también desde la contingencia vivida y resignificada.

6. CONCLUSIONES

El análisis de las entrevistas muestra que la construcción de trayectorias activistas duraderas —lo que hemos denominado activismos vitales— no depende exclusivamente de factores individuales, ideológicos o generacionales. Por el contrario, se configura a partir de una ecología compleja de condiciones que combinan dimensiones estructurales (como la oferta política y los acontecimientos sociopolíticos), aspectos relacionales (como los vínculos afectivos y las dinámicas de acogida) y elementos subjetivos (como la percepción de utilidad o la autoidentificación como sujeto político).

Los activismos vitales surgen allí donde la militancia se convierte no solo en una práctica política, sino en una forma de vida: atraviesa la cotidianidad, reordena las redes de sociabilidad y reconfigura el proyecto vital. Esta intensidad no se alcanza únicamente por convicción ideológica, sino porque existen condiciones concretas que permiten sostener el compromiso: espacios que cuidan la incorporación, tareas que habilitan la participación progresiva, comunidades afectivas que dan soporte emocional y acciones que generan sentido.

Finalmente, este capítulo subraya que los procesos de politización

profunda, más que momentos fundacionales o coyunturas movilizadoras, necesitan contextos sostenibles, democráticos e inclusivos que favorezcan la continuidad. Entender cómo se configuran estos espacios es clave para pensar el futuro de la participación política juvenil y los desafíos organizativos que enfrentan los movimientos sociales contemporáneos.

BIBLIOGRAFÍA

Díaz-Parra, I. y Jover-Báez, J. (2016): "Social movements in crisis? From the 15M movement to the electoral shift in Spain", *International Journal of Sociology and Social Policy*, vol. 36, nº 9-10, pp. 680-694.

Elder, G. H. Jr. y Giele, J. Z. (2009): "Life course studies: An evolving field", en G. H. Elder Jr. y J. Z. Giele (eds.), *The craft of life course research*, Nueva York, Guilford Press, pp. 1-24.

Fominaya, C. F. (2010): "Collective identity in social movements: Central concepts and debates", *Sociology Compass*, vol. 4, nº 6, pp. 393-404.

Greenstein, F. I. (1965): *Children and politics*, New Haven, Yale University Press.

Melucci, A. (1989): *Nomads of the present: Social movements and individual needs in contemporary society*, Filadelfia, Temple University Press.

— (1996): *Challenging codes: Collective action in the information age*, Cambridge, Cambridge University Press.

Niemi, R. G. y Hepburn, M. A. (1995): "The rebirth of political socialization", *Perspectives on Political Science*, vol. 24, nº 1, pp. 7-16.

Pando-Canteli, M. J. y Aurrekoetxea-Casaus, M. (2020): "Prácticas discursivas feministas: Análisis de los lemas de la manifestación del 8M en Bilbao", *Feminismo/s*, vol. 36, pp. 205-229, https://n9.cl/i3a9yh.

Revilla, J. C. *et al*. (2024): "Sustaining participation in the ecological movement during the global pandemic: The case of Fridays for Future (Spain)", *Journal of Social and Political Psychology*, vol. 12, nº 2, art. e7699.

Rutter, M. (1996): "Transitions and turning points in developmental psychopathology: As applied to the age span between childhood and mid-adulthood", *International Journal of Behavioral Development*, vol. 19, nº 3, pp. 603-626.

Swann, W. B. *et al*. (2012): "When group membership gets personal: A theory of identity fusion", *Psychological Review*, vol. 119, nº 3, pp. 441-456.

Tarrow, S. (1998): *Power in movement: Social movements and contentious politics*, 2ª edición, Cambridge, Cambridge University Press.

Zamora-Medina R. y García-Jiménez, L. (2022): "Analysis of the social and media debate during the Catalan independence referendum", *Brazilian Journal of Communication Research*, vol. 18, nº 1, pp. 92-121.

CAPÍTULO 3

CONVERSACIONES CON MI ABUELA: SOCIALIZACIÓN POLÍTICA Y CRISIS DE LA FAMILIA EXTENSA

PATRICIA GARCÍA ESPÍN

1. INTRODUCCIÓN

En un momento de la crisis de 2008, le pregunté a mi abuela por qué seguía votando al Partido Socialista si se sentía defraudada. Entonces, me recordó una vieja anécdota: tenía una "promesa". Le había prometido a su padre —mi bisabuelo— que "nunca le traicionaría". La traición significaba básicamente contravenir los ideales en los que tanto había creído: un puñado de normas sobre la igualdad, la solidaridad y un apoyo inquebrantable a la izquierda. Traicionar esas ideas significaba, además, despreciar la memoria de represión y sufrimiento bajo el franquismo. También suponía apoyar intereses ajenos a los nuestros, los de la gente trabajadora y humilde.

¿Qué significaba para mí, una universitaria de relativo éxito, esa promesa de fidelidad? Ciertamente, era extraña. Ni mis padres ni mis abuelos me habían pedido nunca que votara a tal o cual partido. Tampoco me dijeron jamás cuáles debían ser mis ideales. Al contrario: me animaron a leer, estudiar y formar mi propia opinión. Cuando exploré otros caminos, nadie me lo reprochó. No obstante, las largas conversaciones con mi abuela me llevaron a entender y respetar sus fidelidades, también a formarme una idea de las luchas populares y de cómo las vivieron aquellos que, espectadores, no pudieron escribir su propia historia.

Podría dedicar un libro entero a esas conversaciones con mi abuela y cómo han marcado definitivamente mi forma de ver el mundo político. Envidié mucho a Lea Ypi cuando escribió *Libre. El desafío de crecer en el fin de la historia* (2023), sobre su familia y su Albania natal. Este capítulo se inspira en esa lectura, pero apunta a algo más modesto: es una reflexión teórica y empírica sobre el papel de la familia extensa en la configuración de nuestras creencias. Aunque la familia extensa ha estado en los estudios

especializados, mi hipótesis es que esta, aún con su decadencia actual, tiene una influencia remarcable en el proceso de politización de los jóvenes. El grupo extenso, formado por abuelos, tíos o primos, constituye una primera instancia de reflexividad y contraste frente a los padres, que interviene en el proceso de socialización juvenil.

Para mostrar el papel que juega ese ámbito familiar, haremos, primero, una revisión de la literatura sobre el rol de la familia como "incubadora política". Después, veremos el peso relativo del núcleo extenso en las sociedades mediterráneas contemporáneas. Finalmente, ilustraremos teóricamente esa influencia política apoyándonos en un estudio basado en entrevistas con jóvenes entre los que se encuentran militantes, activistas y otros con cierto interés político. La familia extensa modela sus creencias, sobre todo aquellas asociadas a una fuerte curiosidad y a una participación política intensa.

2. LA FAMILIA COMO ESPACIO DE SOCIALIZACIÓN

La familia se considera el principal espacio de socialización política durante la infancia y la juventud, marcando de forma compleja nuestra vida posterior (Sapiro, 2004). El núcleo familiar es considerado un "sistema incubador" (McDevitt y Chafee, 2002) que transmite valores, formas de identificación y pautas de comportamiento en torno al voto, la protesta o la implicación asociativa. La teoría de la socialización familiar parte de que los padres transmiten unos recursos, conocimientos y pautas de valoración que dejan huella a largo plazo, aunque su eficacia es cuestionada actualmente por el incremento de la escolaridad de los hijos o la intensa exposición a los medios de comunicación *online* (Blakeman, 2025), por lo que tiene que competir con fuertes estímulos externos a ella, particularmente durante la juventud.

La familia trasfiere recursos y hábitos políticos a través de dos vías: el enclasamiento y la transmisión ideológica directa. Por un lado, el enclasamiento tiene que ver con el lugar social que ocupamos y con la trayectoria. Los estudios clásicos de los noventa mostraban que adquirimos una serie de recursos culturales, educativos y económicos en el medio familiar que son influyentes en la vida política posterior (Verba *et al.*,

1995). Así, por ejemplo, crecer en una familia de profesionales, posiblemente aportará un vocabulario y un registro cultural más cercano a los discursos técnicos y legalistas de los parlamentos o de las instituciones prestigiadas en la esfera pública.

Además, la familia nos sitúa en un medio cultural y de clase que rezuma política por todos sus poros. En muchos casos, ese medio refuerza la socialización de la niñez, ya que, tras la juventud existe cierta tendencia a acabar en un ambiente parecido al paterno, donde se discuten dilemas y asuntos desde una perspectiva que puede ser cercana. Seguramente, el problema de la vivienda se ve de forma diferente en entornos donde abunda la multipropiedad y en entornos donde apenas se puede acceder a una primera vivienda. Las teorías del enclasamiento ayudan a entender la estabilidad de los comportamientos e identificaciones, los alineamientos ideológicos estables, incluso a través de las generaciones. La forma en que vemos el mundo político está anudada a esa posición de clase y a las trayectorias vitales (Gayo, 2023). Sin embargo, estas teorías explican peor los cambios de coyuntura o los realineamientos, por ejemplo, ¿por qué la clase obrera blanca estadounidense está virando al republicanismo? (Riley y Brenner, 2025). La teoría de la reproducción familiar tiene dificultad para explicar estos virajes.

La familia realiza una difusión directa de valores y creencias a través de varios mecanismos. Los estudios prestan especial atención a la conversación política como mecanismo de transmisión. En este sentido, en los noventa, Jaime Castillo (2000) observaba que aproximadamente la mitad de los jóvenes españoles discutían sus decisiones de voto con sus padres. Alrededor del 25% hablaban habitualmente del tema con ellos. Aparte de lo que se transmite mediante la conversación desde la infancia, también importa aquello que se aprende implícitamente mediante la observación y la mímesis del comportamiento. Si vemos a nuestros padres implicarse en asociaciones, seguramente esto nos parecerá un modelo de conducta adecuado (Funes, 1994). También importa la parte afectiva, por lo que las madres han adquirido un peso sin precedentes en la reproducción política familiar, concretamente en la identificación política de los hijos (Jaime Castillo, 2010).

A pesar de la abundancia de estudios, desde uno y otro planteamiento,

lo cierto es que los hijos no siempre heredan la mentalidad política de sus padres y cuando lo hacen se produce de forma bastante compleja. Como sugiere Blakeman (2025), hay momentos en que se da mayor paralelismo entre las generaciones y momentos de mayor discrepancia, dependiendo de los "eventos" del contexto inmediato. Esto es así por tres razones. Primero, porque asumimos que la familia es una estructura de relaciones simples, pero en realidad es un entramado de relaciones afectivas heterogéneas, mejor o peor avenidas, con conflicto y con una geometría variable (familias monomarentales, separadas, reconstituidas, etc.). Los lazos son estrechos o débiles y van cambiando. El efecto socializador no es homogéneo ni mecánico. Segundo, la socialización política familiar circula en doble sentido: los hijos también enseñan cosas a sus padres. Y tercero, las propias relaciones intrafamiliares están sometidas al influjo de otros factores como eventos históricos que cambian el modo de ver de todos, una crisis o una revolución, el acceso a nuevas tecnologías o los cambios en la escolaridad, que también han trastocado el sentido de la transferencia paternofilial.

Aquí es donde encontramos otra falla en la literatura: la consideración de la familia únicamente como el núcleo íntimo de padre, madres e hijos, sin considerar el círculo extenso, tan importante en las sociedades mediterráneas. El sesgo anglosajón de la literatura ha conducido a ignorar esa dimensión de la reproducción política familiar.

2.1. EL CÍRCULO EXTENSO EN LA FORMACIÓN DE LAS CREENCIAS

Lea Ypi dedicó su novela *Libre. El desafío de crecer en el fin de la historia* (2023) a su abuela. La dedicatoria no era casual pues la mujer tenía una presencia continua en la obra. A través de ella, Ypi conoce la historia presocialista de Albania y de los Balcanes, con ella reflexiona sobre el cambio histórico y social, la experiencia de la derrota y la caída de todo lo que creía inmutable. La abuela representa un personaje central en la configuración de su mentalidad política juvenil, personifica momentos de reflexión sobre los acontecimientos políticos, sobre los parientes, su destino y su pasado. Es el punto de acceso y diálogo con la historia.

La familia extensa —aquella formada por el segundo círculo de parientes: abuelos, tíos, primos, etc.— ha tenido un papel significativo en las sociedades mediterráneas y lo sigue teniendo pese a su declive. En la actualidad, se habla de un debilitamiento progresivo, ya que las redes familiares son más pequeñas y las relaciones más débiles (Sánchez Vera y Bote, 2009). Posiblemente, las generaciones venideras tendrán una noción reducida, centrada solo en algún abuelo y algún tío o primo cercano. De hecho, el "régimen familista mediterráneo", que se caracterizaba por el apoyo y la solidaridad en la red de parientes frente a una institucionalidad y una provisión pública precaria, se encuentra en crisis. Hay toda una literatura que evoca con cierta nostalgia esa amplia red de solidaridad familiar (Simón, 2020).

No obstante, la reciente crisis económica de 2008 y las subsiguientes han revelado que la familia extensa continúa prestando un apoyo significativo en términos financieros y de trabajo reproductivo (Moreno Mínguez, 2017). Las abuelas han duplicado su papel como cuidadoras, ocupándose de la atención a los dependientes en ausencia de servicios adecuados. Un estudio reciente en España indica que el 85% de los abuelos y abuelas tenían responsabilidades de este tipo (Aldeas Infantiles, 2025). La familia extensa ha retrocedido cuantitativa y cualitativamente, pero sigue teniendo peso en el imaginario colectivo y en la organización material de la vida. Es pertinente, por tanto, preguntarnos sobre su papel en la socialización política.

¿Cuál es su impacto en la formación de nuestras creencias? Los estudios especializados no dicen nada, porque se centran en el núcleo parental, pero podemos aventurar algunas hipótesis. Seguramente, la familia extensa también interviene en los procesos de enclasamiento y, sobre todo, en la formación de cierta conciencia sobre la posición social o las posibilidades de cada persona. La parentela puede ser homogénea y descubrir un espectro de opciones limitado o puede ser más heterogénea y ofrecer variedad de caminos. Políticamente, eso supondría contacto temprano con perspectivas culturales distintas, incluso en conflicto. Igualmente, la familia extensa, a través de la conversación, puede generar contacto con prácticas políticas que contrastan con las paternas.

En cualquier caso, la ampliación del núcleo familiar a otras voces

puede reforzar las creencias que se escucharon en casa desde niño o ejercer un papel de contrapunto, dependiendo de la cercanía, la frecuencia del contacto, los afectos o el reparto de la autoridad (Blakeman, 2025). Quizás esa socialización con los abuelos, abuelas y la familia extensa tiene una peculiaridad con respecto a los padres, la relación normalmente está mediada por estos, pero durante la adolescencia y la juventud el vínculo comienza a ser más voluntario y selectivo, ya que los chicos y chicas están autorizados para invertir más tiempo en el grupo de pares y en otros eventos no familiares, por eso disponen de cierto margen para reforzar o limitar sus vínculos familiares secundarios (Pinazo, 1999).

El contacto con los abuelos y otros referentes del núcleo extenso adquiere mayor importancia en términos de socialización política en ese momento de la adolescencia y de la primera juventud, en parte por esa voluntariedad y ese carácter selectivo. Esos "años impresionables", además, fijan algunos hitos o referencias personales sobre las que va a pivotar el desarrollo de la subjetividad política juvenil y adulta.

3. NOTA SOBRE LA INVESTIGACIÓN

Este estudio se basa en una investigación realizada entre 2020 y 2022, con jóvenes de entre 18 y 30 años. Se trataba de una investigación cualitativa sobre las actitudes y prácticas participativas, con 40 entrevistas *online* en todo el territorio andaluz con residentes urbanos o que vivían cerca de grandes ciudades. Un 62,5% eran hombres y un 37,5%, mujeres. Se consideró, asimismo, el nivel educativo, con un 60% de jóvenes con estudios básicos y secundarios y un 40% con estudios superiores (de FP y universidad). También se registró la clase social de origen o familiar y la de los empleados, según los parámetros de Erik Olin Wright (1984)[3]. Todas las personas entrevistadas procedían de clases trabajadoras urbanas o semiurbanas.

Al tratarse de un estudio de opinión sobre actitudes y prácticas políticas, un criterio de muestreo fundamental era el grado de participación política. La inmensa mayoría de quienes participaron en las entrevistas no estaba organizada ni formaba parte de entidades políticas o con contenido político explícito (por ejemplo, ONG o asociaciones con esa

finalidad), cosa que se consiguió, en parte, remunerando las entrevistas y difundiendo la llamada *online*. 31 personas entrevistadas no tenían una participación habitual, más allá de votar —a veces tampoco— o haber acudido a alguna manifestación. Solo nueve de quienes participaron eran militantes o activistas, o habían formado parte en el pasado de organizaciones políticas. No obstante, para este capítulo, consideramos sobre todo los perfiles de militantes y activistas, así como aquellos con un interés político alto.

Las entrevistas eran biográficas y tenían por objeto reconstruir la etapa juvenil en sus distintas dimensiones: se les preguntaba sobre su experiencia de estudio, trabajo, familia, amigos y ocio, y solo en la segunda parte del cuestionario se les interrogaba sobre sus percepciones de un conjunto de prácticas políticas (votar, manifestarse, participar en asociaciones, sindicatos, etc.). Se les animaba a pensar sobre estas actividades considerando sus rutinas e intereses, así como la primera vez que tuvieron contacto con ellas. La familia es un agente socializador que se manifiesta en las entrevistas de manera espontánea, aunque los más politizados suelen tener un discurso más elaborado y detallado. Encontramos referencias a los abuelos o tíos en 19 entrevistas, un 47,5% del total.

Como suele ocurrir en los estudios cualitativos, se producen hallazgos inesperados y novedosos: así ocurrió con los discursos sobre la familia extensa. Aunque no se habían preparado preguntas sobre ello, se trataba de un tema importante entre las personas jóvenes más politizadas. Estas narraciones nos permiten reconstruir, de forma exploratoria, el rol de la familia extensa en la formación de la subjetividad política juvenil. Para ilustrarlo, usaremos fragmentos de las entrevistas, aunque los nombres empleados son seudónimos.

4. LO QUE HACEN Y DICEN ABUELOS, ABUELAS, TÍOS Y TÍAS

La reflexión sobre la influencia de los familiares en el despertar político se ubica en la adolescencia y en la primera juventud. Las personas entrevistadas se sitúan alrededor de los 15-16 años, cuando comienzan a

sentir esa inquietud o interés por los temas políticos. Ese despertar se vincula a algunos hitos históricos experimentados personalmente o por referentes familiares como tíos, tías, abuelos, abuelas, etc. Ese periodo juvenil tiene dos peculiaridades: primero, los chicos y las chicas empiezan a tener sus propias agendas sociales, de manera que sus encuentros y relaciones familiares son más selectivas: afianzan relaciones y profundizan con algunos miembros, como, por ejemplo, los abuelos o los tíos favoritos, y se alejan de otros. Segundo, los jóvenes se encuentran en plena transición de la escuela al trabajo o hacia formaciones especializadas, se trata una época de reflexión y cambio vital que marcará sus vidas adultas.

Quienes investigan han llamado a este periodo de distintas formas. Por un lado, están aquellos que inciden en la agencia o la capacidad de reacción y creatividad de los jóvenes que, en un momento de transformación profunda, reflexionan sobre las normas sociales heredadas, las asumen o alteran, en una suerte de proceso de "subjetivación" (Venegas, 2017), donde intervienen otras instancias como los medios de comunicación, internet o los pares. Por otro lado, los enfoques más estructuralistas hablan de una "agencia limitada" o de un "individualismo estructurado", donde el espectro de posibilidades y cambios viene definido por las condiciones materiales de la familia (France y Haddon, 2014). Los referentes familiares distintos de los progenitores intervienen como un motor de cambio y subjetivación, pero también como muestra del espectro real de opciones. ¿Cómo se manifiestan esos vínculos en su socialización política?

Las personas entrevistadas mencionan a aquellos familiares secundarios con los que mantienen lazos fuertes: se reúnen frecuentemente con ellos, comparten el hogar o se ocupan, con los padres y las madres, de mantener los intercambios. Encontramos muchos casos de residencia con los abuelos y abuelas en una etapa reciente, o toda la vida, a consecuencia de la separación de los padres o de la necesidad de cuidados de las personas mayores o de la infancia. Los tíos forman parte del círculo habitual durante los fines de semana o en festividades. Normalmente, las personas entrevistadas se centran principalmente en una rama familiar (materna o paterna), distinguiendo a los más cercanos, a los que respetan, admiran o mitifican, incluso en un sentido político. Poco sabemos de las tendencias

opuestas o conflictivas entre líneas familiares distintas (materna/paterna). Las personas entrevistadas recuerdan a quienes son más significativos o encajan, de una u otra forma, en su trayectoria política personal.

4.1. SENTIDO DE LA PROCEDENCIA FAMILIAR

Tíos, tías, abuelos y abuelas contribuyen a definir las percepciones sobre la posición social de procedencia e intervienen en la formación de cierta conciencia de clase subjetiva. Así, por ejemplo, una de las entrevistadas, Amaranta, dice que valoró entrar en el ejército porque su abuelo y su tío eran militares. Dice venir de una "familia de militares", aunque sus padres son administrativos. Fernando, otro entrevistado, ha trabajado en el campo con su abuelo, de ahí que la jardinería y el trabajo con la naturaleza se hayan convertido en su vocación. Ha realizado un ciclo de FP sobre esos temas y trabaja como jardinero. Irene es hija y nieta de carpinteros y su madre ama de casa, pero siempre fue buena estudiante y decidió continuar con la formación superior, como una de sus tías. Los referentes familiares actúan como modelos de tránsito a la vida adulta, completando el cuadro familiar de clase y ayudando a forjar la idea de procedencia y de las opciones posibles. ¿Estudiar o trabajar? ¿Puede la familia ayudar a encontrar un trabajo o aconsejar sobre las posibilidades de estudio? El joven aspirante a militar, jardinero o estudiante universitario se encuentra con su familia en ese periodo de reflexión, donde el círculo extenso ofrece perspectiva de la situación de partida, de las opciones viables y del histórico de trayectorias, así como modelos alternativos de transición a la vida adulta.

¿Cómo influye esa reflexión en la identificación política? Para muchas personas entrevistadas, ese periodo se vincula a una conciencia más o menos difusa, un sentido de la posición que se elabora al pensar sobre la familia en sus distintos círculos. Pero ese sentido de la posición no siempre adquiere una interpretación política. Solo en algunos perfiles altamente politizados, pocos, se asocia a una cultura política determinada. Por ejemplo, José Miguel, un mozo de almacén con estudios artísticos e interés político, lo cuenta así:

> [Las creencias políticas] vienen de la familia y del entorno, claro, de un país que

> estaba roto en una dictadura y que en esa misma dictadura había dos bandos y se han seguido manteniendo. Y la familia, claro, de uno y del otro bando van a intentar meter sus ideas en sus hijos. Y claro, siempre van a estar… Depende de qué clase se…, vas a estar en un colegio de clase alta o vas a estar un colegio público. Y lo más normal es que si estás en el colegio público, pues te intenten meter ideas de izquierda y si estás en uno privado o más caro, te van a intentar [meter] ideas de derecha. Y tú, claro, sales con 18 años a votar y prácticamente solo has tenido contacto con un entorno.

La posición (ser de clase alta, por ejemplo) se asocia de forma estereotipada a una cultura política (ideas de derechas). Todo ello mediado por la escuela como espacio socializador de refuerzo. El sentido de la posición adquiere esa interpretación política entre los más politizados. Ellos mismos se sitúan en ese "mapa político-social" mediante el que organizan y entienden estos temas (Hamidi, 2010).

Sin embargo, también es habitual que esa conciencia de clase o sentido de la posición genere reflexiones en torno a las "presiones políticas cruzadas" que produce la familia extensa (Mutz, 2006). La familia también incorpora una dimensión de conflicto y la interacción entre posiciones, muchas veces, enfrentadas. El círculo familiar secundario suele ser más heterogéneo que el de los progenitores, lo que permite tener contacto temprano con personas con trabajos y niveles culturales distintos. Ese contacto puede ser fuente de reflexión no solo sobre las posibilidades vitales ("mi tía estudió en la universidad"), sino también sobre las culturas políticas del entorno. En este sentido, los abuelos y tíos generan presiones cruzadas, al manifestar en sus conversaciones identificaciones políticas dispares que fomentan la discusión y la imaginación juvenil. Los entrevistados aluden a tíos y tías con ideología contraria a sus padres, abuelos y abuelas con visiones y prácticas contrapuestas a las paternas. Esos referentes amplían el espectro político conocido, plantean desafíos y preguntas a unas creencias políticas en formación, lo que estimula la meditación y los matices. José Miguel también observaba esa realidad de presiones cruzadas en su familia extensa:

> Mi familia siempre ha sido, por lo menos la de mi casa, siempre ha sido de izquierdas. Tampoco es que haya sido una cosa muy involucrada, es decir, yo simplemente fui a una manifestación cuando era chico que fue el "No a la guerra" y poco más. Es decir, nunca han sido activistas, han sido de izquierdas, han sido

personas humildes y trabajadoras, y poco más, pero tampoco es que me haya influido. Luego, claro, luego cuando creces y tomamos perspectiva de las cosas dentro de ese contexto vas viendo que hay matices, por así decirlo, aunque si amplias un poco el círculo familiar ves que hay gente que no tiene nada que ver…

4.2. SENTIDO DE LA HISTORIA POLÍTICA FAMILIAR

Seguramente son los abuelos y las abuelas los agentes secundarios más influyentes en la construcción de la mentalidad política y, particularmente, en la orientación ideológica de izquierda/derecha. La conversación con los mayores aparece en las entrevistas como una actividad recurrente, tanto cuando se reporta como influencia positiva como con rechazo. Los abuelos y las abuelas son, ante todo, portadores de una historia política pasada, calificada como antigua por algunos entrevistados o sentida como propia por otros. A veces, el relato de los mayores resulta incómodo o irritante (aquellos menos politizados suelen mostrar menor interés y detalle), mientras que se presenta de forma entrañable e idealizada entre los más politizados, que disfrutan de la conversación con sus mayores.

Las personas mayores representan el relato histórico con el que se compara el régimen político actual. El periodo histórico de contraste suele ser el franquismo y la transición. Frente a lo que ocurre en *Libre*, de Lea Ypi, aquí los abuelos y las abuelas no relatan un pasado brillante que se desmoronó, sino un pasado de pobreza, represión y sufrimiento, ya superado. Narran sus vivencias de la infancia y la juventud y las personifican (“me pasaba x”) en clave política, conectando lo personal y lo histórico-político. En general, cuentan un relato de mejoría y progreso relativo. Entre quienes participaron en las entrevistas se encuentran descendientes de personas fusiladas que solo conocen algún detalle de aquella historia familiar, pero, sobre todo, encontramos nietos y nietas que han escuchado los padecimientos (hambre, represión o marginación política) de sus abuelos y abuelas. Como explica un entrevistado:

Entrevistado: Siempre nos ha gustado discutir, debatir de… que si derechos o si leyes. Y yo creo que viene de eso. También de familia… sus abuelos [los del mejor amigo] en la época de Franco lo pasaron muy mal. Y también él se quiso enterar porque su abuelo lo pasaba mal. De eso le viene afición, de su familia.

Investigadora: Sí, ¿que tiene como una cosa histórica, de su familia?

Entrevistado: Sí, que tiene ahí la espinita y dice "voy a informarme".

La narración histórica de los abuelos y abuelas conduce a cierto interés sobre lo político, animando a indagar y estimulando la curiosidad de los nietos. Es fuente de interés, al menos en los casos donde las personas entrevistadas rememoran explícitamente.

Además, esa memoria histórica representa un espejo o un artefacto de comparación con la situación política y social actual, produciendo conformidad y aquiescencia (la situación es buena comparada con ese pasado), o estimula cierto pensamiento crítico sobre un progreso histórico que aún es mejorable. El pasado se opone siempre al presente y tiene una relación directa con él.

Dos chicos de apenas 18 y 19 años, ambos amigos, presentan esas dos visiones fruto de la conversación con sus abuelos, con los que convivían. Así, por un lado, está Jerónimo, que se siente obligado a votar porque sus abuelos se lo piden tras recordarle que ellos durante mucho tiempo no pudieron hacerlo. Jerónimo respeta esa memoria histórica sobre la marginación política y acepta con conformidad su rol actual como ciudadano, circunscrito principalmente a votar. Él valora lo que tiene, ya que sus abuelos no pudieron tenerlo. Por otro lado, Héctor, que ha tenido también innumerables conversaciones con sus abuelos. Ellos le han trasladado una memoria de represión y ausencia de derechos políticos, incluido el voto, pero también cierta épica sobre las luchas vecinales de la transición. Para Héctor, el sistema actual es "democrático" frente a la dictadura y eso le genera conformidad, pero no se resigna a las opciones partidistas existentes: "[El hecho de votar] lo valoro mucho, quieras que no, la democracia es algo que… no es algo que hayamos conseguido hace poco, ¿no sé si sabes? Hace poco no había democracia, en la época de mi abuelo no había democracia, entonces es algo que valoro muchísimo, pero los partidos que hay no me convencen".

Su mentalidad es más crítica y su concepción del futuro es abierta e inacabada, fruto, en parte, de esas nociones pasadas sobre las luchas comunitarias.

Finalmente, el relato histórico transmitido por los abuelos provoca, en algunos casos, una identificación ideológica fuerte, pero no en un sentido

partidista concreto, sino dentro del espectro izquierda/derecha. La narración de los abuelos y las abuelas promueve esa simpatía hacia ciertas orientaciones. Este es el caso de Lorena, una activista del animalismo: "Mi abuelo sí, porque tú sabes, la época de Franco lo han vivido tan de cerca, que lo único que quieren es alejarse de eso. Entonces, es verdad que sí, a lo mejor mi abuelo me ha enchufado un poco más del lado de ser más roja, ser más de izquierda, tener más ese pensamiento en contra de la monarquía… pero en realidad nunca me han influido ni nada, han sido simplemente comentarios".

4.3. MODELO DE CONDUCTA Y SENTIDO PRÁCTICO

Los abuelos y las abuelas, así como los tíos y las tías, también pueden convertirse en modelos de conducta en el presente, más allá de sus narraciones sobre la historia. Como muestran innumerables estudios, aprendemos tanto de los comportamientos verbales como de las conductas no verbales que, de forma implícita, instauran lo que es "normal", aceptable o satisfactorio. Así, el círculo extenso de familiares, a través de su actividad, transmite un "sentido práctico" (Bourdieu, 2008) o una serie de normas sobre cómo actuar y moverse en política de forma aceptable.

Ese sentido práctico depende en gran medida del grado de politización del grupo familiar. Entre los familiares de las personas entrevistadas predomina un modelo de politización "sentimental", donde la mayoría dice sentir una identificación política fuerte en el espectro derecha/izquierda, que se ubica en la dimensión íntima y personal de la vida, y que se expresa mediante la conversación esporádica y el voto. Muchos abuelos y abuelas discuten ese modelo de conducta política apropiada con sus nietos y nietas. Por un lado, muestran fuertes identificaciones políticas como una característica estable de su personalidad; por otro, censuran actuar o participar de forma más intensa, porque podría ser fuente de problemas y conflictos personales. Como explica Jerónimo:

> Investigadora: Entonces, a tu abuelo le gusta hablar de esas cosas, ¿no? [de temas políticos].
>
> Entrevistado: Bueno, a mí me han dicho que en la mesa ni de política, ni de toros, ni de fútbol. Pero sí, me ha comentado que es importante votar, claro, y cuando le

digo, por ejemplo, de cachondeo, "pues yo no voy a votar", se enfada y me dice: "Pues tienes que votar".

Los temas políticos pertenecen al ámbito de lo íntimo y personal. Se expresan en ciertas conversaciones con personas de confianza y se deben evitar en momentos o ambientes susceptibles de polémica. También la identificación se expresa mediante el voto, pero un exceso de exposición política o de participación puede ser fuente de conflicto y riesgo. Los abuelos de Jerónimo le han transmitido ese modelo de politización sentimental que emerge principalmente en las votaciones. Él respeta y pone en práctica ese modelo de ciudadanía atenta pero pasiva.

4.4. MODELOS DE IMPLICACIÓN

Siguiendo con ese mismo sentido práctico que transmiten los mayores, en otros casos, los parientes se convierten en un modelo de comportamiento más activo. Así, muchos familiares han estado en sindicatos, organizaciones caritativas o religiosas, asociaciones de vecinos, colectivos de lucha por la defensa de minorías o partidos políticos. Con mayor o menor grado de implicación, desde simples afiliados a militantes activos en el pasado o líderes históricos, estos familiares enseñan o difunden información sobre sus organizaciones y sobre cómo moverse en ellas. Recordemos lo importante que era, de acuerdo con Verba *et al.* (1995), la existencia de algún contacto en el entorno para comenzar a participar, lo que llamamos disponibilidad estructural o reclutamiento en el medio cercano.

En ese sentido, los familiares del círculo extenso son fuente de contacto e información básica sobre organizaciones que, de otro modo, permanecerían ocultas a estos jóvenes. Así, estas personas dan a conocer las entidades y su actividad. Por ejemplo, hay varias entrevistadas que conocen los sindicatos porque sus tíos y tías están afiliados. Una entrevistada recoge las "cartas del sindicato" de la casa de sus abuelos y se las da a su tía. El simple contacto con esa realidad a través del familiar hace que el acto de participar le resulte accesible y cercano.

En otros casos, se pasa del simple reconocimiento a la invitación de tomar parte o acudir a algún evento. Incluso, a veces, esa actividad se

comparte con los familiares. Por ejemplo, otra entrevistada cuenta que su tío estaba en Ecologistas en Acción y que ella había ido a muchas actividades invitada por él. Eso la ha ayudado a encauzar su pasión por los animales y el respeto por la naturaleza. Otro entrevistado ha colaborado con un banco de alimentos de corte religioso por recomendación de sus abuelos, que estaban en contacto con la parroquia. El núcleo familiar extenso actúa como puerta de entrada y reclutamiento a entidades políticas y sociales mediante la relación de confianza.

Son menos los casos de parientes que han liderado causas políticas de forma sostenida en el tiempo, pero estos trasladan a sus nietos o sobrinos una fuerte identificación con esos objetivos, un contacto directo con dichas organizaciones y nociones sobre cómo manejarse en ellas. Incluso trasladan una épica romántica de la lucha social y de la acción colectiva para obtener logros palpables. Esos parientes, a través de sus historias y vivencias, enseñan las lógicas y mecanismos de una acción colectiva exitosa. Las personas jóvenes, por su parte, aprecian esos compromisos y los incorporan como modelo de conducta admirable, para imitar, quizás, en el futuro. En ese sentido, una entrevistada cuenta como el abuelo de su mejor amiga fundó una asociación y dedicó toda su vida a luchar por los derechos del pueblo gitano, convirtiéndose en un referente para ella y para su comunidad. En algún momento, explica, le gustaría formar parte de ese proyecto.

Los abuelos y, algo menos, los tíos se erigen en modelo de conducta admirado por nietos y sobrinos. Completan la socialización política familiar, representando un contrapunto frente a progenitores apáticos, desinteresados o con orientaciones distintas, y estimulan la reflexividad política en la etapa juvenil. El círculo familiar extenso, en tanto que modelo, abre o cierra el espectro de posibilidades políticas y de implicación.

5. CONCLUSIÓN

Son muchas las novelas extranjeras y españolas que especulan sobre esos vínculos especiales con la familia extensa, quizás reflejo de una red de parientes en franca decadencia, sobre todo en estratos medios y en los

países mediterráneos. Mencionamos a Lea Ypi en *Libre*, pero lo mismo podría decirse en España de Elena Medel en *Las maravillas* (2020), Aroa Moreno en *La bajamar* (2022) o Ana Iris Simón en *Feria* (2020), que reflexionan, a través de sus novelas, sobre la memoria de las generaciones previas y su recepción entre los jóvenes. Hay mucha literatura de ficción sobre ello.

Menos eco se ha hecho la sociología sobre la importancia del entorno familiar extenso en la formación de los imaginarios políticos. Los estudios hablan de madres, padres, vínculos de doble sentido y afectos, pero poco o nada de esos abuelos, abuelas, tíos y tías que introducen variación política, contraste y conflicto en momentos clave de la formación de las inquietudes políticas. También ellos integran ese "sistema incubador familiar" (McDevitt y Chaffee, 2002). Como hemos mostrado en este capítulo, en ocasiones, estos parientes refuerzan las pautas políticas del núcleo primario y, en otras, introducen matices, otras narrativas históricas y prácticas diferentes a las paternas. En ese sentido, la familia extensa fomenta la deliberación de las personas jóvenes y su agencia, pero también marca las fronteras de lo que se considera aceptable en términos políticos.

Los abuelos y abuelas, sin duda, ocupan un lugar especial para las personas entrevistadas, jóvenes de clase obrera de entornos urbanos o semiurbanos. El peso de la familia extensa quizás explique la frecuente aparición de estos parientes en los discursos juveniles. Los abuelos surgen de forma espontánea en la mitad de las entrevistas, cuando ni siquiera se preguntaba sobre ello. Los mayores, en las conversaciones con sus nietos, generan un sentido histórico y una capacidad de abstracción sobre el pasado de un valor incalculable, más teniendo en cuenta que muchos asistieron a la escuela por poco tiempo. Sus narraciones históricas fomentan la curiosidad y la búsqueda de información política por parte de los nietos. También crean patrones de alineamiento e identificación ideológica. En la mayoría de los casos animan a una participación limitada al voto, pero en otros muestran otras prácticas participativas, convirtiéndose en modelo de referencia y admiración para los nietos.

Los tíos juegan un papel menos relevante, pero también aparecen en las entrevistas. Su papel fundamental es añadir variedad y conflicto a los intercambios políticos familiares, mostrando matices ideológicos, otros

alineamientos e identificaciones posibles, otras combinaciones clase/identificación y prácticas asociativas diferentes a las de los padres. Los tíos y las tías contribuyen a eso que la literatura ha llamado presiones cruzadas, es decir, son estímulos contrapuestos que enriquecen la reflexión y deliberación juvenil. Muchos jóvenes encuentran en estos parientes y en los eventos familiares las primeras escenas de debate político donde no se esconde la variedad y tensión entre las posiciones.

Es cierto que las conclusiones aquí presentadas se derivan de una muestra con unas características particulares: jóvenes de clase obrera urbana, andaluces, muchos de ellos politizados o altamente interesados en política. Las entrevistas revelan la importancia genuina de la familia extensa, particularmente, el papel de los familiares en la socialización política infantil y juvenil. Crean un sentido de la historia social y política familiar, al tiempo que muestran modelos de conducta actual. Seguramente, esto abre una línea de investigación con más preguntas que respuestas: ¿cómo educará "políticamente" ese 85% de abuelas y abuelos que cuidan de sus nietos? ¿Les contarán sobre su niñez durante el franquismo o sobre sus vivencias de la transición? ¿Qué impactos tendrá este relato? ¿Transmitirán igualmente fuertes identificaciones políticas, ambivalencia o pasividad? Esperamos haber fundamentado, al menos, la pertinencia de estas cuestiones.

BIBLIOGRAFÍA

Aldeas Infantiles SOS (2025): "Abuelos y abuelas, ¿qué haríamos sin ellos? El papel protagonista de las personas mayores en el cuidado a la infancia", https://n9.cl/xgac6.

Blakeman, J. W. (2025): "Familial Political Socialization: A Family Strength Study", tesis doctoral, Pocatello, Idaho State University.

Bourdieu, P. (2008): *El sentido práctico*, Madrid, Siglo XXI.

France, A. y Haddon, E. (2014): "Exploring the epistemological fallacy: Subjectivity and class in the lives of young people", *Young*, vol. 22, nº 4, pp. 305-321.

Funes, M. J. (1994): "Procesos de socialización y participación comunitaria: estudio de un caso", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 67, pp. 187-205.

Gayo, M. (2023): *Clase y política en España I: Estructura social y clase media en la democracia postransicional*, Madrid, Siglo XXI.

Hamidi, C. (2010): "Catégorisations ethniques ordinaires et rapport au politique", *Revue française de science politique*, vol. 60, nº 4, pp. 719-743.

Jaime Castillo, A. M. (2000): "Familia y socialización política. La transmisión de orientaciones ideológicas en el seno de la familia española", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 92, pp. 71-92.

— (2010): "Familia y socialización política: la transmisión intergeneracional de las preferencias políticas", Junta de Andalucía, Documentos del Centro de Estudios Andaluces 2.3, pp. 1-42.

McDevitt, M. y Chaffee, S. (2002): "From top-down to trickle-up influence: Revisiting assumptions about the family in political socialization", *Political Communication*, vol. 19, nº 3, pp. 281-301.

Moreno Mínguez, A. (2017): "Understanding the impact of economic crisis on inequality, household structure, and family support in Spain from a comparative perspective", *Journal of Poverty*, vol. 21, nº 5, pp. 454-481.

Mutz, D. C. (2006): *Hearing the other side: Deliberative versus participatory democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.

Pinazo Hernandis, S. (1999): "Influencia de los abuelos en la socialización familiar de los nietos: revisión de la literatura científica", *Revista española de geriatría y gerontología*, vol. 34, nº 4, pp. 231-236.

Riley, D. y Brenner, R. (2023): *Siete tesis sobre la política estadounidenses*, *New Left Review*, nº 130, pp. 7-33.

Sánchez Vera, P. y Bote, M. (2009): "Familismo y cambio social: el caso de España", *Sociologías*, nº 21, pp. 122-149.

Sapiro, V. (2004): "Not your parents' political socialization: introduction for a new generation", *Annual Review of Political Science*, vol. 7, nº 1, pp. 1-23.

Simón, A. I. (2020): *Feria*, Madrid, Círculo de Tiza.

Venegas, M. (2017): "Devenir sujeto. Una aproximación sociológica", *Convergencia*, vol. 24, nº 73, pp. 13-36.

Verba, S.; Schlozman, K. L. y Brady, H. E. (1995): *Voice and equality: Civic voluntarism in American politics*, Cambridge, Harvard University Press.

Wright, E. O. (1984): *Clases*, Madrid, Siglo XXI.

Ypi, L. (2023): *Libre: El desafío de crecer en el fin de la historia*, Barcelona, Anagrama.

CAPÍTULO 4

¿QUÉ HACE ALGUIEN COMO TÚ EN UN SITIO COMO ESTE? LA MILITANCIA DE LAS PERSONAS JÓVENES EN LOS PARTIDOS POLÍTICOS

JORGE BENEDICTO Y JOSUÉ GUTIÉRREZ

1. JÓVENES Y PARTIDOS POLÍTICOS, UNA RELACIÓN CADA VEZ MENOS FRECUENTE

Que las personas jóvenes militen activamente en partidos políticos se ha convertido de un tiempo a esta parte en algo extraño, algo fuera de lo habitual, no solo porque el número es cada vez más reducido, sino porque aparece como un comportamiento alejado de la cultura juvenil predominante. En la década pasada se hablaba mucho del protagonismo de la juventud en los procesos de cambio sociopolítico, pero en la mayoría de las ocasiones solo se mencionaba su papel en las acciones reivindicativas de los movimientos sociales, olvidándose su presencia en la política partidaria que estaba siendo mucho más destacada de lo que había sido en décadas anteriores. Es muy sintomático, por ejemplo, que se haya resaltado una y otra vez el protagonismo juvenil en el 15M y la ola de movilizaciones posterior, pero que apenas se haya subrayado su mayoritaria contribución en partidos como Podemos o en las candidaturas municipalistas que irrumpieron en las elecciones locales de 2015.

Este carácter minoritario, tanto cuantitativa como cualitativamente, de la militancia juvenil en los partidos políticos explicaría también la menor atención que se le suele prestar al estudiar la participación política de la población joven. Todas las explicaciones coinciden al afirmar que el entorno de rechazo de la política institucional predominante entre la juventud —y entre gran parte de la población adulta también— hace cada vez menos atractivos a los partidos como espacios de expresión del compromiso político, desconfiando de su actuación y alejándolos de las prácticas culturales juveniles mayoritarias. En el polo opuesto se situaría la participación en los movimientos sociales reivindicativos que se habrían convertido en el ámbito fundamental de los activismos juveniles.

Los datos disponibles confirman esta impresión. Por referirnos al caso español, en el reciente *Informe 2024. Juventud en España* (IJE2024) políticos y partidos políticos son las dos instituciones en que menos confían las personas jóvenes (3,3 y 3,7, respectivamente, en una escala de 1 a 10) (Feixa *et al*., 2025: 302). Esta menor confianza en políticos y partidos se viene repitiendo una y otra vez en todas las investigaciones desde hace tiempo. También cuando se pregunta por la utilidad de pertenecer a distintos tipos de colectivos, los partidos políticos son los que reciben entre la población joven una menor valoración en comparación con organizaciones ecologistas, feministas y sindicatos (CIS E3436, 2024). Un alejamiento que, sin embargo, no implica desconocer su importancia en las democracias actuales, tal y como sostenía en esta misma encuesta el 80% de los menores de 30 años al afirmar que los partidos tienen mucha o bastante influencia en las decisiones del país.

Que la militancia juvenil en los partidos políticos siga una tendencia decreciente y sea considerada por buena parte de la juventud como algo extraño a sus prácticas participativas no significa que no sea importante conocer mejor a las personas jóvenes que militan en estas organizaciones, en tanto en cuanto los partidos siguen siendo actores fundamentales en el desarrollo de la política democrática y la presencia de los jóvenes un elemento decisivo de renovación institucional y de reproducción del personal político. La pregunta que en último término surge al tratar este tema es qué hace subjetivamente atractivo a determinados jóvenes plasmar su compromiso en este tipo de organizaciones políticas, a pesar de que la mayoría de sus pares desconfía de ellas, arriesgándose por consiguiente a alejarse de las prácticas culturales mayoritarias. Para profundizar en este dilema, a continuación, analizaremos el proceso a través del cual estas personas jóvenes configuran su compromiso activista en este tipo de organizaciones y se construyen como militantes en sus respectivos partidos.

2. LA PARTICIPACIÓN JUVENIL EN LOS PARTIDOS POLÍTICOS: ALGUNAS EXPLICACIONES

La primera incógnita que viene a la mente cuando se aborda el tema de la

militancia juvenil en los partidos políticos es de quién estamos hablando. Sin entrar en cifras relativas a su volumen, algo que no es fácil de estimar[4] dada la opacidad de muchas formaciones políticas, sobre lo que sí tenemos más información es sobre los perfiles de quienes militan. Según los resultados proporcionados por el proyecto YOUMEM, una investigación internacional sobre las organizaciones juveniles de los grandes partidos de cinco países europeos más Australia, los militantes jóvenes son predominantemente hombres (alrededor de dos tercios), con educación universitaria o en proceso de conseguirla (tres sobre cuatro, aproximadamente), que se afilian en edades tempranas y que un porcentaje importante (alrededor de un 40%) tiene o ha tenido familiares cercanos en el partido en cuestión (McDonnell *et al*., 2024). Por lo que respecta a los grandes partidos españoles, estos perfiles de los miembros de las juventudes de los partidos se repiten sin grandes variaciones. Además de confirmarse la infrarrepresentación de las mujeres jóvenes y el alto nivel educativo, se observa una cierta homogeneidad socioeconómica y, lo que resulta más interesante, una amplia vinculación con la sociedad civil, ya que más del 75% pertenece a alguna asociación fuera de su agrupación política (Alarcón, 2017).

Más allá de la información disponible sobre quien milita, la mayor parte de la investigación se propone identificar los factores que pueden explicar este tipo de participación juvenil, utilizando para ello de manera preferente enfoques cuantitativos en los que se privilegian los grandes partidos sistémicos de centroizquierda y centroderecha. La consecuencia es que se olvidan no solo los pequeños partidos de izquierda comunista en los que hay una nutrida representación de jóvenes, sino también los nuevos partidos que han puesto en marcha formas de afiliación innovadoras, como es el caso de Podemos (Gómez y Ramiro, 2017), e incluso los nuevos partidos de extrema derecha que están empezando a proliferar en nuestro entorno. Entre los factores a los que se alude en esta literatura, se pone el acento en la importancia de los recursos individuales, las actitudes psicosociales o las motivaciones que llevan a participar.

Otras investigaciones, desde una lógica de costes-beneficios, centran su atención en los incentivos que la pertenencia a este tipo de organizaciones ofrece a los jóvenes comprometidos políticamente. En un estudio

comparado de jóvenes miembros de 15 partidos en seis países europeos, Bruter y Harrison (2009) distinguen tres tipos de motivaciones principales para que una persona joven se una a un partido político. En primer lugar, los incentivos morales-ideológicos relacionados con la importancia que conceden a sus valores y creencias y la necesidad de otorgar un mayor significado a su propia vida a través de la pertenencia al partido que representa esos ideales. En segundo lugar, los incentivos sociales relacionados con la necesidad o el deseo del individuo de sentirse integrado en un grupo, de encontrarse a otros jóvenes como él o ella. En tercer lugar, los incentivos profesionales relacionados con la posibilidad de que la pertenencia al partido ofrezca oportunidades profesionales y, en algunos casos, termine construyendo una carrera política dentro de la organización. Estos tres tipos de incentivos parecen capturar bastante bien la diversidad de motivos que llevan a algunos jóvenes a militar en partidos, así como su grado de implicación en las tareas partidarias. Según se desprende de las evidencias disponibles, la mayoría de los jóvenes se afilia por motivos morales-ideológicos o sociales, mientras que los que se mueven por incentivos de corte profesional son muchos menos. Sin embargo, los primeros son mucho más críticos con la labor de los partidos y los más proclives al abandono, contrariamente a los segundos, que tienden a implicarse más en las actividades partidistas (Bruter y Harrison, 2009: 1284).

Muchos de estos estudios ponen el foco casi exclusivamente en los aspectos individuales para así explicar por qué algunos jóvenes deciden afiliarse a un partido, dejando en un segundo plano los factores sociales y los organizativos. Por lo que respecta al nivel macrosocial, los procesos sociales hegemónicos en las últimas décadas hacen cada vez menos atractivos los partidos para las personas jóvenes. Los procesos de individualización y el cambio de valores transforman la significación de las pertenencias sociales en las vidas de los individuos jóvenes, sus transiciones a la vida adulta y las formas en las que se participa en el espacio público, cada vez más alejadas de la esfera institucional. Estos cambios también tienen su reflejo en la dimensión organizativa de los partidos, los cuales han ido virando hacia una estructura más y más profesionalizada en la que la influencia de los miembros se reduce, a pesar

de los intentos de involucrarlos a través de procedimientos como las primarias o los referendos internos. Todo ello, sin duda, no favorece la incorporación de las nuevas generaciones, más aún cuando la experiencia pone de manifiesto la contradictoria posición en que se mueven las organizaciones juveniles de los partidos, entre la necesidad de transmitir los intereses y necesidades de su colectivo y la presión de los dirigentes para controlar su voz, reduciéndola a ámbitos específicos como el de la comunicación externa (Weber, 2017).

3. LA NECESIDAD DE UNA NUEVA MIRADA CENTRADA EN LOS ACTORES

Las aproximaciones clásicas, como acabamos de ver, proporcionan algunas claves a la pregunta de por qué determinados jóvenes deciden implicarse activamente en partidos políticos, pero siguen dejando bastantes aspectos sin resolver. El planteamiento en estos enfoques sigue siendo externo a la propia experiencia de la militancia partidista juvenil, de ahí que no se proporcionen argumentos al dilema antes planteado sobre que hace subjetivamente atractiva esta opción que, a primera vista, resulta cada vez más extraña dentro de la cultura juvenil y específicamente dentro de la cultura activista.

Para comprender el fenómeno de la militancia partidista en toda su complejidad, no podemos quedarnos solamente en la decisión de implicarse políticamente a través de una organización, hay que conocer cómo se plasma ese compromiso a lo largo del tiempo, es decir cómo se va configurando la militancia de la persona joven en el partido en cuestión. Afiliarse y empezar a militar sin duda es una decisión importante, pero lo realmente interesante es comprender cómo se concreta, cómo se desarrolla el proceso a través del que el individuo joven se va construyendo como militante, a la par que vive su juventud y va tomando forma su transición a la vida adulta. Para lograr este objetivo, es preciso afrontar el fenómeno de la militancia juvenil desde una nueva mirada centrada en los actores, es decir en los propios jóvenes que participan en una determinada organización y su experiencia activista. Frente a una perspectiva causal que busca desentrañar los porqués de determinados comportamientos, en

este caso el de la implicación partidaria, se propone desarrollar una perspectiva que se pregunta por el modo en que se concreta en el tiempo y en el espacio el proceso a través del cual las personas jóvenes se van construyendo como militantes.

En la base de esta nueva perspectiva que aquí se propone está la consideración de que la militancia juvenil en los partidos cabe considerarla como un tipo más de compromiso activista, similar desde un punto de vista teórico —y muchas veces también practico— al que tiene lugar en multitud de colectivos u organizaciones de muy diferente tipo (ecologistas, feministas, de defensa de derechos civiles…) e incluso a aquel tipo de activismo que se desarrolla de manera intermitente y sin apenas vinculaciones organizativas. Esta similitud parte del principio, propio de la sociología interaccionista, de que el compromiso activista no es un estado, una cualidad que se tiene o no se tiene, sino que por el contrario es un proceso que solo se puede captar en su dinamismo, una experiencia que se desarrolla en el tiempo y que se inscribe en una historia individual y colectiva, en la biografía del actor y en los contextos en los que está inserto (Bidet y Gayet-Viaud, 2023).

La experiencia activista se construye en constante interacción con otras esferas de la vida y con los entornos mediatos e inmediatos en que aquella se desarrolla, de ahí que el compromiso tiene que pensarse como el resultado del entrelazamiento de los elementos biográficos y de los condicionantes introducidos por los espacios y agencias de movilización y por el contexto social y político (Soler, Revilla y Benedicto, en prensa). Es un proceso de base biográfica, que en el caso de las personas jóvenes comprometidas políticamente se muestra especialmente dinámico en tanto que evoluciona en conexión con sus propias trayectorias vitales, caracterizadas habitualmente por cambios y transiciones muchas veces difíciles de prever.

Esta mirada procesual y biográfica del compromiso político resulta especialmente adecuada cuando se trata de comprender la militancia juvenil en partidos políticos, un fenómeno en el que la atención tiende a concentrarse en los momentos iniciales de la militancia y más adelante en las funciones que se desempeñan dentro del partido o los puestos que se ocupan, olvidándose de que a lo largo del tiempo se suelen producir

múltiples cambios en las trayectorias de las personas jóvenes militantes, relacionados en ocasiones con cambios en sus propias situaciones vitales y en otras en su interrelación con las estructuras organizativas y políticas en las que desarrollan su actividad. El concepto de carrera militante propuesto por Fillieule (2001) para analizar cualquier tipo de activismo resulta especialmente adecuado cuando se trata de entender el proceso de la militancia partidista desde una perspectiva diacrónica, en el que se suceden múltiples interacciones entre actor y contexto ligadas a la trayectoria biográfica. Las carreras militantes no deben pensarse como trayectorias unidireccionales que apuntan en una determinada dirección definida individualmente o de acuerdo a unas variables estructurales externas al propio proceso. Por el contrario, la noción de carrera interpreta el compromiso militante como un conjunto articulado de fases en las que las circunstancias biográficas y las constricciones contextuales configuran el desarrollo de la experiencia activista (Agrikoliansky, 2017).

Con este marco teórico, a continuación, se detallan los resultados de una investigación empírica con jóvenes militantes de diferentes partidos españoles, llevada adelante en el marco del proyecto Youth Activisms. En concreto, se realizaron entrevistas biográficas semiestructuradas a 20 jóvenes —hombres y mujeres— de entre 17 y 30 años, predominantemente universitarios y con diferentes situaciones laborales, que militan o han militado en partidos políticos con distintos grados de implicación. Los partidos seleccionados cubren prácticamente todo el espectro ideológico (Partido Popular, PSOE, Vox, Izquierda Unida, Podemos, Partido Comunista de España, Ciudadanos, Coalición Canaria, CUP, Iniciativa Comunista, Juventudes Comunistas, Anticapitalistas…), poseen distintos modelos organizativos y formas de relación con sus afiliados jóvenes.

4. LA CONFIGURACIÓN DE LAS CARRERAS MILITANTES JUVENILES EN LOS PARTIDOS

El análisis de los relatos de los sujetos entrevistados ha estado dirigido a poner de manifiesto cómo se configuran las carreras militantes juveniles, prestando especial atención a dos fases: el inicio de la militancia y la

permanencia como miembro activo del partido. Sobre la fase de abandono también se darán algunas claves, pero breves dado que el material recogido no permite avanzar más en este aspecto, ciertamente complejo.

4.1. LA LLEGADA A LA MILITANCIA Y EL ENCUENTRO CON EL PARTIDO

Los partidos políticos son organizaciones políticas con estructuras en general bastante formalizadas y jerarquizadas, en las que los procedimientos de actuación de los miembros y las normas de pertenencia suelen estar claramente definidos. Esta dimensión organizativa explicaría que la afiliación a un partido político, sobre todo en el caso de jóvenes militantes, constituya la mayor parte de las veces un hito destacado en su trayectoria activista, o por lo menos así lo perciben ellos. Aunque en las últimas décadas han surgido partidos que han puesto en marcha formas novedosas de afiliación, como es el caso de Podemos (Gómez y Ramiro, 2017), donde la incorporación al partido está menos regulada institucionalmente, en la mayoría de las ocasiones afiliarse y convertirse en militante aparece como una decisión que marca un recorrido.

Ahora bien, la importancia de este momento, biográfica y políticamente relevante, no debe ocultar que la llegada a la militancia es en la mayoría de las ocasiones la expresión de un proceso de politización previo que proporciona muchas claves para entender cómo se configura la carrea militante posterior. En el conjunto de los relatos, nos encontramos con trayectorias diversas que acercan a la persona joven a la militancia. Unas veces se trata de actitudes políticas o ideológicas individuales, como en el caso de este joven de la organización juvenil del Partido Popular que afirma que "la principal razón para afiliarme es porque vi una cierta deriva hacia postulados más liberales […]. Entonces, bueno a raíz de eso, yo llevaba un tiempo pensándolo. Me interesaba la política, es el partido que considero que se acercaba más a mí, a mi manera de pensar y por eso quise entrar" (hombre, 25 años, militante de Nuevas Generaciones, organización juvenil del PP).

En otros casos, se llega a la militancia tras una experiencia activista previa en movimientos estudiantiles, juveniles o en otros colectivos

políticos que preparan el camino para afiliarse al partido, como una forma de hacer explícito a su compromiso individual y colectivo. También nos encontramos con jóvenes que relatan intensos procesos de socialización política, familiar o a través de los amigos, que los familiarizan con la realidad partidista. En este militante de Podemos se aprecia con claridad la importancia de una socialización familiar que le acerca desde una edad temprana a la experiencia emocional de la pertenencia a un grupo político:

> Y mi padre me llevó por primera vez a un partido político que… Que era así como nuevo, muy local, muy popular, muy asambleario y me llevó ahí porque él quería ir y a mí me interesaba, y me llevó, yo tenía 14 años. Y ahí nos reuníamos, yo no decía ninguna palabra, porque, claro, tenía 14 años, pero la gente, la gente estaba muy comprometida y se la veía muy a gusto (hombre, 23 años, militante de Podemos).

Sea cual sea la trayectoria seguida, la llegada a la militancia no es tanto la consecuencia querida de unas actitudes previas ni de una decisión individual, sino más bien el resultado de un proceso de politización en el que actor y entorno interactúan hasta llegar al encuentro con el partido. La mayoría de las veces, la decisión de afiliarse es una mezcla de múltiples factores: decisiones personales basadas en la sintonía ideológica y el interés de participar activamente, el deseo de plasmar en un espacio concreto el compromiso sociopolítico con determinadas causas y valores, o el contexto de relaciones de amigos o conocidos que proporcionan un impulso decisivo: "Y entonces yo creo que se juntaron las cosas, que tenía ganas de hacer algo diferente, que había estudiado ciencias políticas… ya prácticamente estaba en el último grado… en el último curso del grado, y pues igual tenía ganas de ver cómo funcionaba, que también tenía mi pensamiento y… pues que me invitaron" (mujer, 29 años, dirigente del PSOE).

Y en muchas ocasiones, las redes sociales son las que terminan por hacer realidad ese encuentro de la persona joven con el partido en el que va a militar. Experiencias como la de esta militante de Podemos que utiliza internet para informarse y contactar con el partido se repiten bastantes veces en los relatos que hemos recogido: "Y yo tenía un poco la mosca detrás de la oreja de militar en Podemos desde que soy muy pequeña […]. Y, y acabé en Podemos, pues, porque los encontré por Instagram al área

joven […]. Y, pues, fue así, un día les escribí, me invitaron a una asamblea y llegué, no conocía a nadie y me acogieron muy bien y, pues, poco a poco fui entrando y bueno. (mujer, 22 años, militante de Podemos).

A pesar de la tendencia subjetiva a justificar racionalmente *a posteriori* las decisiones que se adoptan, más aún cuando se trata de explicar por qué se invierten recursos personales (tiempo, esfuerzo) y emocionales en trabajar en un partido determinado, el hecho cierto es que, a menudo, el encuentro con el partido solo puede calificarse de casual, resultado de una sucesión de contingencias y de emociones, como le ocurrió a esta joven, que posteriormente ha ocupado cargos orgánicos y trabaja representando al partido:

> Yo no creo que me hubiera afiliado si ese día no hubiera cogido a este chico, estaba con… estábamos tomando algo, y me dijo "oye [nombre], ¿te vienes a Vallecas, a la próxima reunión?" Y le dije "vale". Porque me pilló en un renuncio total y dije "venga, sí". Y luego me daba palo decirle que no, porque ya le había dicho que sí. Y entonces allí fui, y ya me dijeron "oye, ¿qué, te afilias, tal?". Y yo dije "venga va, voy… voy a poner mi granito aquí en el PSOE […]. No sé, me debieron de pillar baja […]. Igual, sinceramente, igual si me cogen los de Podemos y me dicen "oye, [nombre], ¿te quieres venir a la reunión?", y voy, igual estoy en Podemos […] (mujer, 29 años, dirigente del PSOE).

Una elección que a veces tiene que hacer frente a una fuerte decepción inicial, algo bastante habitual entre las chicas jóvenes que se acercan a los partidos dado el predominio masculino antes comentado. Así lo confiesa una militante de Izquierda Unida que preguntada por las impresiones de la primera vez que se acerca al partido dice: "Malísimas […] fuimos a una sede que estaba, una sede que era feísima, en plan, supervieja. Y que eran como cinco personas y que eran cinco hombres, o sea, es que era como muy intimidante, porque eran más mayores que yo todos" (mujer, 23 años, militante de IU).

O esta otra militante de Podemos que también se refiere a su decepción inicial vinculada a la cuestión de género: "Pensé 'cuántos hombres', 'cuántos hombres'. Cuando llegué, además de mí, solo había una chica. Y, y también pensé 'qué pijos' (mujer, 22 años, militante de Podemos).

Sea fruto de un encuentro azaroso, de una prueba de afirmación ideológica o de un contexto de relaciones cercanas donde el individuo se mueve, o más bien de una mezcla variable de todos estos factores, el

partido en el inicio de la carrera militante representa ante todo un espacio donde expresar su compromiso, donde plasmar sus ganas de hacer cosas con otros que sienten lo mismo. A través del partido en el que se empieza a militar, lo que es una inquietud personal se convierte en una cuestión colectiva (Campos y Martins, 2023: 12). Más adelante ya llegarán las gratificaciones personales asociadas a la pertenencia, el trabajo de adaptación a las reglas de funcionamiento colectivo o los vínculos emocionales con los compañeros y compañeras (Gonzalo y Revilla, 2025).

Esta visión relativamente contingente de la elección del partido donde militar no aparece en todos los casos y con todos los partidos, en ocasiones tiene un componente de exigencia vital, tal y como se aprecia en los militantes de Vox que hemos entrevistado. En este caso, la llegada al partido es una expresión de su rechazo a todo lo que existe, una constatación de su rebeldía social y también muchas veces familiar. Para estos jóvenes, no había dudas ni casualidades posibles, solo había una opción, porque como subraya Lafont (2001), cuando estudia a los jóvenes militantes del Frente Nacional francés, la militancia en este tipo de partidos implica vincularse personal y afectivamente a "un mundo aparte".

4.2. LA INTEGRACIÓN EN EL PARTIDO Y EL EVENTUAL ABANDONO

Una vez que el joven afirma su pertenencia al partido y empieza a integrarlo en su propia realidad cotidiana estamos ante una etapa decisiva en su carrera militante, la de convertirse en miembro activo de una organización a través de la cual tiene que ser capaz de plasmar, en forma de prácticas participativas, su compromiso social y político. En la configuración de estas carreras militantes partidistas entran en acción una gran variedad de factores, entre los que cabría destacar tres de ellos: las trayectorias biográficas de los activistas, el contexto organizativo de los partidos y las formas de acción y la orientación ideológica (Bosi *et al.*, 2022). Veámoslo un poco más detenidamente.

Tal y como anteriormente explicábamos biografía y activismo mantienen una estrecha relación hasta el punto de que no pueden entenderse cada una de las trayectorias sin la otra. En el caso de los militantes jóvenes esta

relación se muestra incluso más decisiva por cuanto están expuestos por su edad y situación a muchos cambios y alteraciones en distintas esferas de sus vidas. La necesidad de cambiarse de ciudad de residencia, los estudios que se cursan e incluso los problemas personales tienen mucho que ver con la forma en que se integran en el partido, cómo participan en su funcionamiento o qué intensidad tiene su militancia. En algunos casos, las circunstancias personales favorecen una mayor implicación en el partido, bien porque el tipo de formación universitaria lo favorece o simplemente porque en un momento determinado se tiene más tiempo: "Y yo… bueno, claro, en esos momentos también tengo mucho más tiempo para participar" (hombre, 27 años, militante de la CUP). Pero también al revés, la vida personal puede suponer un obstáculo, un freno más o menos temporal a esa implicación, porque como antes se comentaba la militancia no sigue una trayectoria uniforme, sino que está formada por un conjunto de secuencias, de entradas y salidas donde lo biográfico interacciona con lo institucional. El caso de este joven de Podemos es muy ilustrativo al respecto, relata como su militancia sufre altibajos por diversas circunstancias, a veces son los estudios, a veces temas de salud mental y a veces las relaciones sentimentales con su novia. Pero, se le cruza una oportunidad de participación más intensa y vuelve a la militancia activa.

> Paré un poco el año pasado, no mucho. Bueno, tres meses o así. Porque la novia de los 18 años volvió a ser mi novia […]. Sí. Sí, sí, o sea, no fue únicamente por eso, pero hombre, empiezas una relación, pues también, lógicamente, pues requiere una serie de cuidados y una serie de atención, ¿no? También tuve, así problemas de amistades […]. Como sabía que esto no iba a ir hacia nada bueno, personalmente, paré un par de meses, tres. Paré, me pasaba de vez en cuando a tomarme una caña, y ya está, pero no, dejé de tener responsabilidad política hasta que entró lo del Consejo, entramos en el Consejo de la Juventud y… Y como entró el Consejo de la Juventud, yo me pongo como representante. Consejo de la Juventud de la Comunidad de Madrid (hombre, 23 años, militante de Podemos).

Aunque los problemas personales también pueden provocar el abandono definitivo, como relata esta joven que vincula su abandono de Anticapitalistas con una relación de maltrato por parte de otro militante, aunque también se intuyen críticas al funcionamiento del partido. Y es que al hablar de los abandonos, trayectoria biográfica y conflictos internos son dos cuestiones que aparecen una y otra vez relacionados.

> Ah, bueno, yo en septiembre de 2020 dejé Anticapitalistas oficialmente. Ya llevaba casi un año desligada del partido […], porque también fue cuando empecé a darme cuenta de la relación de maltrato y no puedo estar en el mismo espacio que esta persona hasta que yo no haya entendido qué está pasando o que se me haga una reparación, que es lo que estoy pidiendo, todavía, a 2023 (mujer, 23 años, antigua militante de Anticapitalistas, actualmente en movimiento ecologista).

La carrera militante se revela como resultado de un continuo trabajo de búsqueda de la congruencia entre las distintas esferas de la vida, incluida la vida activista. Y en ello tiene también mucho que ver el segundo de los factores antes mencionado, el tipo de contexto organizativo en el que se desarrolla la militancia. Aunque, en líneas generales, los partidos políticos se diferencian de otro tipo de colectivos, precisamente en su mayor grado de burocratización organizativa, donde las tareas y los roles están definidas siguiendo procedimientos establecidos jerárquicamente, no todos los partidos poseen modelos organizativos similares y ello incide, de manera decisiva, en la forma en que se es militante, de acuerdo con los relatos recogidos en nuestra investigación.

De manera algo simplificada podríamos distinguir dos grandes modelos. Por una parte, estarían los partidos más clásicos con unas estructuras organizativas bien definidas y alto grado de burocratización —es el caso de PSOE y PP—, que tienden a configurar en sus militantes trayectorias mucho más uniformes y podríamos decir previsibles. Desde los inicios de la militancia promueven la participación orgánica, bien en la organización juvenil, bien en la organización principal, en este caso muchas veces vinculando a los nuevos militantes al trabajo de la difusión en redes y creando incentivos para el desarrollo de trayectorias profesionales.

> Y en Juventudes, desde que entré casi, ya a dos meses, ya tenía, ya empecé a tener responsabilidades de reunirme con tal movimiento e ir a las sectoriales (hombre, 26 años, militante del PSOE).
>
> Y una vez me afilio, pues, empiezo ya a conocer compañeros y empiezo a participar más activamente no solo en el municipio, sino en todos los ámbitos […]. Siempre he estado ligado a la comunicación tanto interna como externa del partido y, bueno, pues, desde 2018 hasta 2023 siempre ha estado, pues, con cargos orgánicos de, relacionados con la comunicación (hombre, 23 años, militante del PP).

La consecuencia, en muchos de los jóvenes que hemos entrevistado

pertenecientes a este tipo de partidos, es la fuerte identificación con la organización y con su actividad. El nosotros organización en ocasiones predomina sobre el yo que milita, porque como dice este militante de Vox: "A lo que diga el partido en ese aspecto, porque entiendo que un partido es algo colectivo no es algo individual" (hombre, 22 años, militante de Vox).

Por otra parte, nos encontramos con los jóvenes que militan en partidos con estructuras organizativas menos burocratizadas o con nuevos modelos de funcionamiento, como es el caso de Podemos. En ellos los jóvenes sienten que tienen más capacidad de decidir cómo se vinculan al partido, las tareas que desarrollan y los roles que adoptan. En este segundo grupo, las carreras militantes siguen trayectorias mucho más variadas, con secuencias que se asemejan más a las que relatan los jóvenes pertenecientes a los movimientos sociales. La relación con el partido como institución es también singular. En los relatos de estos jóvenes, el partido aparece no tanto como un espacio donde estar, sino como un espacio donde hacer cosas, donde expresar su compromiso con determinadas causas y valores, lo cual no excluye ni mucho menos que no determine sus vidas.

El tercero de los factores antes mencionado tiene que ver con la orientación ideológica y las formas de acción del partido en el que se milita, una dimensión estrechamente relacionada con la dimensión organizativa antes analizada. En general, todos los entrevistados mencionan la importancia de la ideología del partido, tanto en el momento inicial de la elección como posteriormente para afianzar su posición dentro del mismo. Que el partido represente y ponga en práctica los valores y creencias del sujeto constituye la base del compromiso militante, hasta el punto de que, como reconoce este joven que ocupa puestos de cierta responsabilidad, "si me deja de representar, pues me iré, me volvería a mi trabajo" (hombre, 25 años, militante del PP). Pero es entre los militantes de partidos de izquierda comunista donde hemos encontrado una mayor relevancia de esta dimensión ideológica. En muchos de estos casos, la forma de militar se asemeja bastante al modelo del militantismo total propuesto por Michel (2003), en el que el compromiso militante estructura el conjunto de la vida social del individuo, alrededor del que se organiza y

que la tiñe de esa dimensión político-ideológica. El partido es el que justifica y da la razón de la existencia de su activismo, incluso cuando se amplía a otros colectivos como expresión de su compromiso en múltiples ámbitos:

> Para mí como persona es… espera. Es una necesidad, o sea, yo ahora mismo no puedo dejar de militar y no viviría tranquila […]. ¿Que viviría mucho más feliz?, seguro, porque al final es un agobio, ¿no? Pero es que no soy capaz. Y ahora mismo estoy bien y tal pero cuando estuve en Madrid con ansiedad y depresión, que lo quieres dejar absolutamente todo, lo único que me ataba un poco era la militancia. En plan, porque es que no lo puedo dejar ni aunque estés es el peor momento (mujer, 26 años, militante de Iniciativa Comunista).

En el proceso de construcción del joven como militante juegan también un papel importante las retribuciones o gratificaciones que el individuo recibe por participar activamente en las estructuras del partido. Aunque en nuestro análisis hemos rechazado la habitual interpretación de estas retribuciones en términos de costes-beneficios por limitadas y poco atentas a la complejidad de los compromisos sociopolíticos de los jóvenes, los relatos de nuestros entrevistados nos permiten afirmar que el convertirse en militante de un partido político tiene consecuencias importantes en sus vidas, proporciona múltiples aprendizajes, más competencia e identificación político-ideológica. La militancia tiene un efecto socializador que se traduce en adquisición de recursos institucionales, redes de sociabilidad, capacidades de liderazgo… (Fillieule, 2020). Pero sobre todo la militancia aporta sentimiento de pertenencia y construye identidad. La integración en la estructura de un partido lleva a reconocerse como miembro de un grupo, de una comunidad de valores e intereses compartidos. Los jóvenes hablan de ideología, de eficacia de la acción, pero al final la mayor carga emocional se pone en el hecho de pertenecer a un entorno que les dota de una identidad reconocible, junto a otros jóvenes que piensan y muchas veces sienten como ellos (Bolin y Jungar, 2024; Gonzalo y Revilla, 2025).

> Madre mía, es que yo… o sea, yo no me imagino… o sea, a lo mejor no siendo militante sí que puedo llegar a imaginármelo, pero que no forme un mínimo parte de mi vida, no […]. Son cosas que… que como las sientes, no puedes… no puedes evitar no ir. Es como… es como otra… otra parte de tu vida. Es como… si me quitas eso, dejo de ser yo, porque son mis intereses y son… Es que no… no podría

imaginármelo, la verdad (mujer, 21 años, militante del PSOE).

5. CONCLUSIONES. LA MILITANCIA PARTIDISTA, OTRA FORMA MÁS DE ACTIVISMO POLÍTICO JUVENIL

Comenzábamos este texto aludiendo al dilema al que parecen enfrentarse aquellos jóvenes que eligen afiliarse y militar en un partido político a pesar de que en la juventud actual predomina de forma abrumadora una sensación de recelo, desconfianza y rechazo hacia los partidos en particular y hacia la política institucional en general. A través de los relatos de jóvenes militantes hemos podido constatar que este dilema es menos acusado de lo que parece a primera vista. Hay que quitar esa sensación de extrañeza, de que "son raros" y empezar a pensarlos —y por tanto también a investigarlos— como otra forma más de activismo juvenil, diferente en algunos aspectos respecto a quienes participan en otros tipos de organizaciones políticas, pero similar en los aspectos básicos que configuran su activismo, resultado de la interacción entre los elementos biográficos y los contextos de acción (Bosi *et al*., 2022). En todos los casos, se trata de jóvenes comprometidos que plasman este compromiso social y político en prácticas activistas a través del trabajo en una organización. El partido representa para estos jóvenes ese espacio de expresión de su compromiso con una serie de causas y valores, con una ideología, pero también donde se puede encontrar con otros jóvenes que sienten algo similar. Además, los partidos, en opinión de muchos de estos jóvenes, permiten conseguir cosas, ser eficaces y es esta dimensión de la eficacia política lo que más singulariza esta forma de activismo juvenil respecto a la más habitual participación juvenil en movimientos sociales, o por lo menos así lo ven ellos.

La configuración de las carreras militantes responde a múltiples factores, pero, en la mayoría de los casos, se articula a través del aprendizaje en distintas esferas de la vida y en el intento de construir una congruencia entre ellas. Y en esta búsqueda de la congruencia tampoco hay que descartar las circunstancias fortuitas. Como hemos puesto de manifiesto en nuestro análisis, la elección de un partido no siempre es la consecuencia de una decisión individual, movida por actitudes

preexistentes o por consideraciones ideológicas, sino que también entran en juego las casualidades, la atracción de los amigos, la capacidad de superar las decepciones iniciales. Sea cual sea el comienzo de la carrera militante, en su desarrollo posterior se aprecia constantemente esta necesidad de armonizar la trayectoria biográfica y los cambios y alteraciones propios de una etapa de transición con la trayectoria activista. En algunos casos, la divergencia se extrema y lleva al abandono, en otros muchos se consigue un ajuste, siempre provisional, que define el tipo de vinculación que se mantiene con el partido, la intensidad de la participación y el grado de identificación con la organización.

Un último aspecto a resaltar en nuestro análisis de la militancia juvenil en los partidos políticos es la tensión constante que se aprecia en los relatos de los jóvenes entrevistados entre las posiciones personales e ideológicas y la lealtad a la organización política. En muchos de estos relatos se habla de la importancia del partido, del sentimiento de pertenecer a una organización que consigue resultados, de cómo la lealtad al partido tiene que estar por encima de posibles discrepancias. Pero también nos hemos encontrado a menudo, sobre todo cuando les preguntábamos por un futuro imaginado, con una referencia a la necesidad de poner por encima de todo el compromiso personal, el respeto a una serie de posiciones personales respecto a una serie de causas o valores. La identidad activista está por encima de la identificación con un determinado partido, por muy importante que esta sea. El contraste entre las opiniones de dos militantes socialistas ejemplifica a la perfección esta tensión siempre presente. Por una parte, una militante con cargos orgánicos importantes afirma con contundencia que "nadie está por encima del partido", mientras que otro militante también bastante integrado en la organización sostiene que "mis ideas están por encima del propio partido, o sea, son mis ideas las que me han llevado al partido En caso de no compartir, me iría".

BIBLIOGRAFÍA

AGRIKOLIANSKY, É. (2017): "Les 'carrières militantes'. Portée et limites d'un concept narratif", en O. Fillieule *et al.* (eds.), *Sociologie plurielle des comportements politiques: Je vote, tu contestes, elle cherche…*, París, Presses de Sciences Po, pp. 167-192.

ALARCÓN-GONZÁLEZ, F. J. (2017): "El perfil de los miembros de las organizaciones juveniles de los

partidos políticos españoles", *Revista Española de Ciencia Política*, nº 45, pp. 175-201.

BIDET, A. y GAYET-VIAUD, C. (eds.) (2023): *L'engagement comme experience*, París, Éditions de l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

BOLIN, N. y JUNGAR, A.-C. (2024): "A Community of People Like Me. An Analysis of Members' Perceptions of Their Engagement in Party Youth Wings", *Young*, vol. 32, nº 5, pp. 490-507.

BOSI, L.; LAVIZZARI, A. y VOLI, S. (2022): "Comparing young people's participation across political organizations from a life course perspective", *Journal of Youth Studies*, vol. 25, nº 4, pp. 433-451.

BRUTER, M. y HARRISON, S. (2009): "Tomorrow's Leaders? Understanding the Involvement of Young Party Members in Six European Democracies", *Comparative Political Studies*, vol. 42, nº 10, pp. 1259-1290.

FEIXA, C. *et al*. (2025): *Informe 2024. Juventud en España*, Madrid, INJUVE.

FILLIEULE, O. (2001): "Post scriptum: Propositions pour une analyse processuelle de l'engagement individuel", *Revue française de science politique*, vol. 51, nº 1-2, pp. 199-215.

— (2020): "Carrière militante", en O. Fillieule, L. Mathieu y C. Péchu (eds.), *Dictionnaire des mouvements sociaux*, 2ª edición, París, Presses de Sciences Po.

GÓMEZ, R. y RAMIRO, L. (2017): "The limits of organizational innovation and multi-speed membership: Podemos and its new forms of party membership", *Party Politics*, vol. 25, nº 4, pp. 534-546.

LAFONT, V. (2001): "Les jeunes militants du Front National. Trois modèles d'engagement et de cheminement", *Revue française de science politique*, vol. 51, nº 1-2, pp. 175-198.

MCDONNELL, D. *et al*. (2024): "Inside party youth wings: The YOUMEM project", *Party Politics*, vol. 31, nº 2.

MICHEL, M. (2003): *Les conditions sociales et biographiques d'un militantisme total. Le mode de vie des établis d'aujourd'hui. À la croisée des socialisations: transferts, tensions et résistances dispositionnels*, París, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

OLIVEIRA CAMPOS, R. M. de y MARTINS, J. C. (2023): "Political socialisation narratives of young activists. Contexts, settings, and actors", *Journal of Youth Studies*, vol. 27, nº 10, pp. 1443-1459.

SOLER, R.; REVILLA, J. C. y BENEDICTO, J. (en prensa): "Living Activism: Biographical Trajectories and the Reconfiguration of Youth Participation".

WEBER, R. (2017): "Political participation of young people in political parties. A literature review of influencing factors on the macro, meso and micro level of participation", *Zeitschrift für Politikwissenschaft*, vol. 27, nº 1.

CAPÍTULO 5

LA POLÍTICA DE LOS RESIDUOS ALIMENTARIOS. BUCEAR EN LOS CONTENEDORES DE BASURA COMO ACCIÓN DIRECTA SOSTENIBLE*

JUDITH BESSANT, SEBASTIAN LYONS Y ROB WATTS

1. INTRODUCCIÓN

Una fría noche de invierno de julio de 2025, Sebastian, uno de los autores de este capítulo, se aventuró a salir tarde en su bicicleta a un grupo de supermercados cercanos en un suburbio interior de Melbourne. Esos supermercados están gestionados por dos empresas que dominan el mercado minorista de alimentos y comestibles de Australia. Sebastian recuerda:

> Sobre las 21:30, un amigo y yo comenzamos nuestra inmersión. Llegaron a mi casa en bicicleta y nos pusimos en marcha juntos en plena noche […]. Nos dirigimos a los contenedores de Woolworths y bajamos por la rampa pasando junto a los coches de los trabajadores. Intentando ser lo más silenciosos posible, apoyamos las bicicletas y cada uno abrió la tapa de un contenedor, conscientes de que algunos trabajadores podían estar a solo unos metros detrás de una puerta metálica enrollable […]. En el mío no hay nada, salvo basura no orgánica, así que lo cierro y me acerco a mi amigo. Ellos ya están dentro y empiezan a pasarme cosas que encuentran al rebuscar. Me pasan dos mitades de calabaza separadas y yo las pongo en la caja de su bicicleta.

Esta actividad, conocida habitualmente como buceo en contenedores[6], es un fenómeno global que se remonta a varias décadas atrás (Barnard, 2016; Ross y Phillips, 2025). Una característica relevante del contexto australiano es que, si bien Australia es una de las sociedades más prósperas del mundo, también es una sociedad marcada por importantes desigualdades socioeconómicas. Al igual que muchas otras sociedades desarrolladas, los australianos están atravesando actualmente una crisis del coste de la vida, marcada en parte por la producción excesiva de alimentos *y* sus niveles excesivos de desperdicio. En este sentido, Australia es similar a muchos otros países liberales "modernos" en los que también se practica en todo el mundo la recuperación de alimentos

desechados y otros artículos esenciales.

Este capítulo trata sobre el buceo en contenedores como acción política, que incluye la distribución de alimentos y otros bienes a las comunidades "necesitadas". Como detallamos, el buceo en contenedores es una práctica llevada a cabo principalmente, pero no exclusivamente, por jóvenes, que consiste en recuperar alimentos y otros bienes de los contenedores de residuos comerciales situados en la parte trasera de los supermercados.

Establecer cómo, o de hecho si, el buceo en contenedores es "político" cuando lo realizan jóvenes es la cuestión central que se explora en este capítulo. Para abordar esa cuestión, nos preguntamos cómo se organizan individual y colectivamente quienes se dedican a esta práctica. ¿Cómo y por qué seleccionan los lugares en los que lo hacen? ¿Qué hacen con los alimentos? ¿Cómo establecen y organizan los sistemas de distribución locales o "mercados libres" a los que acuden otras personas que tienen dificultades para alimentarse regularmente para obtener sus provisiones semanales? Nos preguntamos qué mueve a las personas a participar en estas actividades. ¿Cómo entienden o describen lo que hacen? Dentro de las limitaciones de espacio de un capítulo, describimos lo que hacen algunos jóvenes buceadores de contenedores en Melbourne.

A continuación, ofrecemos relatos de primera mano sobre esta práctica, basándonos en parte en Sebastian Lyons, uno de los autores, cuyas reflexivas notas de campo se basan en su experiencia continua como buceador de contenedores y en la distribución de los alimentos que rescata a las comunidades locales. Nuestro capítulo se centra en un pequeño colectivo de buceadores de contenedores que actúan en un suburbio del norte de Melbourne. También nos basamos en la creciente bibliografía, incluidas las investigaciones de otras personas sobre este tema. Existen varios estudios australianos que abordan esta cuestión[7].

2. EL BUCEO EN CONTENEDORES EN CONTEXTO

Los australianos son una de las sociedades más ricas del mundo. En 2025, Australia tenía la segunda riqueza media más alta del mundo, con 268.000 dólares estadounidenses (411.000 dólares australianos), solo superada por Luxemburgo, en Europa. Si utilizamos otra medida, como la riqueza media

por adulto, Australia ocupa el quinto lugar entre 56 países: cada adulto australiano tiene un valor de 620.000 dólares estadounidenses (952.000 dólares australianos) (Börger, 2025). Más revelador aún es el hecho de que Australia ocupa el noveno lugar a nivel mundial en cuanto al número de personas con un elevado patrimonio neto: unos 42.789 australianos acaudalados poseen cada uno más de diez millones de dólares estadounidenses en activos (Knight Franks, 2025).

Sin embargo, aunque Australia es rica en estos aspectos, también es una sociedad en la que viven millones de personas con bajos ingresos, algunas de las cuales pasan hambre o no tienen hogar. Estas personas sufren lo que los Gobiernos, los académicos, las organizaciones benéficas y los organismos internacionales denominan inseguridad alimentaria (Food Security Information Network, 2025). En el estado meridional de Victoria, donde se ha realizado este estudio, uno de los seis estados australianos (y el segundo más grande, con una población de 7,1 millones de habitantes), alrededor de 900.000 hogares victorianos, es decir, el 52% de los hogares con bajos ingresos de Victoria, que ganan menos de 30.000 dólares al año, sufren inseguridad alimentaria. A modo de comparación, la renta bruta anual media de los hogares australianos es de aproximadamente 92.856 dólares, según los datos fiscales oficiales de 2024-2025. Hay casos en los que las familias se quedan sin alimentos, lo que implica que algunos miembros del hogar pasan días enteros sin comer (Foodbank, 2024: 5). En junio de 2025, Foodbank Victoria alimentaba cada día a 65.000 personas en la ciudad de Melbourne, lo que supone un aumento del 30% con respecto a 2024.

La confluencia del aumento de la riqueza con la desigualdad rampante y la importante inseguridad alimentaria es una paradoja que define a muchas sociedades occidentales avanzadas. Esa paradoja va en paralelo con otras: la coincidencia del aumento constante de la producción de alimentos, el aumento de su desperdicio y el incremento del número de personas desfavorecidas que sufren inseguridad alimentaria.

La agricultura australiana alimenta actualmente a 28 millones de personas en el país y a unos 50 millones en el extranjero. Australia también importa aproximadamente el 15% de los alimentos y bebidas que se consumen a nivel local. Sin embargo, gran parte de estos alimentos se

desperdician. El estudio de viabilidad de la estrategia nacional contra el desperdicio de alimentos de 2024 reveló que Australia desperdició alrededor de 7,6 millones de toneladas de alimentos en toda la cadena de suministro alimentario ese año, de los cuales aproximadamente el 70% eran alimentos comestibles, lo que supuso un coste para los hogares de 19.300 millones de dólares australianos. A nivel mundial, aproximadamente un tercio de los alimentos producidos se desechan (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, 2022). Solo el sector minorista australiano contribuye con más de 527 kilotoneladas de residuos alimentarios cada año. Esto es especialmente alarmante si se tiene en cuenta que el 70% de estos alimentos aún son comestibles en el momento de su eliminación.

El sector minorista australiano genera grandes ingresos por ventas y altas tasas de beneficio. En 2024, las cuatro cadenas de supermercados australianas declararon unos ingresos por ventas de 143.000 millones de dólares australianos. Las dos cadenas de supermercados más grandes, Coles y Woolworths, representan al menos el 70% de las ventas de productos alimentarios envasados y el 50% de las ventas de productos frescos. Ambas disfrutan de una alta tasa de rendimiento del capital (o beneficio) de entre el 25,7% (Woolworths) y el 33,9% (Coles) (Australia Institute, 2024). Así pues, aunque es cierto que los hogares australianos desperdician una cantidad considerable de alimentos, los grandes minoristas no tienen ningún incentivo para identificar este desperdicio y la sobreproducción como un problema que deba abordarse. Cuantos más alimentos compran los consumidores, más beneficios obtienen los minoristas de alimentos.

El buceo en contenedores tiene lugar en lo que ahora se conoce cada vez más como una policrisis. Este concepto ha sido popularizado por organismos como UNICEF, el Foro Económico Mundial y el Banco Mundial. El término se utiliza para incluir la crisis climática, la pérdida de biodiversidad, la creciente desigualdad, la pobreza, el hambre y la falta de vivienda, los ciclos de recesión económica e inflación, las pandemias como la COVID-19, el auge y el ascenso de los partidos y Gobiernos conservadores autoritarios, los conflictos armados y las guerras que pueden derivar en limpiezas étnicas. La policrisis a la que nos enfrentamos

actualmente es un entramado de crisis interconectadas e interdependientes. Una crisis alimenta y exacerba las demás, amplificando una serie de problemas y afectando de manera desproporcionada a los grupos más vulnerables. Los más afectados por la pandemia de COVID-19 fueron, por ejemplo, las personas más pobres, que se encontraban en la mitad inferior de la distribución de ingresos. Las pérdidas de ingresos y la consiguiente inseguridad alimentaria no se compensaron adecuadamente con medidas de distribución de alimentos o de protección social.

3. LO QUE HACEN LOS JÓVENES BUCEADORES DE CONTENEDORES EN MELBOURNE

En sociedades caracterizadas por la riqueza extrema y la inseguridad alimentaria, los residuos de los supermercados o los contenedores de basura, que antes de acabar en el vertedero contenían diversos tipos de alimentos, constituyen una fuente fundamental de nutrición para las personas que practican el buceo en contenedores y para aquellos a quienes distribuyen los alimentos. El buceo en contenedores consiste en que personas y grupos de personas se suben a los contenedores y buscan alimentos desechados. En los últimos años, el buceo en contenedores se ha convertido en objeto de una investigación académica sostenida (Watson *et al*., 2025).

Algunos consideran que el buceo es una actividad oscura, ya que implica adentrarse en lugares liminales o sombríos, normalmente bajo el manto de la noche. Según la filósofa ecofeminista australiana Val Plumwood (2008), los "lugares oscuros" son espacios de extracción de recursos o acumulación de residuos que son síntomas de los procesos "normales" de desperdicio, explotación e injusticia que producen y reproducen las sociedades capitalistas modernas. Son lugares que tienden a ser ignorados, considerados ligeramente vergonzosos o incluso desagradables. Estos lugares sombríos pueden incluir arroyos y ríos afectados por la sequía, tierras agrícolas infestadas de sal que han sido regadas en exceso o paisajes devastados por la tala excesiva de árboles o la minería. Los lugares sombríos también pueden ser contenedores de basura comerciales (Ross y Phillips, 2025: 5).

Bucear en grandes contenedores comerciales a altas horas de la noche no es para los débiles de corazón. Meterse en un gran contenedor lleno de "quién sabe qué" suele ser algo muy físico, puede ser maloliente y, a veces, puede incluso revolver el estómago. Como recordaba un buceador de Melbourne:

> Paredes de cemento, metal mugriento y motores ruidosos en un patio trasero. Capas de hedor, complejo e indiferenciado, dan paso a olores distintivos cuando abro la tapa en la oscuridad y ajusto mis sentidos. Hojas de espinaca podridas, pepinos mohosos y algo aceitoso. Excavo y recojo el tesoro: manzanas y limones impecables que brillan como si estuvieran en una estantería inmaculada de supermercado. Me limpio el limo de la falda mientras celebro (Ross y Phillips, 2025: 7).

Algunos participantes hablaron de "encuentros típicos" con sandías podridas, recipientes de postres mohosos y toallas de papel sucias que les revolvían el estómago (Ross y Phillips 2025: 8). Los buceadores humanos no son los únicos que se adentran en los contenedores: de hecho, puede ser una tarea más que humana. Una buceadora recordó encontrarse en un enorme contenedor lleno de papel higiénico masticado hasta que advirtió: "¡Dios mío, estoy literalmente de pie sobre un mar de ratas!" (citado en Ross y Phillips, 2025: 9). Encontrar el tipo de contenedor adecuado ayuda a afrontar los retos del buceo. Un buceador describe su estrategia: "Es como el olfato. Llegar a un contenedor y oler lo que hay dentro. Si parece asqueroso y sucio, como mugriento, entonces no me molesto en meterme ahí. Pero me gustan los contenedores que están bastante ordenados y tienen buen aspecto. Si el contenedor tiene buen aspecto y veo […] cosas buenas, entonces pienso: 'Esto está bien'" (Ross y Phillips 2025: 9).

Ciertas habilidades técnicas, además de paciencia, son otros atributos importantes para bucear con éxito. Sebastian observa que "la clave del buceo es excavar, porque a menudo se encuentran grandes hallazgos con solo excavar un poco. Nos movemos de una esquina o de un lado del contenedor a otro, apilando lo que hemos excavado en el lado opuesto hasta que estamos satisfechos y luego lo rellenamos y repetimos el proceso donde estaba la pila".

Para Sebastian, la convivencia también es una característica importante de la experiencia de buceo: "La mayor parte del tiempo que pasamos mirando en los contenedores lo dedicamos también a charlar (y a veces a

comer algo de lo que encontramos, como unas uvas muy frescas que hallamos); compartimos lo que nos ocurre en nuestras vidas, describimos y comparamos nuestros hallazgos y decidimos qué llevarnos del contenedor".

Todo esto plantea preguntas sobre las razones que llevan a las personas a dedicarse a esta actividad, cómo actúan, de forma individual o colectiva, y cómo se organizan.

3.1. CÓMO SE ORGANIZAN LOS BUCEADORES DE CONTENEDORES

Pequeños grupos o redes de amigos o socios se comunican en línea o interactúan físicamente para planificar o coordinar su próxima "salida", intercambiar consejos sobre dónde ir, cómo evitar o lidiar con los guardias de seguridad u otras autoridades. Como explica Sebastian, una vez que las personas se conocen, se establecen amistades y rutinas más regulares: "Todo esto se organiza a través de conversaciones cara a cara o mediante mensajería cifrada de código abierto. Al principio se enviaban más mensajes, pero a medida que el proyecto se ha desarrollado, las personas han establecido sus propias conexiones con otras personas y han encontrado amigos con los que suelen salir cada semana".

Otros buceadores ofrecen y comparten estrategias entre ellos. Uno recordó que cuando era un buceador novato, aprendió de otro buceador cómo recuperar fruta demasiado madura. Otros describieron cómo enseñaban a los recién llegados qué alimentos y contenedores eran seguros (Ross y Phillips 2025: 9).

3.2. ¿CÓMO SE SELECCIONAN LOS SITIOS?

Si bien algunos sitios se visitan con regularidad porque ofrecen una fuente confiable de alimentos de calidad o están convenientemente ubicados, no están muy vigilados ni controlados, también hay un cierto grado de oportunismo en cuanto a los sitios que los buceadores eligen. La proximidad a los supermercados y evitar ser vistos por los empleados, incluidos los gerentes y los guardias de seguridad, son consideraciones

importantes. Como explicó Sebastian: "A veces, el momento es importante, ya que bucear cuando los trabajadores del supermercado aún están trabajando puede causar problemas. No es nada grave, pero el gerente puede decirte que te vayas".

Normalmente, los buceadores identifican sitios a los que pueden llegar andando o en bicicleta. Sebastian señala que "nuestro plan es ir solo a uno o dos contenedores que están muy cerca de mi casa y que son relativamente pequeños. Me gusta hacerlo así porque es más rápido, supone menos trabajo y puedo dormir un poco más [...]. La gente prefiere lugares a los que sea fácil acceder y que tengan buenos productos de forma fiable".

Encontrar un contenedor limpio lleno de pan fresco, productos envasados limpios, verduras intactas y que rara vez contenga comida podrida es un objetivo clave para los buceadores experimentados. El contenedor limpio, uno de los favoritos de los buceadores de todo el mundo, es un premio poco común que permite a algunas personas compartir su dirección de forma selectiva, ya sea en persona o mediante aplicaciones de mensajería encriptadas.

Las mismas consideraciones se aplican a quienes se dedican a actividades de buceo más organizadas que apoyan proyectos de ayuda mutua establecidos por colectivos políticos locales o centros sociales, donde los alimentos y otros bienes rescatados se clasifican y, cuando es necesario, se limpian y luego se distribuyen. Como observó Sebastian: "Los lugares de buceo para este proyecto son en su mayoría cercanos al centro social, normalmente a uno o dos barrios de distancia [...]. La gente prefiere lugares de fácil acceso y que ofrezcan productos de buena calidad".

3.3. ¿QUÉ OCURRE CON LOS ALIMENTOS QUE SE HAN RESCATADO?

Los buceadores que rescatan alimentos para ellos mismos o para los miembros de su hogar los llevan a casa, los evalúan, los clasifican y los limpian antes de poder cocinarlos o consumirlos. Sebastian lo describe así:

> De vuelta a mi casa, lo llevamos todo a la cocina y comenzamos el laborioso

proceso de clasificar, lavar, seleccionar y repartir los productos entre nosotros. Ocupamos dos fregaderos, el de la cocina y el del baño, y nos ponemos manos a la obra. Se lava casi todo, excepto algunas cosas cuya piel no voy a comer. La selección consiste en cortar cualquier parte que pueda empezar a pudrirse o enmohecerse, para conservar los productos el mayor tiempo posible. Pienso en lo que voy a cocinar con mis productos, hace tiempo que no como berenjenas, así que estoy emocionado. Nunca sabes lo que te va a tocar, así que no puedes planificar las comidas como lo haría una persona normal. En cambio, tienes que ser un poco creativo, porque a veces tienes toneladas de una cosa y muy poco de otra.

Cuando los alimentos y otros productos se utilizan como parte de un banco de alimentos o un proyecto de ayuda mutua, el rescate de alimentos se convierte en un proceso más complejo y sistemático. Como señala Sebastian:

Hay grupos políticos que utilizan el buceo en contenedores para alimentar a la gente como ayuda mutua. Un grupo del que formé parte durante unos años se reúne cada semana para bucear en contenedores y luego distribuye esos alimentos al día siguiente en algo que, sin quererlo, se ha convertido en una especie de banco de alimentos (o "banco de cosas gratis", porque a veces hay artículos que no son alimentos).

Este proyecto se lleva a cabo en un centro social autónomo en Coburg. Todos los martes, la gente se reúne para compartir coche en el centro por la noche, o algunas personas van solas si viven más lejos y tienen su propio coche. Los coches no son completamente necesarios, pero facilitan considerablemente todo el proceso y permiten transportar cargas más grandes.

Normalmente, la organización inicial se lleva a cabo en persona o a través de mensajes cifrados. Una vez que las personas se conocen y se establecen horarios y lugares habituales, vemos el desarrollo de ecosistemas comunitarios en forma de eventos de ayuda mutua, en los que se distribuyen alimentos a personas y familias que no pueden alimentarse por otros medios. En palabras de Sebastian:

Al final de la noche, la gente deja la comida en el centro o algunos la dejan por la mañana. Los miércoles se clasifica la comida y se coloca en mesas para que esté lista para el mercado de comida gratuita. Hay un solapamiento entre las personas que recogen la comida y las que organizan el mercado, pero no todo el mundo desempeña ambas funciones. Algunas personas alternan entre ellas, otras solo hacen una y otras hacen una durante un tiempo y luego cambian a la otra durante otro tiempo.

El proceso de distribución de alimentos en Melbourne ha evolucionado a lo largo de los años y ahora está bien organizado. Sebastian recuerda:

> Esto se debe a que el mercado no estaba destinado a convertirse en un banco de alimentos. Al principio, la gente solo pensaba: "¡Oye, vamos a bucear en busca de comida y a regalarla!". Se montaban una o dos mesas en el centro social y algunos transeúntes entraban, cogían algunas cosas y se marchaban. Con el tiempo, se corrió la voz sobre el mercado y más gente empezó a bucear y a acudir en busca de comida.

Otro buceador ofrece un retrato de otro mercado de alimentos gratuitos:

> El *hiphop* resuena a través de las endebles puertas de cristal del Catalyst Social Centre en Coburg. Al entrar, veo (y huelo) frutas, verduras, productos secos, productos horneados, artículos de tocador y mucho más, apilados en cajas desgastadas y cajones raídos. Hay un murmullo de expectación en la sala mientras todos nos preparamos afanosamente para abrir el Really, Really Free Market, un programa de ayuda mutua que ofrece a la comunidad productos recuperados de los contenedores de basura. La gente ya hace cola fuera y cada semana hay más afluencia. Las pilas y pilas de productos recuperados desaparecerán en unas horas. Como todo es gratis, no queda nada (citado en Ross y Phillips 2025: 14).

Los que "compran" en el mercado gratuito de Sebastian son

> en su mayoría inmigrantes mayores de la zona, que empiezan a hacer cola desde primera hora de la mañana esperando a que abra el mercado. Cuando abrimos, se precipitan al interior, empujando y forcejeando para conseguir la mayor cantidad de comida posible. Obviamente, esto crea un espacio inaccesible para todos y fomenta la codicia y el individualismo. Ambas cosas son completamente contrarias a los ideales del mercado. El mercado comenzó como un proyecto de ayuda mutua basado en principios anarquistas y en la idea de que la comida es un derecho. No se comprueba la situación económica de nadie y no se mide la cantidad que se lleva. Dado que la comida se reconoce como un derecho de todos, la gente puede llevarse todo lo que desee.

Este problema de que los "madrugadores" se precipitaran y vaciaran las estanterías, perjudicando así a los que llegaban más tarde o eran más reservados, se abordó mediante la toma de decisiones por consenso y la decisión de dejar entrar a la gente de forma gradual. Como informa Sebastian:

> A lo largo de los años se han producido diversas interacciones de esta práctica. Hemos pasado por sorteos aleatorios de nombres, listas rotativas fijas y el orden de llegada. Ha habido varias quejas y hemos aprendido mucho con todo esto. Una vez

finalizado el mercado, los alimentos sobrantes se colocan en una despensa comunitaria para que cualquiera que lo desee pueda llevárselos. Los organizadores limpian el centro y recogen las mesas, y solemos hacer una reunión para comentar cómo ha ido el día y ofrecer sugerencias de mejora y críticas sobre nuestro proceso actual.

4. POR QUÉ ALGUNOS JÓVENES BUCEAN EN CONTENEDORES

Las investigaciones a nivel mundial sobre esta cuestión revelan una serie de razones que dan los buceadores. Un metaanálisis de 29 estudios destaca las diversas razones que dan las personas para bucear en contenedores (Watson *et al.*, 2025). Un pequeño número de artículos (n = 5) representaba el buceo en contenedores como una práctica impulsada por la necesidad, como la inseguridad alimentaria episódica. Las investigaciones académicas indican que un gran número de personas que participan en esta acción lo hacen para expresar un punto de vista político. La mitad de los artículos (n = 15) del metaanálisis representaban el buceo en contenedores como parte de un movimiento anticonsumista, entendido como una expresión de oposición a la cantidad de residuos que producimos. Algunos también se sentían motivados por el friganismo, la filosofía de minimizar el impacto en el medioambiente utilizando menos recursos, reciclando y rescatando los residuos alimentarios (Edwards y Mercer, 2007; Barnard, 2016). En algunos casos, el friganismo también se presenta como una opción de estilo de vida orientada a minimizar el consumismo y reducir los residuos. Los defensores de estas causas, a veces descritos como friganos, buscan y rescatan alimentos, ropa y artículos domésticos desechados, participando en el buceo en contenedores, el trueque y el intercambio.

En Australia, aunque el hambre es un estímulo para que algunas personas empiecen a bucear, parece ser menos importante que el compromiso político. Una encuesta realizada en 2025 a 1.500 australianos que accedieron a los servicios del Ejército de Salvación durante un periodo de 12 meses reveló que el 63% de ellos se había "saltado comidas": una pequeña proporción de los afectados por esta situación recurrió al buceo en contenedores porque no podía permitirse comprar

comida.

Nuestra investigación sugiere que la elección política es más importante. Un estudio realizado con 21 personas que rebuscan en contenedores de basura en los barrios más acomodados del este de Melbourne puso de relieve el papel de la ética ecologista. Como explicó un joven, lo que le llevó a participar en esta actividad fue su ideología política: "Nunca en mi infancia ni después de ella he pasado hambre. Creo que la razón por la que empecé [a bucear en contenedores] y una de las principales razones por las que sigo haciéndolo es porque creo que es bueno para el medioambiente [...] No compro cosas. No contribuyo a la producción insostenible de alimentos" (citado en Perera, 2017).

Como ocurre con cualquier acción política, siempre hay emociones involucradas que algunos buceadores podrían señalar. Una emoción moral importante era la indignación. Para algunos buceadores, la injusticia del modelo capitalista contemporáneo era obvia y enfurecedora. En palabras de un buceador: "Como nuestro sistema alimentario se basa en conseguir que la gente compre cosas, en lugar de ofrecer alimentos saludables, nutritivos y culturalmente apropiados a un precio justo (¡o gratis!), la gente se lo pierde. Tenemos tantas cosas, pero tanta gente pasa hambre, y utilizamos tantos envases, suministros, energía y dióxido de carbono solo para vender mejor...". Y otro buceador añadía: "Nuestro sistema alimentario capitalista existe para generar beneficios [y] es un reflejo muy claro de estos profundos males de nuestra sociedad" (citados en Ross y Phillips, 2025: 15).

Lo que refuerza estos impulsos morales y emocionales para actuar es lo que algunos buceadores describieron como los lazos emocionales que forman entre ellos como grupo en una subcultura más amplia o una comunidad de personas que buscan comida gratis. Los entrevistados en un estudio hablaron de la "dimensión agradable y divertida del buceo" (Ross y Phillips, 2025:15).

Encontrar "hallazgos" especiales e impredecibles también creaba una sensación de diversión, novedad y sorpresa, y a veces la sensación de que las recompensas eran "fruto del esfuerzo". Esto parece reflejar juegos como la búsqueda del tesoro o la emoción de los hábitos de compra tradicionales, como encontrar una ganga.

5. EL BUCEO EN CONTENEDORES COMO ACCIÓN POLÍTICA

El buceo en contenedores era antes una subcultura *underground* relativamente desconocida. Hoy en día, se ha convertido en una práctica pública y a menudo se debate en los medios de comunicación convencionales. Sin embargo, entenderlo o describirlo como una acción política no siempre es sencillo.

Según algunos autores, el buceo en contenedores se entiende mejor como un complejo movimiento social "rizomático". Los investigadores australianos Edwards y Mercer (2013) identificaron los tres grupos siguientes:

- *Hippies* puristas de cooperativas alimentarias universitarias ("les interesan más los alimentos orgánicos y llevar una vida sana y saludable, también les gusta ocupar edificios y practicar el buceo en contenedores").
- *Anarcho-punks* o *pc-punks* ("a diferencia de los *punks crusty*, suelen ser más conscientes políticamente e intelectuales, pero a menudo hay mucho solapamiento entre los dos grupos").
- Autonomistas ("todos ellos se toman muy en serio su política y son socialistas autonomistas y todo eso, y a menudo participan en proyectos mediáticos independientes") (Edwards y Mercer 2013: 181).

De acuerdo con algunos estudios sobre otras formas de acción política colectiva, el buceo en contenedores suele ser practicada por jóvenes de clase media con estudios superiores (Edwards y Mercer, 2013). Como nos dice Sebastian:

> Los buceadores de contenedores que conozco tienen entre 19 y 35 años, con algunas excepciones de personas de 60 o 70 años. Los más jóvenes son generalmente personas que conozco y que son políticamente activas o conscientes […]. Personas de todos los géneros participan en el buceo en contenedores. Probablemente hay más hombres que mujeres, pero ciertamente no están dominados por ellos.

Otro estudio de Melbourne entrevistó a 15 buceadores de contenedores,

todos ellos de entre 20 y 39 años. Al igual que Sebastian, estos participantes vivían en casas compartidas y dependían de una combinación de empleos precarios o prestaciones sociales. Sin embargo, este tipo de estudios no identifica ni especifica en realidad en qué consiste con exactitud la política del buceo en contenedores.

Esto depende en gran medida del modo en que entendamos la política como idea y como práctica. Si seguimos a Hannah Arendt (1958), lo que ella denomina acción humana, o política, consiste en que las personas reclamen su voz, se expresen o actúen en respuesta a cuestiones públicas. Para Arendt, la política implica que los ciudadanos se reúnan, participen en deliberaciones públicas y tomen decisiones colectivas con el fin de aportar algo nuevo al mundo. La descripción que hace Arendt de la política es una afirmación de la creatividad humana basada en lo que ella denominó natalidad, la "categoría central del pensamiento político" (Arendt, 1958: 9), una afirmación basada en el hecho de que la vida humana comienza con el nacimiento. Teniendo esto en cuenta, observamos como algunos buceadores identificaron lo que hacían como una forma de ayuda mutua, una forma de acción colectiva motivada por el interés en cambiar el mundo social en el que vivían.

Para algunos jóvenes buceadores de Melbourne, lo que ellos denominaban ayuda mutua era un elemento central de su identidad política, de su forma de entender sus compromisos y acciones políticas. Describían la ayuda mutua como "una parte importante del buceo en contenedores" y "la razón por la que muchos de nosotros lo hacemos" (Ross y Phillips, 2025: 18). La ayuda mutua se ha considerado durante mucho tiempo una característica definitoria de los movimientos anarquistas de Europa, América y Australia, así como de otros movimientos negros y radicales (Spade, 2020). La ayuda mutua es una forma de participación política en la que las personas practican el intercambio recíproco en un marco ampliamente igualitario u horizontal. Al ayudarse mutuamente a satisfacer las necesidades esenciales a través de la solidaridad, los grupos de ayuda mutua pretenden construir alternativas sostenibles tanto a los servicios sociales benéficos, sin ánimo de lucro y patrocinados por el Estado, como dentro de ellos. Entre los ejemplos, se incluyen los programas de desayunos del Partido Pantera

Negra y las primeras redes de apoyo contra la COVID-19. Los estudios enfatizan la importancia de construir redes sociales y materiales que combinen la colaboración, el apoyo y la resistencia.

Desde una perspectiva a más largo plazo, la ayuda mutua es una forma de política prefigurativa. Como tal, el objetivo persigue, a través de las acciones de los implicados, cambiar o hacer realidad el tipo de sociedad que imaginan y desean crear. A diferencia de la política entendida como política electoral o parlamentaria, que normalmente implica afiliarse a un partido, participar en elecciones o participar en protestas callejeras, la acción prefigurativa consiste en diseñar o experimentar y poner en práctica soluciones a problemas como el hambre, la falta de vivienda o el analfabetismo y la sostenibilidad medioambiental. Algunos recolectores de basura se identifican como anarquistas comprometidos con la política prefigurativa:

> Los que participan en la organización del mercado se han constituido como un colectivo anarquista. El deseo de sustituir los paradigmas existentes de interacción en la sociedad por estructuras más horizontales es lo que impulsa a muchos, pero también la simple bondad y compasión por los necesitados y el disgusto por el despilfarro de nuestra sociedad en una crisis del coste de la vida (Ross y Phillips, 2025: 18).

Algunos recolectores de basura practican una política prefigurativa y la ayuda mutua como expresión práctica de su anarquismo. La idea de la ayuda mutua como política prefigurativa situada dentro del pensamiento anarquista se ha inspirado durante mucho tiempo en la obra de Piotr Kropotkin (1902-2002) como parte de su crítica al darwinismo social y como alternativa al marxismo. La ayuda mutua implica el intercambio voluntario y colaborativo de recursos y servicios para el beneficio común. Los miembros de la comunidad trabajan juntos en un intento por superar las barreras sociales, económicas y políticas que impiden satisfacer las necesidades humanas básicas. Para Kropotkin, la ayuda mutua es fundamental en la lucha contra la desigualdad social, ya que, a través de la acción descrita anteriormente, tiene el potencial de crear sociedades menos caracterizadas por la opresión y la explotación.

Sebastian se hace eco de este pensamiento y añade:

> Políticamente, diría que todo el mundo es de izquierdas, excepto algunas personas

mucho mayores. Interactúo con muchos anarquistas […]. Si rebusco en la basura para otras personas que no soy yo, por ejemplo, para abastecer un banco de alimentos u otro proyecto de ayuda mutua, entonces sin duda es algo político, ya que refuta muchos paradigmas de nuestra sociedad.

Explica con más detalle su política de ayuda mutua:

Hay grupos políticos que utilizan el buceo en contenedores para alimentar a la gente como ayuda mutua. Un grupo del que formé parte durante unos años se reúne cada semana para bucear en contenedores y luego distribuye esos alimentos al día siguiente en algo que, sin quererlo, se ha convertido en una especie de banco de alimentos (o "banco de cosas gratis", porque a veces hay artículos que no son alimentos). Este proyecto se lleva a cabo en un centro social autónomo de Coburg. Todos los martes, la gente se reúne en el centro por la noche.

Para Sebastian, esto es "político":

Porque desafía las nociones de propiedad privada y reafirma la lógica del sentido común de la vida cotidiana, que es contraria a la lógica del capitalismo. Es una idea absurda que algo que está en un contenedor siga siendo propiedad de alguien, y que ese alguien sea una entidad corporativa no viva. Es de sentido común suponer que algo que está en un contenedor es algo no deseado y repudiado. Sin embargo, el proceso de bucear en contenedores implica entrar sin permiso en una propiedad privada sin el consentimiento del propietario y robar su propiedad, que en realidad es solo basura.

Y en cuanto a su motivación medioambiental:

Probablemente proporciona una motivación adicional para bucear en contenedores, pero yo diría que el coste de la vida y la facilidad para conseguir comida gratis a granel son los principales factores que lo impulsan. Yo mismo no era consciente del daño medioambiental que causa nuestro sistema alimentario excesivamente derrochador hasta que llevé varios años buceando.

6. CONCLUSIÓN

El buceo en contenedores en Melbourne, como en muchos otros lugares, es una práctica muy extendida. Se ha convertido en un fenómeno cada vez más público, ya que las presiones del coste de la vida, el aumento de la desigualdad económica y el estancamiento de los ingresos han generado un grave problema de inseguridad alimentaria para una minoría significativa de la población.

Esto, junto con la paradoja del enorme aumento de la producción de alimentos y el desperdicio de comida, se entrelaza en la policrisis de nuestro tiempo. En este contexto, las reflexiones de Michel Serres (2014) sobre la crisis parecen especialmente pertinentes. Al igual que en una crisis médica, en una época de policrisis tiene que surgir algo nuevo si queremos evitar una catástrofe. Serres afirma que una crisis "nos impulsa hacia la muerte o hacia algo nuevo que se ve obligada a inventar" (Serres, 2014: xii).

Sin exagerar, las redes de ayuda mutua que apoyan muchos de los buceadores de Melbourne parecen una forma de política prefigurativa que está inventando algo nuevo. En este estudio de caso hemos explorado el fenómeno del buceo en contenedores como una forma de acción directa orientada indirectamente a perturbar el poder desde abajo, adoptando principios como la ayuda mutua de "hazlo tú mismo" caracterizada por un compromiso con prácticas democráticas no jerárquicas, autónomas y participativas a la hora de organizar el buceo en contenedores para apoyar a las cooperativas de alimentos gratuitos. En este sentido, el buceo en contenedores forma parte de una rica red de jóvenes comprometidos con diversas formas de política, desde la acción climática hasta las campañas por la libertad de los refugiados.

BIBLIOGRAFÍA

Arendt, H. (1958): *The Human Condition*, Chicago, University of Chicago.

Australia Institute (2024): "Supermarkets or super mark-ups? Submission to Senate Select Committee on Supermarket Prices", https://n9.cl/i5gxqt.

Barnard, A. (2016): *Freegans: Diving into the wealth of food waste in America*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Börger, E. (2025): *Global Wealth Report 2025*, Zúrich, UBS, https://n9.cl/czjara.

Edwards, F. y Mercer, D. (2013): "Food waste in Australia: the freegan response", *The Sociological Review*, vol. 60, nº 2, pp. 174-191.

Food Security Information Network (2025): *Global Report on Food Crises 2025*, https://n9.cl/vuizj.

Foodbank (2024): "Foodbank Hunger Report, https://n9.cl/pc45x.

Giles, D. (2013): "Contexts and Cultural Practices of 'Dumpster Diving'", tesis doctoral inédita, Universidad de Washington, https://n9.cl/fznov.

Knight Franks (2025): "The Wealth Report 2025", https://n9.cl/c0au0.

Perera, C. (2017): "Why some people see 'dumpster diving' as the ethical way to eat", *The Conversation*, 17 de noviembre, https://n9.cl/rr67v.

Plumwood, V. (2008): "Shadow places and the politics of dwelling", *Australian Humanities Review*,

vol. 44, nº 2, pp. 139-150.

Ross, W. y Phillips, C. (2025): "Diving into shadow places: dumpster diving, food waste, and care", *Social & Cultural Geography*, vol. 1, nº 21.

Rush, E. (2006): *Skip Dipping in Australia*, Canberra, The Australia Institute.

Serres, M. (2014): *Times of crisis: What the financial crisis revealed and how to reinvent our lives and future*, Londres, Bloomsbury.

Spade, D. (2020): *Mutual aid: Building solidarity during this crisis (and the next)*, Londres, Verso Books.

United Nations Environment Programme (2022): "Worldwide Food Waste", https://n9.cl/293bj.

Watson, M. *et al*. (2025): "The Lived Experience of Food Insecurity in Adelaide, South Australia: Stories of Adversity, Oppression, and the Orthodox and Unorthodox Food Acquisition Strategies Used to Cope", *Journal of Hunger & Environmental Nutrition*, vol. 20, nº 5, pp. 838-856.

CAPÍTULO 6

LOS CUIDADOS COMO FORMA DE RESISTENCIA: EL POSO DE LOS FEMINISMOS EN LAS PRÁCTICAS ACTIVISTAS EMANCIPATORIAS

EMMA GÓMEZ NICOLAU, YOLANDA AGUDO ARROYO
Y ALMUDENA DE LINOS ESCARIO

1. INTRODUCCIÓN

En un contexto atravesado por el agotamiento, la precariedad vital y la colonización emocional de nuestras vidas por las lógicas del mercado, el cuidado emerge como una categoría política central para repensar no solo las relaciones interpersonales, sino también las formas de hacer activismo y de sostener lo colectivo. Imray Papineau (2024) parte del principio de que el trabajo activista es un trabajo de cuidados tanto en las formas de resistencia directa como en las labores más invisibilizadas que tienen que ver con el sostenimiento de los grupos a través de las lógicas organizativas, afectivas y reproductivas. Son estos cuidados los que se tornan cruciales para el mantenimiento de los grupos y organizaciones, pero, al mismo tiempo, estos cuidados representan una auténtica resistencia a los modos neoliberales de vivir. Para la misma autora, la resistencia en el activismo depende del apoyo emocional, material e ideológico de otras personas. Una declaración que reconoce la interdependencia como eje central de las relaciones políticas en los contextos activistas y que contiene una mirada radicalmente emancipadora del capitalismo cisheteropatriacal.

Tal como sostiene The Care Collective en *El manifiesto de los cuidados* (2020), vivimos en sociedades estructuralmente "descuidantes", donde el neoliberalismo ha privatizado y desmantelado los sistemas colectivos de protección. Frente a esta desposesión generalizada del cuidado, el manifiesto propone una política del cuidado basada en la interdependencia, la justicia relacional y el reconocimiento de que todas las vidas necesitan ser sostenidas. Esta propuesta trasciende el ámbito doméstico: plantea una reestructuración radical de nuestras instituciones, economías y vínculos sociales a partir de la centralidad del cuidado.

Apoyándonos en esto, planteamos que hay colectivos y organizaciones en las que las prácticas de cuidado devienen estrategias de resistencia. Los espacios activistas que priorizan relaciones sostenibles, ritmos humanos y vínculos de apoyo mutuo se configuran como experimentos políticos prefigurativos (Yates y De Moor, 2022; Monticelli, 2021), esbozos de ese otro mundo posible que se quiere construir, bajo el paradigma de los cuidados como práctica política. Las organizaciones basadas en los cuidados promueven la liberación de las subjetividades neoliberales basadas en el productivismo, la competitividad y la idea de sujeto ilustrado independiente y capaz. A través de los cuidados, en las organizaciones se desvelan las trampas de la modernidad y la falacia de la autonomía apostando por prácticas alineadas también con la epistemología feminista y los conocimientos situados. Como el testigo modesto de Haraway (2004), el activismo feminista basado en los cuidados sacrifica el protagonismo y la épica para privilegiar lógicas basadas en el reconocimiento, la escucha y el apoyo mutuo.

En el trabajo de campo realizado en el proyecto Youth Activisms, en el que se han entrevistado a 61 activistas jóvenes en diversos ámbitos (sociocomunitarios, ecologistas, derechos civiles, feministas, partidos políticos y sindicatos), han emergido reflexiones de calado sobre cómo son las organizaciones que cuidan y, por el contrario, aquellas que expulsan, generan malestares y "queman" a las personas jóvenes que se aproximan a la participación. Las narrativas que vamos a analizar en este texto proceden en su gran mayoría de los activismos en los que las subjetividades implicadas están atravesadas por lógicas de discriminación, violencia y opresión en clave interseccional (como, por ejemplo, las mujeres feministas, migrantes, LGTBIQA+, etc.). Es decir, si bien los discursos sobre los cuidados han impregnado los activismos en sentido amplio fruto de la femistización de los mismos (Rovira Sancho, 2018), es principalmente desde las posiciones vulnerabilizadas donde se hacen más visibles, encontrándonos en sus narrativas con elaboraciones teóricas y prácticas que se articulan desde lo subalterno, desde los márgenes. Desde aquí, consideramos especialmente radicales los aportes sobre los cuidados en los colectivos activistas.

2. EL CUIDADO COMO TRABAJO Y COMO RESISTENCIA: APORTES DESDE LOS FEMINISMOS

Que los cuidados han sido uno de los pilares ocultos que sostienen la vida y el sistema económico ha sido uno de los temas centrales de denuncia y análisis de los feminismos y uno de los elementos centrales de reflexión en los estudios de género. El concepto de ética del cuidado, que debemos a la filósofa Gilligan (1982), aunque posteriormente se ha desarrollado bajo un prisma que desafía el binarismo de género, ha sido usado como perspectiva teórica que se centra en la responsabilidad en la relación y refleja el principio fundamental de que el yo y las otras personas son interdependientes. Tronto (2013) lleva la reflexión de Gilligan más allá de los preceptos morales para situarlo en el marco de la justicia social y la democracia. Tronto parte del hecho de que los cuidados incluyen todo aquello que hacemos para mantener y reparar nuestro mundo de modo que podamos vivir lo mejor posible. Esto va mucho más allá de cuidar a las personas e implica cuidar el entorno, las instituciones, las comunidades y los vínculos sociales.

La infravaloración de los cuidados y su negación como elemento de valor (económico, social, ecológico, relacional) ha ido de la mano de la división sexual del trabajo y la consolidación de roles de cuidado vinculado a lo subalterno. Asignado generalizadamente a las mujeres y negando su remuneración bajo la figura del salario familiar en los modos de reproducción capitalistas de la modernidad (Federici, 2013) o mercantilizado bajo las fórmulas más precarias que Durán (2018) etiqueta como "cuidatoriado", los trabajos de cuidados se distribuyen de manera desigual, profundizando en las desigualdades no solo en clave de género, sino también de clase social, nacionalidad, etnia, raza y situación de ciudadanía (Hochschild, 2000; Pérez Orozco y Gil, 2016).

Los análisis han dejado patente que una sociedad democrática no puede funcionar si hay personas que hacen todo el trabajo de cuidados y otras que no hacen nada (Trento, 2013). Es por esto por lo que visibilizar y colectivizar el trabajo de cuidados no solo repara desigualdades, sino que cuestiona las lógicas productivistas, extractivas y patriarcales que organizan el mundo social (Federici, 2013). Tal y como recuerda Imray Papineau (2024), estas reflexiones tienen una fuerte resonancia en las

prácticas de los activismos de base. No obstante, debe reconocerse la labor de los activismos feministas en la denuncia de la falta de cuidados en los movimientos sociales. El feminismo autónomo nace en los años sesenta y setenta del siglo XX como respuesta y crítica a las organizaciones mixtas de izquierda donde las mujeres militantes, incluso en las luchas por la justicia social, eran silenciadas, invisibilizadas y usadas como mano de obra especialmente en el ámbito de apoyo y cuidados organizacionales. En la Statement of the Women's Caucus of the SDS (1968), en los Estados Unidos, las mujeres denunciaron que se las relegaba a tareas logísticas, se ridiculizaban sus aportaciones y no se tomaban en serio sus denuncias de violencia (Freeman, 1973). En el Reino Unido, el movimiento feminista rompe con la izquierda denunciando la división sexual del trabajo en las organizaciones (ellas cocinaban, cuidaban, organizaban), la invisibilización de sus demandas específicas (violencia, aborto, trabajo doméstico) y un paternalismo intelectual que las desautorizaba como sujetos políticos (Rowbotham, 1973). En el contexto español, en las I Jornadas Estatales por la Liberación de la Mujer (1976) ya se debate sobre la necesidad de una agenda propia y sobre la violencia que sufren incluso dentro de las organizaciones revolucionarias (Escario *et al*., 1996). Es por esto por lo que el enfoque de cuidados en las organizaciones no se trata de un "añadido ético", sino que es el resultado histórico de una ruptura con las formas hegemónicas de hacer militancia.

En los análisis sobre movimientos sociales y colectivos activistas no pasa por alto esta repolitización de los cuidados. Rovira Sancho (2018) identifica como gran eje de cambio lo que denomina "una paulatina feministización de las formas y de los marcos de significado" (Rovira Sancho, 2018: 225). Esta "feministización" no consiste únicamente en que más mujeres participen visiblemente en el espacio público, sino de que se están redefiniendo los fundamentos mismos de lo que se considera político. Cuestiones tradicionalmente relegadas al ámbito privado, como el cuidado, la reproducción de la vida, la sostenibilidad cotidiana pasa al centro del discurso y de la práctica organizativa ya no como asuntos secundarios, sino como ejes estructurales de transformación.

Este desplazamiento implica también una revisión crítica de las formas de autoridad y de los valores jerárquicos que han dominado la tradición

revolucionaria clásica. En lugar de estructuras verticales y figuras heroicas, se impulsan modelos que distribuyen el poder y la voz, reconociendo el potencial político de lo común, lo colectivo, lo afectivo, lo interdependiente. Las dicotomías clásicas —producción vs. reproducción, público vs. privado, identidad vs. anonimato— se desestabilizan, abriendo paso a formas de acción que priorizan la vida cotidiana, la sostenibilidad del presente y la protección de los vínculos y de los cuerpos.

Desde esta perspectiva, el cuidado no es algo que se pueda postergar "para después de la revolución", sino que se convierte en la revolución misma: la que hace posible habitar el presente sin destruirlo, sostenerse sin agotarse, construir sin excluir. Es una apuesta política que rompe con los valores patriarcales del sacrificio y la heroicidad, y propone en su lugar una transformación centrada en la vida, el entorno y los afectos compartidos.

De manera muy complementaria, Valdés (2024) aborda como desde el posanarcofeminismo, el cuidado no es una dimensión auxiliar o reparadora de la política, sino su expresión radical en el presente. Los cuidados, los afectos y las prácticas cotidianas que sostienen la vida se configuran como formas de acción directa, en tanto que interrumpen las lógicas de abandono, explotación y exclusión propias del sistema capitalista-patriarcal. Cuidar es resistir, porque implica proteger y sostener aquello que el sistema sacrifica: los cuerpos vulnerables, los vínculos relacionales, la vida común.

Estos planteamientos se alinean y refuerzan la crítica feminista a la idea de sujeto ilustrado que, igual que los modelos revolucionarios clásicos, se centra en la confrontación heroica y masculina reforzando así la idea de un sujeto monolítico.

La crítica feminista al sujeto moderno —autónomo, racional, universal y autosuficiente— ha sido uno de los pilares fundamentales para repensar las formas de agencia y de vida en común desde lógicas no dominantes (Flax, 1990). Desde diversas perspectivas —feministas, posestructuralistas, decoloniales—, se ha cuestionado la falacia del sujeto independiente que la modernidad ilustrada promovió como modelo normativo: un individuo capaz de gobernarse por sí mismo, separado de los demás y ajeno a las condiciones materiales y relacionales que lo

configuran.

Los feminismos han sido clave para desmontar este mito, proponiendo en su lugar una ontología de la interdependencia (Hernando, 2018; Butler *et al.*, 2016; Flax, 1990). La vida humana no es posible sin redes de cuidado, apoyo mutuo y reciprocidad. La interdependencia no implica pérdida de autonomía, sino reconocimiento de la vulnerabilidad compartida y de la necesidad de construir marcos relacionales justos. Desde esta óptica, se cuestiona la oposición binaria entre dependencia e independencia y se reivindica la posibilidad de ser simultáneamente fuerte y vulnerable, cuidadora y necesitada de cuidados, capaz y limitada.

Además, la crítica al sujeto ilustrado se entrelaza con una crítica al neoliberalismo, que instrumentaliza el ideal de autonomía para exigir autosuficiencia individual bajo condiciones estructurales de precariedad. En este marco, la reivindicación de la interdependencia no es solo un gesto ético, sino una apuesta política por reorganizar los vínculos sociales, redistribuir los cuidados y visibilizar las bases materiales que sostienen la vida.

Contra la idea de sujeto ilustrado, la crítica feminista propone un sujeto múltiple, precario, afectivo y situado, que organiza su acción política no desde el sacrificio, sino desde la sostenibilidad vital, la interdependencia y el placer compartido (Braidotti, 2000). En este marco, el espacio cotidiano se resignifica como campo de disputa política, donde se tejen redes de apoyo, se organizan resistencias de base, se sostienen cuerpos atravesados por la violencia y se construyen nuevas formas de estar en común.

Las estructuras colectivas cuidadoras que analizamos pueden ser leídas como espacios intermedios, grietas en el sistema desde las que se rehace la trama social con otras lógicas: la del reconocimiento mutuo, la de los afectos como materia política y la de la acción transformadora que no se posterga, porque sucede aquí y ahora, donde los cuidados no aparecen como un suplemento ético, sino como una forma radical de desobediencia al orden simbólico dominante.

3. CÓMO SON LAS ORGANIZACIONES QUE CUIDAN

Las organizaciones que cuidan no se definen por una ausencia de

conflictos o contradicciones internas, sino por una disposición activa a sostener los vínculos, revisar las prácticas y redistribuir los afectos y las responsabilidades. En contraposición a los modelos jerárquicos, verticales y productivistas heredados de las tradiciones militantes más institucionalizadas, las organizaciones feministas y otras prácticas activistas desde los márgenes han desarrollado formas de hacer política que sitúan el cuidado en el centro.

A partir del trabajo de campo realizado con activistas jóvenes, hemos identificado cinco dimensiones fundamentales que caracterizan a los espacios organizativos cuando estos se experimentan como seguros, sostenibles y deseables: la acogida e integración, la confianza y la escucha sin juicio, la afinidad político-afectiva, los ritmos sostenibles y la red afectiva de apoyo mutuo.

Estas dimensiones son configuraciones colectivas que permiten hablar de la existencia de una política de los cuidados: distribuyen el poder, reconocen la vulnerabilidad, permiten la discrepancia sin exclusión y sostienen la participación sin sacrificar el bienestar. Leídas a la luz del posanarcofeminismo (Valdés, 2024), de las políticas del cuidado (Tronto, 2013; The Care Collective, 2020) y de las epistemologías feministas situadas (Haraway, 2004), estas prácticas pueden ser comprendidas como formas de resistencia afectiva y organizativa que prefiguran otros mundos posibles.

3.1. ACOGIDA E INTEGRACIÓN: ENTRAR Y QUEDARSE

Uno de los momentos clave en la trayectoria militante es la llegada a un colectivo. La forma en que este proceso se gestiona puede marcar la diferencia entre el deseo de implicarse y el abandono temprano. Las organizaciones que cuidan no dan por sentada la permanencia ni presuponen afinidad inmediata; más bien, entienden la acogida como una práctica política fundamental que abre la posibilidad de que las personas recién llegadas puedan habitar el espacio desde su singularidad.

La llegada a un espacio activista suele implicar atravesar barreras emocionales y culturales: enfrentarse a dinámicas desconocidas, asumir una posible falta de saberes políticos compartidos o temer no estar a la

altura. Por eso, las prácticas de cuidado en la acogida no se reducen a una bienvenida formal, sino que se expresan en gestos concretos: tomar tiempo para explicar los códigos internos, abrir canales para que la voz propia emerja, preguntar por los intereses de quienes llegan y ofrecer acompañamiento sostenido.

En el trabajo de campo, esta dimensión aparece de forma reiterada. En las entrevistas, las jóvenes relatan como el reconocimiento de sus aportes y saberes —aun siendo nuevas o jóvenes— fue determinante para querer quedarse. Este caso lo ilustra claramente: "Para mí fue superbonito, porque apreciaron mucho que fuese joven y me interesase por el colectivo, por el mismo hecho de militar desde tan peque. Así que siempre me he sentido bastante acogida" (EGM05)[8].

En el siguiente fragmento se destaca la cuestión del reconocimiento y valoración del trabajo que se realiza desde el inicio, que aporta, desde lo individual al colectivo: "Para mí ha sido una experiencia muy guay, porque atravesé un espacio en el que me sentí como superbienvenida desde el primer momento, como que se valoraba muchísimo las aportaciones que tenía, el trabajo que hacía, como que era todo muy colectivo, muy grupal" (EGM13).

En contraste, otras experiencias muestran como el exceso de rigidez y las jerarquías implícitas pueden generar dinámicas expulsoras, donde la integración no es posible: "No me sentía cómoda, me sentía como muy fuera de lugar, como que yo no tenía ni idea, y además era todo muy cerrado […] como que ya estaba todo muy montado, muy estructurado y tú simplemente ibas allí a escuchar, a aplaudir y poco más" (EGM13).

Estas narraciones se alinean con lo que Tronto (2013) identifica como la dimensión de atención del cuidado: la capacidad de estar disponibles para percibir las necesidades de las otras. En este caso, se trata de percibir la necesidad de ser reconocida como sujeto político incluso cuando aún no se domina el lenguaje o las dinámicas internas.

Acoger, por tanto, no significa solo invitar a entrar, sino también ceder espacio, escuchar activamente y reconocer que el colectivo está en transformación constante a medida que nuevas voces lo atraviesan. Las organizaciones que cuidan no se protegen ante lo nuevo, sino que se permiten ser transformadas por quienes llegan, haciendo del ingreso un

acto de coconstrucción colectiva. Esto desestabiliza la lógica meritocrática o elitista de algunos espacios militantes y se convierte en una forma concreta de resistir al capacitismo político y a la lógica del "saber experto".

Así, la acogida se convierte en una puerta simbólica y práctica que hace posible el arraigo y, con este, la posibilidad de permanecer.

3.2. CONFIANZA Y ESCUCHA SIN JUICIO: PODER SER VULNERABLE

En las narrativas de las personas activistas entrevistadas, cuando se refieren a la confianza, no la mencionan como algo colateral, sino una práctica activa que perciben en la cotidianidad. Esta confianza se traduce en la posibilidad de mostrarse vulnerable, de expresarse sin temor a equivocarse ni a ser juzgada, de compartir incertidumbres, desacuerdos o límites personales sin que esto conlleve pérdida de legitimidad dentro del grupo. La escucha sin juicio emerge aquí como un principio tanto político como ético, que se entrelaza con el reconocimiento mutuo.

Desde el punto de vista de los feminismos críticos, especialmente en la obra de Butler (2009), el reconocimiento no puede entenderse como una mera identificación desde categorías establecidas, sino como un acto ético que implica suspender el juicio moral y abrirse a ser interpeladas por la diferencia del otro o la otra. Reconocer a alguien como sujeto significa permitir que su voz, su relato y su experiencia tengan lugar, incluso cuando desestabilizan nuestras propias certezas.

En las entrevistas, varias activistas narran como el juicio moral explícito o implícito genera distancias, inhibe la participación y fomenta una dinámica punitiva que las aleja del colectivo. Es en este punto donde se vuelve central generar climas de confianza, donde el error no es penalizado y donde es posible aprender colectivamente desde la escucha:

> Yo no me enteraba de nada, pero lo concebí como un espacio seguro, porque podía preguntar y me lo explicaban sin problema (EGM12).

> Si tú no estás en un ambiente cómodo en el que no te puedes expresar, en el que no sientes confianza para hablar y debatir, no vas a participar. Y aquí lo he sentido desde el principio (EGM01).

Estos relatos confirman que la confianza se construye cuando las relaciones están atravesadas por la empatía, la paciencia y la voluntad de comprensión, especialmente frente a personas recién llegadas o que no han sido socializadas en los códigos tradicionales de la militancia.

Las definiciones de la situación, los modos de conocer, están arraigados a condiciones materiales de existencia, trayectorias biográficas y experiencias vividas que afectan al modo en que se percibe la realidad.

Cuando en el seno de las asambleas se imponen puntos de vista o se reivindican definiciones de la realidad, incluso con argumentos emancipadores y referencias teóricas sólidas, las organizaciones se describen como poco cuidadoras o incluso expulsoras. Esta práctica es lo que Butler denomina "violencia ética" (2009), donde bajo esos preceptos morales se juzga a las otras personas. El juicio, explica la autora, se convierte en un medio de postular una diferencia ontológica entre juzgador y juzgado, y aun de depurarse del otro "[…] la condena suele ser un acto que no solo abandona al condenado, sino que procura infligirle una violencia en nombre de la ética" (Butler, 2009: 68).

> Había demasiado señalamiento y poca empatía y poca paciencia para ser pedagógico (EGM04).

> […] pero me refiero al final, si no te sientas a escuchar otras opiniones, o a debatir, siempre vas a tener la misma opinión y siempre va a ser como encerrado en tu burbuja privilegiada (EGM10).

En definitiva, construir confianza y sostener la escucha sin juicio no es solo una cuestión relacional, sino una apuesta política radical. En un mundo que penaliza la duda, que valora la seguridad como forma de autoridad, que exige coherencia y éxito constante, afirmar que se puede participar desde la fragilidad es un gesto profundamente emancipador. Sentirse juzgadas en el activismo, cuando el sistema capitalista-patriarcal ya nos juzga y culpabiliza sistemáticamente en todos los ámbitos de la vida —productivo, afectivo, corporal, sexual—, supone una doble violencia que refuerza el malestar, el silencio y, en última instancia, la retirada de los espacios de participación.

3.3. AFINIDAD POLÍTICO-AFECTIVA:

COMPARTIR EL FONDO Y LAS FORMAS

Lo que muchas activistas destacan como decisivo en su permanencia dentro de los colectivos no es tanto la coherencia ideológica estricta o la adhesión formal a unos principios, sino una afinidad político-afectiva: una forma de vinculación en la que las personas comparten tanto un horizonte político común como una sensibilidad afectiva y unas prácticas relacionales coherentes con ese horizonte. Esta sintonía se expresa cuando hay una coincidencia profunda entre lo que se dice y lo que se hace, y en las realizaciones prácticas se actualizan los principios políticos: "Es como la creación de un espacio LGBT seguro y un espacio también para poder crear dinámicas feministas, autoformarnos y también de cara a la movilización… es volver un poco a la militancia chula de base, de que no se quiere simplemente organizar cosas de cara para afuera, sino también un poco a nivel interno" (EGM11).

Las activistas encuentran esta afinidad no en discursos grandilocuentes o agendas saturadas, sino en formas de hacer que les permiten reconocerse, cuidar el territorio y el entorno social, sostener la vida cotidiana y sentirse parte de algo que tiene sentido. La implicación se vuelve más estable cuando el proyecto colectivo no está centrado en su propia reproducción institucional o mediática, sino en responder a necesidades concretas desde lo cercano: el grupo, el barrio, etc.

Esta afinidad político-afectiva se refuerza cuando las acciones del colectivo tienen un impacto visible, cuando están enraizadas en lo local o en lo común y cuando no se orientan exclusivamente hacia la reproducción de la organización. Por eso, muchas activistas se distancian de espacios saturados de actividades, hiperintelectualizados o demasiado autorreferenciales: "Es que tú necesitas sentir que estás generando cambio, que estás… o sea, que lo que estás haciendo está sirviendo, está generando algo en el bien común, ¿no? Está generando algo positivo no solo para ti, sino también para los de tu alrededor" (EGM05).

Aquí se vuelve útil recuperar la propuesta de Federici (2013) cuando señala que el cuidado no debe entenderse solo como una labor reproductiva, sino como una acción profundamente política y situada que puede sostener luchas desde abajo y desestabilizar el orden social. Desde esta mirada, el compromiso político se mide menos por la cantidad de

acciones realizadas y más por el sentido que estas acciones tienen para la comunidad: "Lo veo [el activismo] como algo de compromiso con algo colectivo. No… no como donación de mi tiempo a una causa extraña o ajena a mí, sino como hay un mundo que quiero cambiar y voy a organizarme con la gente que tengo cerca para intentar mover algo, para cambiar algo" (EGM08).

Cuando en la realización práctica se actualizan los principios políticos, se abren vías de innovación. Los espacios organizativos que cuidan no se limitan a sostener o proteger: también generan, transforman, abren posibilidades. Siguiendo a Motta (2011), las subjetividades insurgentes producen formas alternativas de conocimiento, organización y vida. Tienen una dimensión claramente generativa, porque se nutren de la capacidad colectiva de incidir en el entorno, de responder a necesidades reales y de construir alternativas desde abajo. En ese sentido, cuidar es también participar: no solo estar presente, sino hacer posible que las cosas cambien allí donde se está, desde lo concreto, lo común y lo situado.

3.4. RITMOS SOSTENIBLES: MILITAR SIN QUEMARSE

Uno de los factores más mencionados por las activistas entrevistadas cuando hablan de espacios organizativos que cuidan es la posibilidad de participar sin agotarse. Esta afirmación, que puede parecer sencilla, implica una ruptura radical con la lógica productivista que ha impregnado muchas formas de militancia. En los colectivos donde el ritmo de trabajo, la exigencia interna o la expectativa de estar "siempre disponible" no se revisan, el desgaste se acumula hasta el punto de expulsar a las personas o convertir la participación en una fuente más de ansiedad, autoexigencia y culpa:

> Yo tenía como mucha autoexigencia de… como de… demostrar al mundo […]. Para mí, una forma como muy productiva de vivir una militancia, que yo, ahora mismo […] estoy igual cuestionándome posibles militancias como más sostenibles […]. Como si realmente se tiene que generar esta parcela de producción de las militancias, como un espacio productivo más, o si se tiene que generar militancias mucho más afectivas (EGM08).

Estas vivencias expresan el modo en que las dinámicas militantes

pueden reproducir las lógicas neoliberales, donde prima la hiperactividad, la gestión individual del compromiso, la culpabilización por no rendir lo suficiente o no alcanzar las expectativas y la invisibilización del cansancio y el deseo de parar. Tal como advierten Laval y Dardot (2013), el neoliberalismo no impone solo un modelo económico, sino una forma de subjetivación que convierte a cada persona en empresa de sí misma, autogestionada, autorresponsable y competitiva, incluso en espacios que aspiran a ser alternativos.

Desde el feminismo crítico, Scharff (2015) ha analizado cómo esta subjetividad neoliberal se expresa en la exigencia constante de ser coherente, disponible, emocionalmente competente y políticamente impecable. Esta forma de vida genera una "cultura del rendimiento" que penetra en lo íntimo, colonizando también los espacios activistas.

Frente a esta lógica del "militante ideal", las organizaciones que cuidan no asocian compromiso con sacrificio ilimitado, sino que abren espacios donde es posible ajustar los ritmos personales a las condiciones vitales, emocionales o laborales de cada momento: "Se ha adaptado también mi participación a mi situación de salud mental [...]. Se recibe con los brazos abiertos" (EGM01).

En estos colectivos, decir "no puedo más" no es un fracaso, sino una oportunidad para redistribuir tareas, revisar prioridades y sostener la continuidad sin erosionar a quienes participan. Esta flexibilidad no significa desorganización ni falta de compromiso, sino una ética organizativa basada en la confianza, la empatía y el respeto por los cuerpos y los tiempos.

Desde una mirada teórica, esta crítica a la lógica neoliberal de la autoexplotación tiene ecos en *El manifiesto de los cuidados* (The Care Collective, 2020), que denuncia cómo el neoliberalismo ha privatizado la responsabilidad del bienestar, empujando a las personas a "cuidarse a sí mismas" como exigencia individual, incluso dentro de colectivos políticos. Apostar por ritmos sostenibles implica, por tanto, descolonizar emocionalmente la militancia, y reconocer que cuidar de la participación también es cuidar a quienes la sostienen.

Del mismo modo, Valdés (2024) subraya que el cuidado cotidiano —los gestos que sostienen la vida y los vínculos— es una forma de acción

directa que no puede posponerse para "después de la lucha". Reivindicar la pausa, la vulnerabilidad o la retirada temporal no es una debilidad, sino una táctica política de resistencia al mandato neoliberal de la disponibilidad permanente.

Así, las organizaciones que cuidan son aquellas que no miden la implicación en horas invertidas o en intensidad emocional, sino que habilitan marcos colectivos donde la participación es compatible con el bienestar, los cambios vitales y las diferentes formas de estar presente. Y es precisamente esta flexibilidad, este derecho a dosificar los esfuerzos sin ser penalizadas, lo que permite que muchas personas no solo se integren, sino que deseen quedarse.

Esta manera de cuidar genera que las activistas puedan expresar sin temor a represalias sus límites y su disponibilidad real, sin sobrecargarse sin sentirse que defraudan o que no llegan. Un principio que ayuda, además, a que los proyectos y acciones que se llevan a cabo tengan una mejor previsión y planificación: se sabe con quién y en qué medida se puede contar. La crítica al productivismo produce, paradójicamente, modos eficientes de funcionamiento con una participación honesta y adaptada a las posibilidades reales de cada una.

3.5. RED AFECTIVA Y APOYO MUTUO: LA VIDA ENTRELAZADA

En los colectivos que se identifican como seguros, las relaciones entre sus miembros trascienden lo funcional y lo operativo para configurarse como vínculos de afecto, lealtad y sostenimiento mutuo. Se generan así redes informales que actúan como espacios de contención emocional, como apoyos prácticos ante dificultades personales y como formas de estar con otras que no se basan en la competencia o la autosuficiencia, sino en la interdependencia: "Yo tengo dos grandes grupos de amigas: las de la uni y las del barrio. Todas vienen de la militancia […]. Si tuviera que pedir un favor de socorro, sería a ellas" (EGM05).

Estas relaciones no son extras o paralelas a la organización, sino que constituyen parte de su infraestructura política. En los relatos, las activistas no solo nombran la amistad como una ganancia personal, sino como un recurso colectivo de sostenimiento: como si el hecho de "hacer

comunidad" fuese, en sí mismo, un objetivo político.

Este tipo de vínculos desafía directamente las lógicas neoliberales del individualismo, la autosuficiencia y la productividad emocional. Frente a la exigencia de "arreglárselas sola", las redes de afecto ofrecen presencia, reconocimiento y disponibilidad mutua. Como apunta Valdés (2024), estas redes no son decorativas ni marginales: son formas de acción directa que reconfiguran lo político desde lo cotidiano y lo relacional. En palabras de una de las entrevistadas: "Era como tener una pequeña tribu" (EGM10).

En muchos casos, estas redes permiten acceder a recursos concretos de ayuda, cubrir necesidades no resueltas por las instituciones o simplemente sostener la vida cuando todo lo demás tambalea: "Es saber que, si un día estás mal o no puedes más, alguien va a estar" (EC12-DD).

El cuidado que se activa aquí no es caritativo ni paternalista, sino una práctica horizontal, tejida en la convivencia, la escucha y el tiempo compartido: "Como que, desde los últimos años, empezamos a poner un poco en valor los cuidados hacia dentro de la asamblea [...] y fue un proceso muy bonito. Todas compartimos que fue el proceso vital más bonito de nuestra vida" (EGM12).

Estas comunidades afectivas (aunque no estén libres de tensiones) rompen con la lógica neoliberal del "sálvese quien pueda" y proponen otras formas de relación. En lugar de agotar la energía en competir, demostrar o sobresalir, los vínculos se construyen desde el cuidado y la corresponsabilidad emocional. En ese sentido, cuidar no es un añadido al proyecto político: es el proyecto político.

Los vínculos afectivos generados en estos espacios permiten una sostenibilidad emocional que muchas veces no está garantizada en otros entornos vitales —ya sea en el ámbito laboral, familiar o institucional—. Y son precisamente estos vínculos los que hacen posible mantenerse implicadas a lo largo del tiempo. Para muchas, la red de apoyo nacida del activismo es el primer espacio donde se han sentido habitadas, acompañadas y escuchadas sin juicio: "Sí que tengo relaciones profundas gracias a eso precisamente [...] pienso que me acerca mucho a otras personas el tema de haber hecho activismo" (EGM01).

Por eso, muchas activistas identifican el lazo afectivo como la principal razón para quedarse. No se trata solo de participar en acciones o de

compartir diagnósticos políticos, sino de sentirse parte de un espacio donde "ser" con otras es posible y deseable, donde el vínculo no es solo ideológico, sino también existencial, cotidiano y humano.

4. CONCLUSIONES: CUIDAR COMO DESOBEDIENCIA AL ORDEN NEOLIBERAL

Las narrativas sobre espacios seguros y cuidados que aparecen en el trabajo de campo van más allá de los protocolos sobre protección ante los cuerpos y fuerzas de seguridad en las acciones políticas, claves o estrategias para que los teléfonos móviles no registren detalles de acciones que puedan ser ilegales, etc. Aunque eso también sea cuidarse. Tampoco se trata de gestionar las violencias en las asambleas con procesos de mediación y facilitación de grupos. Aunque eso también sea necesario. Cuando las activistas hablan de cuidarse y de crear espacios seguros se sitúan en el plano del reconocimiento, la reciprocidad y la crítica profunda a las lógicas neoliberales que nos invaden como maneras de sobrevivir: "Creo que una parte importante está en hacia adentro, pues sobrevivir muchas veces con las cosas que nos suceden, compartir y crear un espacio seguro, que es fundamental. Y no todo tiene por qué ser de cara a la galería" (EGM04).

Las prácticas de cuidado que hemos descrito no son anecdóticas ni accesorias. No son "formas suaves" de organización ni concesiones éticas a la dureza del conflicto político. Muy al contrario: son apuestas radicales que desobedecen las lógicas dominantes del capitalismo patriarcal y que, desde los márgenes, prefiguran un modo alternativo de estar en el mundo, de hacer política y de construir comunidad.

En una sociedad que exige productividad, coherencia, presencia constante, gestión emocional e independencia total, cuidar —cuidarse y cuidar a las otras— es un gesto profundamente insurgente. Los colectivos que cuidan interrumpen las lógicas de la eficiencia neoliberal, que penetran incluso en los espacios activistas, y abren la posibilidad de sostener la vida sin sacrificarse, de militar sin quemarse, de convivir sin competir, de extender espacios afectivos más allá de la sociabilidad.

Cuidar, en estos contextos, no es proteger a las más vulnerables, sino

reconocer que todas lo somos en diferentes momentos y que de esa vulnerabilidad compartida nace una forma distinta de hacer política: situada, atenta, afectiva, horizontal. Frente al sujeto autónomo, racional, autosuficiente —ideal moderno de la Ilustración que el neoliberalismo ha convertido en mandato—, los activismos feministas reafirman una ontología de la interdependencia. El sujeto político no es quien lo sabe todo y nunca falla, sino quien sabe sostener(se), quien escucha, quien puede habitar el conflicto sin destruir a la otra.

Estas organizaciones que cuidan no niegan el conflicto ni el disenso, pero lo gestionan desde la voluntad de permanecer juntas, de no expulsar, de no juzgar. En ellas, el vínculo es el proyecto político no como eslogan, sino como práctica diaria. Por eso, decimos que los cuidados no son un suplemento a la militancia, sino su núcleo más transformador. No es que sin cuidados los colectivos se debiliten, es que sin cuidados no hay revolución posible. En un mundo que se sostiene sobre la explotación de cuerpos, emociones y tiempos, cuidar colectivamente es una forma de rebelarse y de rehacer el mundo en clave de justicia relacional.

BIBLIOGRAFÍA

Butler, J. (2009): *Dar cuenta de sí mismo. Violencia, ética y responsabilidad*, Buenos Aires, Amorrortu.

Butler, J.; Gambetti, Z. y Sabsay, L. (eds.). (2016): *Vulnerability in Resistance*, Durham, Duke University Press.

Durán, M. A. (2018): *La riqueza invisible del cuidado*, Valencia, Universitat de València, Servei de Publicacions.

Escario, P.; Alberdi, I. y López-Acoto, A. I. (1996): *Lo personal es político: el movimiento feminista en la transición*, Madrid, Instituto de la Mujer.

Federici, S. (2013): *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Flax, J. (1990): *Psychoanalysis, Feminism and Postmodernism in the Contemporary West*, Berkeley, University of California Press.

Freeman, J. (1973): "The Origins of the Women's Liberation Movement", *American Journal of Sociology*, vol. 78, nº 4, pp. 792-811.

Gilligan, C. (1982): *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge, Harvard University Press.

Haraway, D. (2004): *Testigo_Modesto@ Segundo_Milenio. HombreHembra©_Conoce_Oncoratón®. Feminismo y tecnociencia*, Barcelona, UOC.

Hernando, A. (2018): *La fantasía de la individualidad*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Hochschild, A. R. (2000): "Global Care Chains and Emotional Surplus Value", en W. Hutton y A. Giddens (eds.), *On the Edge: Living with Global Capitalism*, Londres, Jonathan Cape, pp. 130-

146.

Imray Papineau, E. (2024): "Activist work is care work: Conceptualising resistance in Indonesia and the Philippines through feminist ethics", *Feminist Theory*, vol. 26, nº 2, pp. 486-506.

Laval, C. y Dardot, P. (2013): *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa.

Monticelli, L. (2021): "On the necessity of prefigurative politics", *Thesis Eleven*, vol. 167, nº 1, pp. 99-118.

Motta, S. C. (2011): "Notes towards prefigurative epistemologies", en S. C. Motta y A. Gunvald Nilsen (eds.), *Social Movements in the Global South*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 178-199.

Pérez Orozco, A. y Gil, S. (2016): *Desigualdades a flor de piel: cadenas globales de cuidados. Concreciones en el empleo de hogar y articulaciones políticas*, Santo Domingo, ONU Mujeres.

Rovira Sancho, G. (2018): "El devenir feminista de la acción colectiva: las redes digitales y la política de prefiguración de las multitudes conectadas", *Teknokultura*, vol. 15, nº 2, pp. 223-240.

Rowbotham, S. (1973): *Hidden from History: 300 Years of Women's Oppression and the Fight Against It*, Londres, Pluto Press.

Scharff, C. (2015): "The Psychic Life of Neoliberalism: Mapping the Contours of Entrepreneurial Subjectivity", *Theory, Culture & Society*, vol. 33, nº 6, pp. 107-122.

The Care Collective (2020): *El manifiesto de los cuidados*, Tarragona, Bellaterra.

Tronto, J. C. (2013): *Caring Democracy: Markets, Equality, and Justice*, Nueva York, New York University Press.

Valdés Lucas, A. (2024): "¿Cómo resistimos? Teorías y prácticas posanarcofeministas para el siglo XXI", *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi*, vol. 29, nº 2, pp. 1-22.

Yates, L. y Moor, J. de (2022): "Prefigurative politics and social movements: A guide", *Social Movement Studies*, vol. 21, nº 4, pp. 402-419.

CAPÍTULO 7

CARRERAS ACTIVISTAS EN MOVIMIENTO: JUVENTUD Y ECOLOGISMO EN EL CONTEXTO CANARIO

PAU ORIHUELA

1. INTRODUCCIÓN

Este capítulo se adentra en el caso del ecologismo juvenil en Canarias, un territorio atravesado por un conflicto ecológico-distributivo de larga duración. Las sucesivas luchas contra proyectos turísticos, infraestructuras o modelos extractivos de ocupación del suelo han convertido al archipiélago en un espacio clave para entender los vínculos entre ecología, política y sociedad. En ese escenario, la juventud ha jugado un papel central no solo como fuerza de movilización, sino también como portadora de nuevos repertorios de acción y como generación particularmente afectada por los efectos sociales y ambientales de ese modelo de desarrollo.

Ahora bien, más allá de las dinámicas estructurales o del análisis de los conflictos, este capítulo, así como el resto del libro, propone centrar la mirada en las trayectorias personales de quienes protagonizan el activismo. Este enfoque responde a dos razones principales. Por un lado, permite complejizar las formas en que se construye y experimenta el compromiso en la vida cotidiana. Por otro, da lugar a voces que a menudo quedan fuera del análisis: las de los jóvenes que, frente a discursos que los retratan como apáticos o despolitizados, despliegan formas diversas y situadas de implicación. ¿Cómo empieza alguien a movilizarse por una causa ambiental? ¿Qué sostiene (o desgasta) ese compromiso con el tiempo? ¿Qué ocurre cuando se transforma o se interrumpe? y ¿cómo se vive todo ello en un territorio marcado por una fuerte presión turística y una larga historia de disputas ecológicas como el archipiélago canario?

TABLA 1
MUESTRA DE ACTIVISTAS

CÓDIGO	SEXO	EDAD	COLECTIVO(S) DE CONTACTO

E1	Mujer	25	Salvar El Puertito
E2	Hombre	31	Salvar El Puertito
E3	Mujer	35	Ben Magec, Salvar Agaete
E4	Hombre	25	Juventud por el Clima
E5	Hombre	30	Juventud por el Clima, Salvar Fonsalía
E6	Hombre	28	Juventud por el Clima, Ben Magec
E7	Hombre	22	Lanzarote por el Clima
E8	Mujer	23	Tamaranae
E9	Mujer	21	EcoLaPalma
E10	Mujer	32	Salvar El Puertito
E11	Hombre	19	EcoLaPalma
E12	Mujer	28	Salvar Chira-Soria, Tamaranae

Fuente: Elaboración propia.

Para responder a estas preguntas, se recurre al enfoque de las "carreras activistas"[9], que permite analizar el activismo como una trayectoria en construcción. Más que una identidad fija, se trata de un proceso marcado por decisiones, tensiones, aprendizajes y bifurcaciones. A partir de entrevistas en profundidad con 12 jóvenes vinculados a distintos colectivos ecologistas del archipiélago (véase tabla 1), este análisis rastrea tres grandes momentos del compromiso: los inicios, su continuidad y las pausas o transformaciones. Desde esa perspectiva, se abordan aspectos como el papel de la familia, la influencia de la universidad, las experiencias de movilidad o las estrategias desarrolladas ante el desgaste. Así, este capítulo busca explorar cómo se configura hoy el compromiso juvenil en Canarias, situando en el centro los relatos de quienes lo encarnan.

2. JUVENTUD, COMPROMISO ACTIVISTA Y ECOLOGISMO EN CANARIAS

Estudiar el activismo juvenil ecologista en Canarias nos facilita mirar tanto hacia las expresiones visibles de la protesta en el espacio público como hacia los procesos más íntimos que se tejen en la vida cotidiana de quienes deciden implicarse. En los últimos años, el archipiélago está atravesando una fase especialmente activa de movilización socioambiental,

palpable en la vasta repercusión mediática de conflictos como el del hotel de La Tejita o el proyecto urbanístico de Cuna del Alma, ambos en Tenerife. Lejos de ser episodios aislados, estos casos encarnan una dinámica más amplia de crítica al modelo de desarrollo turístico hegemónico y de defensa activa del territorio por parte de la ciudadanía organizada. Aunque no se trata de un movimiento exclusivamente juvenil, muchas personas jóvenes han participado activamente en estas luchas, encontrando en ellas una vía de entrada al activismo. El análisis de sus trayectorias permite entender cómo se configura el compromiso en un contexto específico y qué formas adquiere dentro de un movimiento amplio y diverso.

Esta efervescencia reciente se enmarca en una historia más larga de confrontación en torno al uso del suelo y los recursos naturales. Desde los años ochenta, el archipiélago ha sido escenario de lo que se ha denominado un conflicto ambiental permanente (Brito Díaz, 2018 y 2024): una sucesión constante de movilizaciones contra proyectos turísticos, urbanísticos o de infraestructuras que han transformado radicalmente el paisaje y erosionado un territorio con unos ya escasos recursos naturales. En este contexto, el movimiento ecologista se ha consolidado como una de las principales fuerzas sociales de oposición al modelo económico dominante. Ello se debe, en gran medida, a la inexistencia de opciones con representación institucional capaces de disputar dicho modelo como consecuencia de la connivencia entre las élites empresariales y la política (Déniz Ramírez, 2006). Desde esta perspectiva, la degradación del paisaje no se interpreta solo como un efecto del turismo masivo, sino como el reflejo último de una degradación institucional más profunda, que incentiva y reproduce un patrón de desarrollo insostenible (Aguilera, 2006). Este conflicto trasciende lo ecológico: atraviesa dimensiones políticas, culturales e identitarias, y expresa demandas sobre cómo se decide colectivamente el futuro del archipiélago. Estas luchas dialogan con los marcos de la ecología política, en particular con las nociones de justicia ambiental y conflicto ecológico-distributivo (Martínez Alier, 1997; Sabatini y Sepúlveda, 2002). En el caso canario, autores como Aguilera (2006) han subrayado las consecuencias sociales de un modelo de crecimiento insostenible, que genera desigualdad y vulnerabilidad

ambiental. En este contexto, la implicación juvenil no parte de cero: recoge una herencia local de resistencia que se actualiza mediante nuevos lenguajes, repertorios y estrategias.

En las formas que adopta esa implicación se observa una notable diversidad que puede relacionarse con cambios de carácter más global. Muchas personas jóvenes ya no se vinculan necesariamente a estructuras organizadas o permanentes, sino que optan por formas de participación más flexibles, intermitentes o emocionalmente sostenibles. Esta tendencia, que aparece claramente en los relatos recogidos, se inscribe en transformaciones más amplias del compromiso juvenil observadas en distintos contextos, incluido el canario. Varios autores describen este nuevo tipo de compromiso como uno basado en la coherencia entre valores personales y prácticas cotidianas, que tiende a evitar la afiliación formal y a desplegarse en redes informales, lazos afectivos y una fuerte reflexividad individual (Pleyers, 2018; Zarzuri, 2018). Estas modalidades no sustituyen a la militancia tradicional, sino que conviven con modelos más clásicos, generando un paisaje híbrido donde se cruzan campañas puntuales, colectivos de base, plataformas ciudadanas o intervenciones simbólicas. En este entramado, la participación se redefine constantemente, y figuras como el "electrón libre" (Pleyers, 2018) —personas que se implican en causas concretas sin integrarse de forma estable en ninguna organización — ilustran bien esa voluntad de participar sin diluirse, eligiendo con autonomía los ritmos, las formas y los límites del compromiso.

Ahora bien, más allá de las formas organizativas o culturales, es necesario considerar cómo se desarrollan estos compromisos a lo largo del tiempo. Desarrollado por varios sociólogos franceses, el concepto de "carrera activista" (Agrikoliansky, 2017; Fillieule, 2001) ofrece una herramienta analítica valiosa para ello. Desde una perspectiva interaccionista, esta noción propone pensar el activismo como una secuencia de decisiones, aprendizajes, momentos de implicación, crisis o transformación. En esa trayectoria influyen múltiples factores: experiencias biográficas, relaciones personales, oportunidades organizativas y condiciones contextuales. Lejos de ser una pertenencia fija, el compromiso se construye, se reajusta o incluso se interrumpe, pudiendo proyectarse hacia otros espacios como lo profesional, lo educativo o lo

íntimo. Aplicar esta perspectiva al caso canario permite vincular la dimensión histórica del conflicto socioambiental con las vivencias personales de quienes lo encarnan, situando sus trayectorias en un territorio atravesado por tensiones, pero también por memorias colectivas de lucha.

En conjunto, comprender el activismo juvenil ecologista en Canarias exige una mirada que articule estas tres dimensiones clave: el peso del contexto territorial y su historia de conflicto ambiental, los cambios culturales que han transformado las formas de participación juvenil y la naturaleza procesual y dinámica del compromiso. Solo desde esa triple perspectiva es posible captar la riqueza y complejidad de unas trayectorias que, lejos de responder a un único patrón, se configuran en el cruce entre lo individual y lo colectivo, lo afectivo y lo político, lo estructural y lo biográfico.

3. LOS INICIOS DEL COMPROMISO ACTIVISTA MÁS ALLÁ DE LA FAMILIA: ENTRE AUTOGENERACIÓN Y EVENTOS TRANSFORMADORES

Cuando se pregunta a las personas jóvenes ecologistas cómo comenzaron su andadura activista, no aparece una única historia ni un patrón lineal. Aunque algunas crecieron en familias con valores progresistas o sensibilizadas con lo ambiental, otras proceden de entornos donde "no se hablaba de política" o donde directamente se sostenían posturas contrarias. En sus relatos, el compromiso no suele explicarse como una herencia directa, sino como una elección personal, un camino construido desde la experiencia y la reflexión individual. Es importante subrayar que aquí hablamos de cómo lo narran quienes participaron en este estudio: sus discursos no excluyen el peso de condicionantes estructurales, sino que ponen el acento en la autonomía de las personas activistas.

En ese marco, la influencia familiar aparece en los relatos más como un telón de fondo que como un motor directo del compromiso. Si bien todas las personas entrevistadas cuentan con estudios universitarios en curso o finalizados, sus trayectorias familiares reflejan una notable heterogeneidad tanto en el plano ideológico como en el socioeconómico. Algunas crecieron

en hogares de clase media o media-alta —perfil típico en los estudios clásicos sobre activismo (Subileau, 1981)—, mientras que otras proceden de contextos atravesados por la precariedad laboral, en especial vinculada al sector turístico. Esta última dimensión, clave en el modelo económico de las islas, no solo define condiciones materiales, sino que también aparece en los relatos como una fuente de malestar o de politización indirecta: crecer en familias que sufren directamente las consecuencias de un modelo turístico extractivo, o experimentarlo en primera persona como trabajador precario, puede contribuir a activar formas de sensibilidad socioecológica. Aunque no siempre se verbaliza como una influencia política explícita, el impacto del contexto socioeconómico canario —marcado por desigualdades territoriales, dependencia del turismo y una progresiva degradación ambiental— atraviesa muchas de las biografías analizadas. En cuanto al papel directo de la politización familiar, solo en un caso se describe una socialización claramente estructurada por prácticas activistas. En los demás relatos, la familia es más bien un entorno ambiguo o neutro, a veces facilitador, pero rara vez decisivo. Esta diversidad de orígenes y experiencias, lejos de debilitar el compromiso, subraya cómo el ecologismo juvenil en Canarias consigue articular formas de implicación política desde trayectorias sociales muy distintas, en diálogo constante con las condiciones materiales y simbólicas del territorio.

Ahora bien, lo que sí podemos afirmar es que en los discursos se tiende a destacar la autogeneración del compromiso como núcleo explicativo de los inicios. Esta idea, formulada por Ollitrault (2001) desde el enfoque de las "carreras activistas", alude a la construcción subjetiva de un vínculo con la causa que no se hereda, sino que se descubre y se asume de forma autónoma. Algunas personas entrevistadas describen que esa conexión que "nace de dentro" no se presenta como una reacción frente a un mandato externo, sino como un impulso interno difícil de ignorar, ya sea por una sensibilidad innata por los animales, el entorno o la justicia social:

> Me encantaría ser como la gente que no hace nada, pero no puedo. Me nace una cosa que no sé si es activismo o qué, pero no puedo quedarme quieta (E10, mujer, 32 años).

> Siempre he sido muy sensible, con los animales, con el medioambiente… No sé si

es activismo, pero es algo que me nace (E12, mujer, 28 años).

Asimismo, en muchos relatos, lo que permite darle forma a esta sensibilidad es la existencia de eventos transformadores que funcionan como catalizadores del compromiso. Se trata de momentos —a veces cotidianos, a veces narrados como epifanías o revelaciones— que permiten anclar la inquietud previa y dotar de sentido al inicio del compromiso. En algunos casos, estos eventos toman la forma de lo que Jasper (1997) llama *shocks* morales: experiencias que sacuden los marcos éticos o percepciones morales previas de una persona y que impulsan a replantear su lugar en el mundo. Así ocurre, por ejemplo, cuando una vivencia infantil aparentemente banal genera una incomodidad persistente que más adelante cobra sentido:

> Me siento hasta mal decirlo, pero mi padre, por ejemplo, era el típico que se comía un helado o se bebía un refresco y lo tiraba por la ventana. Y yo recuerdo desde muy chica, 7, 8 años, decirle 'pero por qué haces eso si hay papelera'. Yo no entendía porque mi padre… cuando están las basuras pa' tirar la basura, en vez de tirarlo a la basura lo tiraba por el cristal del coche (E12, mujer, 28 años).

En otros casos, el impacto llega a través del contacto con ciertos materiales audiovisuales o informes ambientales —como el documental *Home* o los informes IPCC sobre el cambio climático— que provocan una sensación de urgencia, un "golpe" que desencadena la necesidad de actuar. Estas tomas de conciencia o clics internos marcan un antes y un después en la manera de ver las cosas. Asimismo, estos eventos actúan en los relatos como puntos de anclaje narrativos, facilitando que una experiencia previamente dispersa o ambigua se organice de manera coherente en torno a momentos temporales concretos.

Este tipo de episodios encarnan lo que, desde el enfoque de las carreras activistas, Fillieule (2001) ha denominado *passage à l'acte*: el momento en que una sensibilidad latente o una disposición moral se convierte en una práctica concreta. No necesariamente implica una ruptura biográfica radical, pero sí una decisión que marca el inicio de una carrera. En ese instante, lo que antes era malestar o incomodidad se convierte en acción, y la historia activista comienza a tomar forma.

4. ENTRE IDAS Y VUELTAS: UNIVERSIDAD, MOVILIDADES Y

CONTINUIDAD DEL COMPROMISO

Las carreras activistas no se desarrollan de forma lineal ni homogénea, sino que atraviesan transformaciones constantes, en las que el compromiso se reconfigura, se intensifica o adquiere nuevos sentidos al transitar por espacios como la universidad o mediante desplazamientos geográficos. En este devenir, los colectivos en los que participan las personas activistas operan como espacios transversales clave para sostener, reorganizar o prolongar el vínculo con la causa. Esta dinámica da cuenta de la segunda dimensión temporal: la continuidad, entendida como la persistencia y renovación del compromiso a lo largo del tiempo y a través de diferentes trayectorias.

En lo que respecta a la universidad, esta ocupa un lugar destacado en muchos relatos. Para una parte del grupo entrevistado, la etapa universitaria representa un espacio transformador, donde el contacto con nuevas ideas, entornos politizados y colectivos estudiantiles impulsa una revisión crítica de posicionamientos anteriores. Es el caso de una activista de Salvar El Puertito: "[…] de ser una chica pues como superconservadora, me meto en Historia, que lo único que había era rojos, por así decirlo, de izquierda […] a mí me da un vuelco ideológico gigante" (E1, mujer, 25 años).

Asimismo, para otras personas que tampoco habían tenido contacto previo con movimientos sociales ecologistas, la universidad actúa como el espacio donde el compromiso se enciende por primera vez, en parte gracias al tejido asociativo universitario y a la posibilidad de reflexión colectiva que ofrece este nuevo entorno. A su vez, hay quienes relatan una función parecida, pero con un ligero matiz diferente: la universidad no como espacio de transformación, sino de refuerzo y consolidación. En estos casos, el compromiso ya existía durante la adolescencia, pero es en la universidad donde se vuelve más estable y articulado. Los colectivos estudiantiles permiten dar continuidad a ese vínculo, proporcionando un marco organizativo, redes de apoyo y prácticas compartidas. No obstante, no todas las trayectorias comparten esta experiencia. En varios relatos, la universidad aparece como un entorno neutro o poco influyente en términos activistas, bien por falta de tiempo, desinterés o por no encontrar un colectivo afín. Esta diversidad revela un papel heterogéneo de la

universidad en la configuración del compromiso, condicionado por factores personales, contextuales y organizativos.

Por otro lado, las movilidades geográficas (ya sean por estudios, trabajo o experiencias personales) constituyen una constante. Salvo una excepción, todas las personas entrevistadas han vivido estancias significativas fuera del archipiélago. Estas movilidades actúan a menudo como *turning points* o encrucijadas biográficas (Voegtli, 2004), en las que el compromiso se transforma y se adapta al nuevo contexto. Algunos relatos destacan como estas experiencias permiten tomar distancia respecto al lugar de origen y desarrollar nuevas miradas sobre la realidad política y ecológica del propio territorio. De hecho, la comparación con modelos de desarrollo más sostenibles y el contacto con contextos políticamente activos agudiza, en algunos casos, la percepción de injusticia ecológica en el archipiélago, reforzando el deseo de implicación al regresar. Como señala un activista de Salvar El Puertito: "Cuando te vas a vivir fuera, ganas una perspectiva sobre cómo funcionan las cosas en casa" (E2, hombre, 31 años). Otros casos apuntan a una ampliación de horizontes: tras estancias en diferentes ciudades europeas, el activista de Salvar Fonsalía (E5) relata cómo el contacto con otras formas de activismo ambiental le ayudó a "abrir la mente" y tomar conciencia de que existían otras posibilidades y alternativas de acción que antes no conocía.

Sin embargo, estas movilidades también pueden generar dificultades importantes para mantener el vínculo con los colectivos de origen. Algunas personas relatan con frustración su incapacidad para integrarse en espacios activistas fuera del archipiélago, o bien la desconexión progresiva con las redes de las que formaban parte en Canarias. Las distancias geográficas, unidas a diferencias culturales o de enfoque, pueden derivar en una desvinculación que, en algunos casos, desemboca en el abandono del colectivo. Es lo que señalan las integrantes de EcoLaPalma, quienes, tras mudarse a Madrid, enfrentaron serios obstáculos para continuar con su activismo en los grupos locales de su isla.

En ese marco de desplazamientos y reajustes, emerge con fuerza la idea del compromiso ambulante: una forma de despliegue del compromiso en la que las personas activistas tratan de implicarse allá donde estén, adaptándolo a las condiciones del nuevo contexto. Algunas veces con

éxito, otras no tanto, este compromiso en movimiento evidencia una voluntad de continuidad que busca mantenerse activa, incluso en entornos desconocidos. La activista de Ben Magec (E3), por ejemplo, tras experiencias frustradas en la península y en dos ciudades europeas, logra finalmente integrarse en varios colectivos de un país sudamericano en el que se encuentra de intercambio. Otro caso lo ofrece una integrante de Tamaranae (E8), quien, recién llegada a una capital europea, ya ha iniciado contacto con colectivos locales vinculados a la causa palestina. Estos relatos muestran como, incluso en escenarios diversos, las movilidades pueden abrir nuevas posibilidades de compromiso político, muchas veces facilitadas por el papel de los colectivos como puntos de entrada, conexión y reconstrucción del vínculo activista.

Así, tanto la universidad como los desplazamientos geográficos evidencian que el compromiso activista no es estático ni responde a una fórmula única. Se construye y reconstruye en diálogo con los contextos, las experiencias y, de manera transversal, con los colectivos, que ofrecen estructuras clave para sostener, reactivar o resignificar las carreras militantes a lo largo del tiempo. En el caso canario, esta dinámica adquiere un matiz particular: insertarse o reinsertarse en el activismo implica hacerlo en un territorio marcado por un modelo de desarrollo intensamente cuestionado y por un tejido asociativo históricamente movilizado. Los retornos al archipiélago, por ejemplo, no son solo regresos físicos, sino también reconexiones políticas con una problemática que —como relatan varias personas entrevistadas— se vive de manera más urgente al compararla con otros contextos. Esta especificidad geográfica y simbólica convierte el compromiso en Canarias en una experiencia especialmente situada, donde las trayectorias individuales se entrelazan con una historia colectiva de defensa del territorio.

5. DEL DESGASTE A LA REINVENCIÓN: ENTRE PAUSAS, CRISIS Y ABANDONOS

Las pausas o abandonos en las carreras activistas no son meras interrupciones: suelen ser momentos clave que revelan las tensiones más profundas del compromiso. En los relatos recogidos, estas rupturas no se

entienden como un final definitivo, sino como parte del propio recorrido: transiciones que permiten revisar, reajustar o transformar el vínculo con la acción colectiva.

Entre los motivos más reiterados de estas rupturas, el desgaste ocupa un lugar central. Varias personas hablaban de sentirse "quemadas" o de que el compromiso acabó siendo "un queme": una expresión que, más allá de ser una traducción del término inglés *burnout*, es una forma tan coloquial como gráfica de nombrar ese agotamiento físico, emocional y mental que les consume por dentro. Algunas lo describen como ansiedad o estrés sostenido; otras, como un desgaste más sutil, que deteriora el ánimo y el deseo de continuar. Uno de los entrevistados de Juventud por el Clima, por ejemplo, reconocía que su nivel de autoexigencia acabó afectando su salud mental: "Le dedicaba toda mi energía mental a eso y evidentemente en el resto de cosas era imposible [...] a lo mejor una semana estaba ahí a tope y luego la semana siguiente era 'hoy no salgo de la cama'" (E6, hombre, 27 años). Este cansancio no responde solo a la acumulación de tareas, sino también a la frustración de sentir que se invierte mucha energía sin obtener resultados. Por ejemplo, al ser preguntada por su compromiso futuro, una activista de Salvar El Puertito respondía lo siguiente: "Me veo luchando por los mismos putos proyectos [...] me da apatía porque pienso: 'joder, qué pastel'" (E10, mujer, 32 años). En el contexto canario, esta frustración se intensifica por la persistencia del modelo turístico hegemónico, lo que acentúa la sensación de estar luchando contra estructuras y dinámicas inamovibles.

Ante estos límites, algunas personas activistas optan por formas más flexibles de compromiso, acercándose a la ya citada figura del "electrón libre" (Pleyers, 2018): un tipo de compromiso más autónomo, puntual y estratégico. Esta forma de implicarse permite reducir el desgaste y conservar cierta libertad de acción, tal como explicaba este activista: "Mi forma de formar parte de estos colectivos o de estas acciones o estos movimientos favorece que no me canse por el hecho de yo no militar en un sitio en el que al final tengo que comprometerme a cosas que a lo mejor no quiero o lidiar con según qué cosas [...], siempre intento ir a lo práctico" (E2, hombre, 31 años).

Estas pausas o retiradas también influyen en la forma en que las

personas se perciben a sí mismas. En algunos casos, derivan en crisis identitarias, vividas como *turning points* o encrucijadas biográficas. Sentir que se deja atrás una parte importante de la vida, experimentar culpa, vacío o incluso duelo, son sensaciones comunes entre quienes vincularon durante años su identidad al activismo. La activista de Ben Magec de largo recorrido, por ejemplo, relataba que tras iniciar un proceso terapéutico se dio cuenta de que había "dedicado mucha parte de [su] vida a resolver los problemas de otras personas" (E3, mujer, 35 años), olvidándose de sí misma por el camino. Alejarse del colectivo fue, para ella, como perder una parte de sí misma, lo que le condujo a un proceso de duelo identitario. En otros casos, en cambio, el activismo se interpreta como una etapa más. De hecho, para el activista de Salvar Fonsalía (E5), su salida fue "una evolución natural" de su trayectoria biográfica, sin conflicto o ruptura.

Más allá del abandono, muchas carreras muestran desplazamientos del compromiso hacia otras dimensiones de la vida social. Una vía es la profesionalización, parcial o total, de la militancia. Algunas personas orientaron su formación hacia ámbitos como la educación ambiental, las energías renovables o la cooperación internacional, y hoy trabajan en proyectos afines a sus valores. En otros casos, el compromiso persiste en paralelo a carreras no activistas —docencia, investigación o trabajo comunitario—, con una participación más voluntaria o intermitente. Incluso en sectores vinculados al ecologismo, como la biología o la producción agroecológica, hay quienes integran su conciencia ambiental sin militar en colectivos.

Junto a estas carreras, emergen formas más individualizadas de compromiso, menos visibles, pero no por ello menos significativas. Son personas que, tras un momento de crisis o desgaste, optan por implicarse desde lo cotidiano en prácticas más íntimas o simbólicas, aunque sin cerrar la puerta a una futura reactivación militante. Como contaba un entrevistado tras la disolución de su colectivo: "Estoy transmutando el activismo a través de mi experiencia personal" (E4, hombre, 25 años). En su caso, eso implica escribir y representar obras de teatro sobre crisis ecológica en colegios y mantener un canal en redes sociales dedicado a la divulgación marina. Aunque alejadas de la militancia tradicional, estas formas expresan modos alternativos de incidir políticamente. En un

territorio donde el tercer sector ambiental tiene una presencia limitada, estas estrategias representan formas viables —y muchas veces necesarias — de sostener el compromiso sin abandonar del todo la lucha. Esta deriva hacia lo individual no implica necesariamente despolitización, sino adaptación a unas condiciones estructurales que hacen difícil militar de manera prolongada.

En definitiva, las pausas, crisis y abandonos no suponen necesariamente una retirada. Pueden formar parte del propio proceso de compromiso y dar lugar a nuevas formas de estar políticamente en el mundo. Lejos de entender el activismo como una línea recta, estas carreras muestran que el compromiso se mueve, se negocia y se reconfigura con el tiempo. Reconocerlo de esta manera es también una forma de cuidarlo y de cuidarse.

6. CONCLUSIONES: COMPROMISOS EN MOVIMIENTO, CARRERAS EN RECONFIGURACIÓN

Este capítulo ha analizado cómo se construyen, sostienen y transforman las carreras activistas de jóvenes ecologistas en Canarias. A partir de sus relatos y desde el enfoque de las "carreras activistas", se ha mostrado que el compromiso no es una condición estable, sino un proceso dinámico, situado y relacional. Para ello, se exploraron tres dimensiones temporales: el inicio del compromiso, su continuidad a lo largo del tiempo y los momentos de pausa, crisis o abandono. Este enfoque permitió observar el activismo como una trayectoria cambiante, en constante negociación con la biografía personal, los vínculos colectivos y los contextos sociopolíticos que rodean a quienes lo ejercen.

En relación con los comienzos, el análisis muestra que en los relatos el compromiso no suele explicarse por una transmisión heredada. Aunque algunas personas mencionan influencias familiares o educativas, sus relatos tienden a poner el acento en decisiones personales, marcadas por una sensibilidad previa —a menudo descrita como algo que "nace de dentro"— o por eventos transformadores que provocaron un clic, una especie de sacudida que impulsó a actuar. Muchas veces, estos momentos se vivencian como verdaderos *shocks* morales: situaciones que

desestabilizan el marco ético de referencia y generan una necesidad urgente de implicarse. Esta narrativa de "autogeneración del compromiso" enfatiza el papel de lo íntimo en la configuración de lo político. Ahora bien, aunque las personas entrevistadas relatan estos inicios como elecciones individuales, es importante no perder de vista que están también atravesadas por condicionantes estructurales —económicos, culturales, generacionales— que influyen de fondo, incluso cuando no son nombrados explícitamente. En el caso canario, este proceso tiene lugar en un entorno donde el modelo turístico dominante y las desigualdades territoriales generan condiciones materiales que, aunque no siempre se explicitan en los relatos, forman parte del trasfondo que moldea muchas de estas decisiones.

En cuanto a la continuidad, la universidad y las movilidades geográficas aparecen como escenarios clave donde el compromiso puede intensificarse, transformarse o entrar en crisis. En algunos casos, estos espacios facilitan la politización, el acceso a redes y la articulación de nuevas causas; en otros, generan distancias, desajustes o una desvinculación temporal. En ese vaivén, emerge con fuerza la idea del compromiso ambulante: una forma de implicación que intenta mantenerse activa más allá del lugar, desplegándose allí donde se esté, adaptándose a las condiciones del nuevo entorno. Para quienes regresan a Canarias tras experiencias fuera, ese despliegue adquiere un nuevo significado: volver no implica solo un retorno físico, sino también una reconexión política con un territorio cuya conflictividad ambiental —comparada con otros contextos— se vive ahora con más urgencia. Esta modalidad refleja una voluntad de continuidad que no siempre logra materializarse, pero que marca un esfuerzo consciente por sostener el vínculo con la causa. En esta lógica, los colectivos cumplen una doble función: no solo actúan como estructuras organizativas que dan forma a la militancia, sino también como redes afectivas que acompañan, contienen y reactivan el compromiso en momentos de tránsito o desarraigo.

La tercera dimensión abordó las pausas, crisis y abandonos. El *burnout* aparece como la causa más reiterada: muchas personas relatan sentirse "quemadas", física y emocionalmente, tras una dedicación prolongada sin resultados tangibles. Ante ello, algunas optan por formas de implicación

más flexibles —como el "electrón libre"—, que les permiten seguir comprometidas sin las exigencias de una militancia formal. Esta estrategia, aunque útil a nivel individual, puede generar formas de participación más intermitentes e inestables, que dificultan la consolidación de proyectos colectivos sostenidos. Junto a estas salidas, también se observan formas de reconfiguración, como la profesionalización parcial del activismo: personas que canalizan su compromiso a través de empleos en sectores afines, como la educación ambiental o la cooperación. En Canarias, además, este tipo de estrategias de repliegue o reinvención se ven condicionadas por la falta de estructuras institucionalizadas de apoyo al activismo ambiental, lo que obliga a muchas personas a encontrar vías alternativas para sostener su compromiso fuera de los marcos organizativos tradicionales. Así, hay otras personas activistas que lo trasladan a terrenos más personales o simbólicos —la divulgación, el arte, el trabajo comunitario—, manteniendo así un vínculo político con el mundo desde espacios menos colectivos, pero no por ello menos significativos.

En definitiva, frente al ideal clásico del activismo (asociado a la militancia estable en partidos o sindicatos), lo que emerge de este estudio son trayectorias marcadas por la apertura, la intermitencia y la adaptación: personas que se implican por cuenta propia, que atraviesan etapas de entusiasmo y desgaste, que se detienen, cambian de causa o reinventan su forma de participar. Estas carreras están jalonadas por bifurcaciones, tensiones y renegociaciones identitarias. Lejos de ser una línea ascendente o previsible, el activismo aparece como un recorrido vital lleno de idas y venidas, donde lo personal y lo político se entrelazan de forma continua. Situar este análisis en el contexto canario —atravesado por un conflicto ecológico-distributivo de larga duración— permite, además, vincular las trayectorias individuales a una geografía concreta de movilización. En otras palabras, estas trayectorias no solo permiten entender cómo se vive el compromiso en Canarias, sino también cómo se resignifica ante un conflicto territorial persistente y profundamente arraigado en el tejido social. El caso del archipiélago constituye así un escenario privilegiado para seguir explorando las formas contemporáneas de compromiso juvenil, marcadas tanto por la fragilidad como por una fuerte capacidad de

reinvención.

BIBLIOGRAFÍA

Agrikoliansky, É. (2017): "Les 'carrières militantes': Portée et limites d'un concept narratif", en O. Fillieule *et al*. (eds.), *Sociologie plurielle des comportements politiques*, París, Presses de Sciences Po, pp. 167-192.

Aguilera, F. (2006): *Calidad de la democracia y protección ambiental en Canarias*, Teguise, Fundación Cesar Manrique.

Brito Díaz, J. M. (2018): *La acción colectiva en el cambio de época. Los movimientos sociales en Canarias 2017*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

— (2024): "Dinámicas de la contienda ambiental: Un análisis de las protestas ecologistas en las islas Canarias (1969-1992)", *Historia Contemporánea*, vol. 75, pp. 729-772.

Darmon, M. (2008): "La notion de carrière: Un instrument interactionniste d'objectivation", *Politix*, vol. 82, nº 2, pp. 149-167.

Déniz Ramírez, F. (2006): "Oportunidad y significado de la protesta social tinerfeña", en P. Ibarra y E. Grau (eds.), *La red en la encrucijada. Anuario de movimientos sociales*, Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 121-137.

Fillieule, O. (2001): "Propositions pour une analyse processuelle de l'engagement individuel", *Revue française de science politique*, vol. 51, nº 1, pp. 199-199.

Fillieule, O. y Pudal, B. (2010): "Sociologie du militantisme: Problématisations et déplacement des méthodes d'enquête", en E. Agrikoliansky (ed.), *Penser les mouvements sociaux: Conflits sociaux et contestations dans les sociétés contemporaines*, París, La Découverte, pp. 163-184.

Martínez Alier, J. (1997): "Conflictos de distribución ecológica", *Revista Andina*, vol. 29, nº 1, pp. 41-66.

Ollitrault, S. (2001): "Les écologistes français, des experts en action", *Revue française de science politique*, vol. 51, nº 1, pp. 105-105.

Pleyers, G. (2018): *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*, Buenos Aires, CLACSO.

Sabatini, F. y Sepúlveda, C. (2002): *Conflictos ambientales, entre la globalización y la sociedad civil*, Santiago de Chile, CIPMA.

Subileau, F. (1981): "Le militantisme dans les partis politiques sous la Cinquième République: État des travaux de langue française", *Revue française de science politique*, vol. 31, nº 5, pp. 1038-1068.

Voegtli, M. (2004): "Du Jeu dans le Je: Ruptures biographiques et travail de mise en cohérence", *Lien social et Politiques*, vol. 51, pp. 145-158.

Zarzuri, R. (2018): "Jóvenes y militancias. Itinerarios teóricos y agenda de investigación", *Academia y Crítica*, vol. 1.

CAPÍTULO 8

ARTES DE LA CIUDADANÍA. PRÁCTICAS CREATIVAS Y LUCHAS SOCIALES EN CONTEXTOS JUVENILES

RICARDO CAMPOS

1. INTRODUCCION

La cultura y el arte son, como todos sabemos, poderosos vehículos de comunicación y diálogo. Pueden cumplir funciones lúdicas y sociales, asociadas al entretenimiento y al ocio, al igual que pueden asumir una fuerte vocación política, sirviendo para debatir y cuestionar la realidad social. El ámbito de la política no puede prescindir de estrategias de comunicación, ya que se trata de un campo comunicativo por excelencia. Transmitir y debatir ideas, sobre todo en contextos democráticos, implica diversificar y mejorar los circuitos y formatos de comunicación. Este principio se aplica tanto a la política institucional como al ámbito no institucional, que involucra a agentes y colectivos de naturaleza más difusa y volátil.

A lo largo del siglo XX nos hemos encontrado con el papel fundamental que han desempeñado las artes y la cultura, especialmente en el caso de las generaciones más jóvenes, en el ámbito de la acción cívica. En el mundo occidental esto fue especialmente evidente en el movimiento contracultural y *hippie* de los años sesenta y setenta, que se manifestó contra la guerra de Vietnam y cuestionó un conjunto de valores sociales dominantes en los Estados Unidos. Esta lucha no se llevó a cabo sin el arte y, sobre todo, sin la música. El medio musical fue relevante no solo por el contenido de los mensajes transmitidos, sino por el fenómeno en auge de las estrellas musicales y mediáticas, cuya voz tiene un fuerte impacto. El medio musical fue relevante no solo por el contenido de los mensajes transmitidos, sino por el impacto que las estrellas musicales y mediáticas en auge, al posicionarse sobre determinados temas y causas, ejercieron en los jóvenes.

La historia está repleta de ejemplos de artistas o corrientes artísticas

con un carácter más politizado e ideológico. El arte politizado puede estar al servicio de la propaganda del Estado y del poder o, por el contrario, servir a acciones de resistencia, protesta y contrapoder. El hecho es que distintos actores políticos hacen un uso recurrente de la creatividad y la estética para la comunicación, buscando involucrar y reclutar a las masas en torno a determinadas causas o programas ideológicos.

Sabemos que las prácticas simbólicas, creativas, culturales y artísticas desempeñan un papel fundamental en la vida de los más jóvenes, ya que se encuentran en el centro de la forma en que estos construyen sus identidades personales y culturales. Ciertos formatos musicales, estéticas corporales y propuestas artístico-culturales sirven como elementos de identificación y de intercambio colectivo. A través de estos elementos simbólicos se transmiten y comparten ideas sobre el mundo y el cambio social. Por lo tanto, no es de extrañar que el campo creativo, cada vez más vinculado a un mundo digital en expansión, resulte fundamental para la acción cívica y política de los más jóvenes.

En este capítulo pretendo debatir precisamente esta cuestión a partir de un conjunto de investigaciones que he desarrollado a lo largo de los últimos años, en el contexto portugués. Las investigaciones en torno al *graffiti*, el rap y el artivismo demuestran que estos son vehículos relevantes para pensar y actuar sobre el mundo de forma colectiva. Me gustaría situar estas prácticas en el ámbito de lo que he definido como "artes de la ciudadanía" (Campos, 2023; Sarrouy *et al*., 2022), esto es, expresiones creativas que contribuyen a crear narrativas sobre el mundo, pero que, al mismo tiempo, fomentan la acción colectiva.

2. JUVENTUD, CREATIVIDAD Y EXPRESIÓN CULTURAL

Los jóvenes tienen una relación especial con el arte y la cultura. Esto se deriva, en primer lugar, de la forma en que socialmente concebimos esta etapa de la vida, asociando la juventud con un conjunto de prácticas y consumos de naturaleza estética, entendidos como típicamente juveniles. De este modo, la conexión más intensa con el campo musical y con ciertos estilos musicales, por ejemplo, es algo que está fuertemente asociado a los jóvenes y sirve como un marcador simbólico e identitario fuerte,

demarcando distintas (sub)culturas o escenas juveniles (Hebdige, 1976; Hall y Jefferson, 1976; Guerra 2018). Sus sociabilidades y experiencias gregarias se producen en un contexto en el que estas distinciones estético-simbólicas son cruciales (Feixa, 1998). Se trata de una condición construida históricamente. En el periodo de posguerra del siglo pasado se multiplicaron las (sub)culturas juveniles directamente vinculadas a ciertos formatos y consumos musicales, que servían de ancla a un conjunto de otras prácticas y repertorios simbólicos. El *rock* en sus más diversas variantes, desde el *rock and roll* tradicional hasta el psicodélico y progresivo, pasando más tarde por otros estilos como, por ejemplo, el punk, el *ska*, el *metal* o el *grunge*, sirvió a lo largo del tiempo para fomentar la conexión entre los jóvenes a partir de gustos similares. Estas manifestaciones culturales no solo servían a los jóvenes para diferenciarse entre sí, sino también para identificarse frente a las generaciones mayores. Los gustos y consumos juveniles adquirieron singularidad, estando igualmente asociados a un mercado de industrias culturales en expansión.

La música es, sin duda, uno de los elementos centrales del ocio y las expresiones culturales de los más jóvenes. En algunos casos, la música tiene un fuerte vínculo con la realidad social de ciertos grupos, siendo una manifestación de estilos y formas de vida. Esto significa que, al ser una forma de entretenimiento y tener un carácter lúdico, la música puede estar asociada a dimensiones más profundas de la existencia. Pensemos en el movimiento *hippie* y contracultural de los años sesenta y setenta del siglo pasado, en el que la música de protesta asumió un papel relevante, con un fuerte impacto en las generaciones más jóvenes. La política puede estar, de hecho, asociada a la música, sirviendo de telón de fondo para la rebeldía y la protesta de los jóvenes, desafiando el *statu quo* y las instituciones adultas. El movimiento punk es un claro ejemplo de ello. Otro ejemplo flagrante y más poderoso, por el impacto que ha tenido, es el del rap, que desde sus orígenes tiene esa marca politizada (Simões, 2010). Nacido en el seno de las comunidades pobres e inmigrantes de Nueva York, se trata de un formato musical que surge como forma de exposición de una realidad particular, razón por la cual se considera un vehículo de comunicación con vocación política. Lo curioso, en el caso del rap, como en otros casos, es que se ha convertido en un fenómeno global, lo que

revela la importancia y la centralidad del arte y la cultura y su poder de irradiación. El movimiento *hiphop*, al que está asociado el rap, es actualmente un movimiento planetario, que ha perdido gradualmente su vínculo con el territorio de origen. En muchos casos, el rap sigue asociado a ciertos grupos estructuralmente desfavorecidos y estigmatizados, y sirve como un poderoso vehículo de comunicación para denunciar formas de injusticia, violencia y discriminación (Raposo *et al.*, 2021; Campos y Simões, 2011). No en vano es la voz de las comunidades étnicas minoritarias en muchos países.

La música, a menudo asociada a otras expresiones y a un determinado estilo de vida, es, por lo tanto, un elemento crucial para pensar el mundo colectivamente. En primer lugar, permite reunir a las personas, crear vínculos entre las que sienten en común el atractivo estético o ideológico que transmiten los sonidos y los mensajes. La música no es un recurso aislado, sino un elemento vital dentro de un conjunto más amplio que constituye un determinado estilo de vida. Hay otras formas en que los jóvenes se comunican entre sí, recurriendo a un conjunto de recursos y códigos estéticos. Los fanzines, el *graffiti* y el arte callejero, el cuerpo (con *piercings*, tatuajes, adornos y ropa) o los medios digitales son ejemplos de instrumentos a través de los cuales los jóvenes se comunican. Nos interesa aquí discutir esa energía y vitalidad creativa, esa capacidad de crear nuevas realidades estéticas que, a menudo, funcionan al margen de la lógica del mercado y de las industrias culturales y del ocio.

3. ARTES DE LA CIUDADANÍA

Como he mencionado anteriormente, el concepto de artes de la ciudadanía comenzó a esbozarse en el marco de un proyecto de investigación que coordiné entre 2019 y 2022. Se trata de un concepto cercano al término más comúnmente empleado de artivismo. Este término es un neologismo que, según Sandoval y Latorre (2008: 82), se refiere al "trabajo creado por individuos que ven una relación orgánica entre el arte y el activismo". Podemos identificar una serie de atributos de estas manifestaciones artísticas (Campos, 2023). En primer lugar, el artivismo tiene como objetivo principal la transformación social, cuestionando el *statu quo* y los

fenómenos estructurales que sustentan la desigualdad y la discriminación. En segundo lugar, estas iniciativas suelen funcionar al margen de los propósitos, mecanismos y estructuras del mercado del arte y sus instituciones. Los objetivos financieros y las preocupaciones económicas no son prioridades. En este ámbito imperan lógicas de actuación de naturaleza *underground* y *do it yourself* (DIY) y una ética anticapitalista. Por último, el artivismo suele tener como prioridad el empoderamiento de individuos y comunidades estigmatizados y subalternizados, así como la visibilización de sus problemas.

El concepto de artes de la ciudadanía es más amplio y parte de la premisa de que, en la actualidad, la mayoría de los ciudadanos disponen de un conjunto de recursos y poseen un conjunto de competencias que les permiten expresarse de forma creativa. Es decir, los procesos históricos que se han desarrollado a lo largo de las últimas décadas han culminado en una situación que favorece enormemente nuestra expresividad individual y colectiva, fomentando la actividad creativa y la producción de bienes estéticos. Cabe añadir que esta competencia, la de la creatividad, está muy incentivada por parte de la sociedad. Ser inventivo es una cualidad, está asociado a la capacidad de ser original y proactivo, de buscar soluciones a los problemas y, en última instancia, de contribuir al progreso (individual o colectivo). Es decir, somos más creativos porque no solo valoramos socialmente, sino también porque disponemos de un conjunto de herramientas que facilitan el desarrollo de nuestras capacidades. Por supuesto, me refiero principalmente a las tecnologías que se han perfeccionado a lo largo de las últimas décadas. El desarrollo científico-tecnológico, junto con la producción industrial, ha dado lugar a una democratización del acceso a la tecnología. Esta democratización se articula con la expansión planetaria de la tecnología, a pesar de las desigualdades que aún persisten. Las cámaras fotográficas y de vídeo, los ordenadores y portátiles, los teléfonos móviles y *smartphones*, los iPods y reproductores de MP3 forman parte de la historia tecnológica más reciente. Son un denominador común para millones de personas en diferentes partes del mundo, convirtiéndose en un marco técnico y tecnológico global. Por lo tanto, existe un lenguaje técnico común, una praxis que atraviesa el uso de estas herramientas.

Las artes de la ciudadanía dependen de los dispositivos de creación y comunicación existentes. Como tales, están históricamente moldeadas por un determinado escenario tecnológico que determina la forma en que creamos y hacemos circular mensajes y otros contenidos. En este sentido, sin duda, estamos hablando de contextos totalmente distintos cuando nos referimos al mundo analógico o al digital.

Las artes de la ciudadanía adoptan distintos formatos y ocupan diversos escenarios. Sin embargo, al igual que en muchas otras esferas de la vida cotidiana, es imposible hablar de este concepto sin mencionar su articulación con el mundo digital. El modelo de comunicación de masas del siglo XX, basado en una lógica de comunicación jerárquica y dominada por unos pocos, está siendo sustituido por un nuevo modelo de comunicación más complejo y que funciona en red. Los medios de producción y difusión de contenidos dejan de estar en manos de un número reducido de corporaciones mediáticas de tamaño variable, para multiplicarse exponencialmente y pasar a estar en manos de muchos. El mundo contemporáneo se caracteriza, pues, por la coexistencia de estos dos universos mediáticos, que involucran a los viejos y nuevos medios de comunicación.

Las artes y la cultura tienen una expresión digital, aunque se basen en una existencia material y analógica. La digitalización del mundo también ha supuesto una democratización de los procesos de producción y circulación de contenidos. En este sentido, este proceso ha sido fundamental para la expansión de lo que definimos como las artes de la ciudadanía. La creación de un nuevo espacio comunicativo, con una fuerte interacción en red, implica que los debates en torno a la ciudadanía se sitúen también en este campo. Es decir, es inevitable plantear el debate sobre el papel que desempeñan los medios digitales e internet en la formación de una nueva esfera pública (Papacharissi, 2008).

4. LAS ARTES DE LA DEMOCRACIA

Las artes de la ciudadanía son también artes de la democracia. Es decir, solo pueden surgir y proliferar en un régimen democrático, libre de censura y en el que, por el contrario, se promueven la libertad de

expresión y la creatividad como elementos centrales de la participación ciudadana. Esto implica también un acceso creciente a los bienes de producción y circulación de contenidos, garantizando que la libertad de creación se democratice y prolifere. De ahí que se trate de procesos que van de la mano. La multiplicación de las capacidades para crear contenidos culturales y artísticos es reveladora de una democracia sana, que ofrece posibilidades para que los ciudadanos se expresen de diferentes formas. En este sentido, consideramos que las artes y la cultura son elementos fundamentales de nuestra democracia y de un régimen democrático saludable y con vitalidad.

No nos referimos a las artes que emanan del Estado y sus instituciones, que también son importantes, sino principalmente a las artes que son fruto de la creatividad vernácula y cotidiana. Estas últimas son artes democráticas en el sentido de que no proceden ni están regidas por el Estado o las corporaciones, no obedecen a la lógica del mercado ni están reguladas por especialistas. Son artes que responden a voluntades individuales y colectivas, que dialogan con la vida cotidiana y responden a los anhelos de los ciudadanos. No podemos olvidar que las artes comunican y sirven para comunicar. Son estas de las que hablamos aquí y no aquellas de carácter mercantil, destinadas a nichos elitistas.

Los jóvenes y las culturas juveniles desempeñan un papel relevante en este sentido. Sus impulsos creativos y estéticos, asociados a las necesidades de afirmación identitaria y de conexión colectiva, así como el carácter *amateur* y desprovisto de intereses económicos de sus creaciones culturales y artísticas, los convierten en actores cruciales para la afirmación de un arte democrático, horizontal y participativo. Las bandas de garaje, los fanzines, el arte callejero, la fotografía o los vídeos caseros, entre otros, forman parte de esta lista de prácticas creativas que mantienen viva esta dinámica juvenil. En algunos casos, se trata de pequeños circuitos culturales de carácter efímero y circunscrito. En otros, hablamos de fenómenos que, a lo largo de los años y décadas, acaban teniendo un impacto tremendo a nivel nacional o internacional. Algunos de estos fenómenos son muy conocidos y se ha escrito mucho sobre ellos a lo largo de décadas. Aun así, merecen ser destacados, en la medida en que superponen la dimensión de la creatividad juvenil al impacto social y

cívico que han tenido.

Ha pasado medio siglo desde el surgimiento del movimiento *hiphop* y la música rap. Rythm and Poetry, abreviado como rap, es la expresión musical de este movimiento cultural urbano nacido en los barrios pobres de Nueva York. A lo largo del tiempo, muchos lo han descrito como una forma musical con un fuerte carácter político, en la medida en que sirve de voz a los grupos desfavorecidos y minoritarios.

En el caso portugués, el movimiento *hiphop*, surgido en la década de los noventa, se ha revelado, sobre todo, al igual que en el contexto original estadounidense, como un emblema de una juventud racializada, compuesta principalmente por descendientes de migrantes de las antiguas colonias portuguesas. Esto es particularmente notable en el caso del llamado rap de protesta y el rap criollo, este último producido esencialmente en los barrios negros de los suburbios de las grandes ciudades portuguesas (Fradique, 2003; Raposo *et al*. 2021). A través de estas canciones no solo se expresan sentimientos de rebelión, asociados a la reproducción de la pobreza, la violencia policial y el racismo institucional, sino que también se construyen valores culturales distintos, asociados a los orígenes culturales de los jóvenes. Este tipo de rap, que circula entre muchos de estos jóvenes de los barrios étnicos del área metropolitana de Lisboa, sirve de vínculo identitario, pero también adquiere un papel importante en su socialización política. Las letras de las canciones hablan de experiencias de vida y problemas comunes, promoviendo la conciencia colectiva (de clase, etnia, etc.) y reforzando, al mismo tiempo, la conciencia política de estos jóvenes.

Asociado al movimiento *hiphop* está también el *graffiti*, una forma de expresión visual urbana de naturaleza ilegal nacida en los Estados Unidos. El *graffiti* estadounidense, aunque no tiene el papel político que se atribuye al rap, tiene sin embargo una connotación política, ya que es una forma de expresión callejera de naturaleza no autorizada, que subvierte las normas y reglamentos sobre lo que se puede exponer en las superficies de la ciudad. El *graffiti* ocupa un lugar privilegiado en la historia de la producción democrática del espacio urbano, imponiendo la noción de que todas las voces pueden y deben tener expresión, nos guste o no. La existencia y difusión del *graffiti* contribuye a que tengamos una conciencia

más democrática sobre los usos del territorio. De alguna manera, la profusión de lenguajes y mensajes informales en el espacio público es reveladora del estado de salud de la democracia y del ejercicio de la ciudadanía. De hecho, el *graffiti* y el arte callejero, especialmente en periodos de crisis y mayor turbulencia, se afirman como vehículos relevantes de protesta. Como afirma Figueroa Saavedra (2006), "la calle es un campo de batalla". Esta situación quedó muy patente durante el periodo de austeridad que fue particularmente difícil para los países del sur de Europa (Campos *et al*., 2021). En este contexto, el *graffiti* y el arte callejero desempeñaron un papel relevante al llevar a la calle una crítica a la clase dirigente y a las políticas de austeridad. A modo de ejemplo, se presenta la figura 1, que se refiere a un *graffiti* realizado durante este periodo de austeridad y que representa al entonces primer ministro, retratado en este contexto como un ladrón, en alusión a la política de fuerte austeridad que implementó en el país. Se realizaron otros murales en este contexto, plasmando las mismas ideas y apuntando con el dedo a ciertas figuras políticas (Campos, 2016).

FIGURA 1
LA LEY DEL MÁS FUERTE. MURAL DE GRAFFITI REALIZADO POR NOMEN, SLAP, KURTZ E EXAS

Fuente: Cortesía del autor.

Las artes callejeras son especialmente importantes en el ámbito de las artes de la ciudadanía. ¿Por qué? Porque la calle sigue siendo, desde el punto de vista práctico y simbólico, el lugar central de la protesta y la revuelta. El espacio público urbano es un lugar político que, a pesar de estar regulado (y vigilado), está ocupado por los más diversos tipos de ciudadanos, es un lugar de intercambio, convivencia y diálogo. Es en la calle donde tienen lugar las protestas, las manifestaciones y las

revoluciones. Como tal, la comunicación callejera es, desde un punto de vista simbólico, un elemento central para comunicar lo que nos mueve el alma. Las artes callejeras buscan esta visibilidad y el diálogo con los ciudadanos, en una lógica democrática. De ahí que muchos artistas del *graffiti* y del arte callejero sean reconocidos por promover un arte comprometido. Pero también es cierto que, a menudo, lo que encontramos en la calle son manifestaciones anónimas o producidas por personas que no son necesariamente artistas. Este es también el espíritu democrático del acto.

Aunque la calle sigue desempeñando un papel simbólico central para el activismo y los movimientos sociales, debemos reconocer que otros territorios de comunicación han adquirido un protagonismo creciente, sobre todo en el caso de los jóvenes. Nos referimos a las redes digitales que, a pesar de las crecientes polémicas sobre su impacto en los niños y adolescentes, desempeñan un papel central en sus vidas. Es a través de estas redes como se comunican entre sí, se conectan y se entretienen, viendo vídeos y jugando en línea. Pero también son redes que permiten difundir contenidos relevantes desde el punto de vista de una ciudadanía informada y del activismo (Loader *et al*., 2014; Soep, 2014).

En el marco del proyecto Artcitizenship, tuve la oportunidad de entrevistar a una joven que se consideraba artivista, en la medida en que utilizaba una cuenta de Instagram para difundir sus ilustraciones dedicadas a diversas causas y "temas controvertidos". La persona Cataestrófica fue creada precisamente para comunicar a través de su cuenta de Instagram, empleando imágenes, ilustraciones digitales que tratan temas tan diversos como el racismo, la misoginia, la homofobia, la transfobia, el extractivismo, etc. A través de este foro ejerce su ciudadanía, compartiendo imágenes y recibiendo comentarios de sus seguidores. Sus ilustraciones recurren a figuras de animales antropomorfizados que asumen el protagonismo, dejando mensajes certeros para evocar algunos de los temas mencionados. En las siguientes imágenes se alude a dos temas muy actuales. La primera de ellas (figura 2) se refiere a la transfobia, mientras que la segunda (figura 3) remite al tema de la descolonización y sus "fantasmas", un tema particularmente relevante en un país como Portugal, una antigua potencia colonial que, además, estuvo involucrada en una

sangrienta guerra en sus territorios coloniales.

FIGURA 2
'LAS PERSONAS TRANSFÓBICAS SE VAN A LA MIERDA'.
ILUSTRACIÓN DE CATAESTRÓFICA

Fuente: Catarina Isabel de Carvalho Lopes.

FIGURA 3
'DESCOLONIZAR ES ENFRENTARSE A FANTASMAS'.
ILUSTRACIÓN DE CATAESTRÓFICA

Fuente: Catarina Isabel de Carvalho Lopes.

En la última investigación que realicé, muchos de los jóvenes entrevistados tenían la doble característica de ser artistas o creativos y de utilizar sus capacidades e intereses en favor de determinadas causas. Para todos ellos, el arte representaba una expresión fundamental para la comunicación humana, pero también un vehículo para movilizar a las

personas. Para algunos, el arte surge de las entrañas y del corazón, es una forma de liberar las angustias y los miedos, resultado de la violencia a la que han sido sometidos por ser diferentes (homosexuales, negros o inmigrantes). Para otros, es una forma lógica y racional de transmitir un mensaje a través de lenguajes atractivos, que puedan llegar a más personas. Hubo unanimidad en cuanto al impacto que puede tener el arte. Se considera una forma muy poderosa de involucrar a las personas, transmitir ideas y promover el cambio social.

5. CONCLUSIÓN

El arte y la cultura, como espacio de creatividad y comunicación, han desempeñado un papel fundamental para los más jóvenes, especialmente impulsados por un mercado de consumo alimentado por las industrias culturales y mediáticas (cine, televisión, música). Estas industrias y los circuitos de comunicación mediática han sido fundamentales para la expansión global y el arraigo del *rock and roll*, el punk, el rap, el *graffiti*, entre muchos otros fenómenos fundamentales para las (sub)culturas juveniles. Esta lógica "de arriba abajo" tiene, sin embargo, contornos de horizontalidad, en la medida en que alimenta el día a día de los más jóvenes, potenciando fenómenos locales de inventiva. Las bandas de garaje imitan a sus ídolos y crean nuevos registros musicales. Los jóvenes *skaters* adaptan y reinventan movimientos a partir de los vídeos que ven. El espíritu DIY del punk se multiplica entre los jóvenes que hacen fanzines, replicando a muchos de sus ídolos y referencias. Se trata de un espíritu creativo y *amateur* que ha sido fuertemente impulsado por la digitalización del mundo. Son prácticas que tienen tanto de lúdico como de cívico. No son prácticas vacías de sentido ideológico, sino que transmiten visiones del mundo y reflejan interpretaciones de la realidad. A través de estas prácticas colectivas asociadas a la cultura y las artes se transmiten ideas y se reflexiona sobre el mundo, al margen de lo que es la política institucional. En muchos casos, los jóvenes prestan su creatividad y energía a determinadas causas, involucrándose directamente en la producción y difusión de contenidos de carácter más politizado. Con este texto hemos querido precisamente destacar estas prácticas que, a menudo,

son menospreciadas o ignoradas por los adultos y las instituciones políticas.

BIBLIOGRAFÍA

Campos, R. (2016): "From Marx to Merkel: Political muralism and graffiti in Lisbon", en J. I. Ross (ed.), *Routledge handbook of graffiti and street art*, Londres, Routledge, pp. 301-317.

— (2023): "Art and citizenship: Practices and discourses of young artivists in Portugal", *European Journal of Cultural and Political Sociology*, vol. 11, nº 2, pp. 190-211.

Campos, R.; Pavoni, A. y Zaimakis, Y. (eds.) (2021): *Political graffiti in critical times: The aesthetics of street politics*, Nueva York, Berghahn Books.

Campos, R. y Simões, J. (2011): "Participação e inclusão digital nas margens: Uma abordagem exploratória das práticas culturais de jovens afro-descendentes. O caso do rap negro", *Media & Jornalismo*, vol. 19, pp. 117-133.

Feixa, C. (1998): *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Ariel.

Figueroa Saavedra, F. (2006): *Graphitfragen: Una mirada reflexiva sobre el graffiti*, Madrid, Ediciones Minotauro Digital.

Fradique, T. (2003): *Fixar o movimento: Representações da música rap em Portugal*, Lisboa, Publicações Dom Quixote.

Guerra, P. (2018): "Raw power: Punk, DIY and underground cultures as spaces of resistance in contemporary Portugal", *Cultural Sociology*, vol. 12, nº 2, pp. 241-259.

Hall, S. y Jefferson, T. (eds.) (1976): *Resistance through rituals: Youth cultures in post-war Britain*, Londres, Hutchinson.

Hebdige, D. (1976): *Subculture: The meaning of style*, Londres, Methuen.

Loader, B. D.; Vromen, A. y Xenos, M. A. (2014): "The networked young citizen: Social media, political participation and civic engagement", *Information, Communication & Society*, vol. 17, nº 2, pp. 143-150.

Papacharissi, Z. (2008): "The virtual sphere 2.0", en A. Chadwick y P. N. Howard (eds.), *Routledge handbook of graffiti and street art*, Londres, Routledge, pp. 230-245.

Pickard, S. (2019): *Politics, protest and young people: Political participation and dissent in 21st century Britain*, Londres, Palgrave Macmillan.

Raposo, O. *et al*. (2021): "'Nos é fidju lá di gueto, nos é fidju di imigrante, nós é fidju di Cabo Verdi': Estética, política e antirracismo no rap em Portugal", *Sociedade & Estado*, vol. 36, nº 1, pp. 269-291.

Sandoval, C. y Latorre, G. (2008): "Chicana/o artivism: Judy Baca's digital work with youth of color", en A. Everett (ed.), *Learning race and ethnicity: Youth and digital media*, Cambridge, The MIT Press, pp. 81-108.

Sarrouy, A.; Simões, J. y Campos, R. (eds.) (2022): *A arte de construir cidadania: Juventude, práticas criativas e artivismo*, Lisboa, Tinta da China.

Simões, J. A. (2010): *Entre a rua e a internet: Um estudo sobre o hiphop português*, Lisboa, Imprensa de Ciências Sociais.

Soep, E. (2014): *Participatory politics: Next-generation tactics to remake public spheres*, Cambridge, The MIT Press.

CAPÍTULO 9

SENTIRES ACTIVISTAS. APUNTES PARA ESTUDIAR LA EMOCIONALIDAD DE LA EXPERIENCIA ACTIVISTA JUVENIL

JUAN CARLOS REVILLA, ALEJANDRO GONZALO Y MARTA MARBÁN

1. INTRODUCCIÓN

En este capítulo buscamos refinar un modelo teórico-conceptual para hacer frente al análisis de la dimensión afectiva de las formas actuales del activismo, partiendo de la investigación sobre activismos juveniles, fundamentalmente a partir de los materiales empíricos del proyecto Youth Activisms. En los últimos años, el análisis de las emociones en los movimientos sociales (en adelante, MMSS) se ha convertido en un campo de estudio amplio, que atraviesa múltiples dimensiones de las protestas, generando diversos hallazgos y conceptos valiosos para comprender la función de las emociones en cada fase de un movimiento. Sin embargo, no siempre se han hecho cargo de distintos planteamientos teóricos desarrollados en otros campos de la investigación social y que podrían otorgar una dimensión distinta al estudio de la emocionalidad en los MMSS.

En ese sentido, comenzamos con una breve elaboración sobre los desarrollos teóricos más relevantes en relación con el estudio de las emociones en este ámbito. Seguidamente, planteamos la necesidad de tres reconfiguraciones conceptuales, que implican pasar del estímulo a la experiencia, de la cognición discreta al flujo de conciencia y de las emociones a los sentires. A continuación, destacamos la necesidad de contemplar una serie de dimensiones fundamentales para el estudio de la emocionalidad en este ámbito: la dimensión material y las posibilidades de sentir, la dimensión narrativa, la dimensión subjetiva y la dimensión colectiva-grupal.

2. UN REPASO TEÓRICO DE LAS EMOCIONES

EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Las teorías clásicas de los MMSS presentan una importante dependencia de un modelo de actor racional (Jasper, 2012) que se agrupa con otros para obtener ciertos incentivos, movilizando recursos que pueda tener a su disposición, aprovechando las oportunidades políticas que se presentan mediante marcos discursivos que impulsan a la acción colectiva con determinados repertorios de protesta. Este modelo presentaba importantes limitaciones, por lo que fueron apareciendo otros planteamientos que atendían a la dimensión simbólica, axiológica e identitaria de la movilización.

En este contexto se fue introduciendo en los estudios de los MMSS la dimensión emocional. Bajo la influencia de la sociología de las emociones, Flam (1990) propone una concepción del sujeto que equilibra lo racional y lo emocional, y donde las emociones se presentan como fruto de la interacción social y derivada de las normas culturales del contexto. Taylor (1989) añadiría el papel de las relaciones afectivas para el sostenimiento de los movimientos feministas, especialmente en momentos de repliegue.

El papel de las emociones en los MMSS se manifiesta de dos formas: a) en la construcción de vínculos afectivos entre los activistas que generan emociones positivas, como esperanza u orgullo que contrarrestan la ira y el miedo o la vergüenza que está en el origen de la necesidad de la movilización, y b) las dinámicas emocionales se relacionan con la elaboración discursiva que sostiene la movilización, de forma que emoción y cognición quedan interrelacionadas en lo que Gamson (1992) denomina cognición caliente (*hot cognition*), es decir, una forma de razonamiento cargada afectivamente. En esta dirección, Jasper desarrolló la idea del *shock* moral como desencadenante de la movilización: una situación social se construye como intolerable e inmoral por un grupo de personas, lo que provoca una disonancia cognitiva y genera rabia e indignación.

Muchos estudios se centraron en identificar emociones específicas que pudieran servir como explicación de la movilización (Sullivan, 2015), aunque se alejaban de las emociones que se solían identificar en la investigación sobre emociones en otros campos: ser parte de algo histórico, el placer erótico, la adrenalina de la confrontación, el empoderamiento personal, la lucha por el bien moral, etc. Entre estos "placeres de la

protesta" destaca la defensa de la moralidad, que desempeña un papel crucial en la construcción de la identidad del activista como sujeto moral (Jasper, 1997).

La investigación ha mostrado también la necesidad de un enfoque más complejo, que se hace cargo de constelaciones y dinámicas emocionales (Sullivan, 2015), es decir, la forma en que unas emociones se transforman o combinan para generar o sostener la protesta. Jasper planteó la idea de la batería emocional, por la que los participantes van pasando de una emoción a otra, normalmente en pares positivo-negativo, lo que sostiene la acción activista. Incluso se podría plantear la relación entre la fase activista en que se encuentra el movimiento social y determinadas emociones, lo que se podría denominar cadenas emocionales. Así, la indignación se transforma en esperanza tras la movilización exitosa o la ira en orgullo colectivo gracias al desarrollo del sentimiento de pertenencia.

Los rituales de interacción (Collins, 2004) de la experiencia activista tienen la capacidad de generar energía emocional entre los participantes y transformar la experiencia emocional. Los rituales aúnan en un mismo espacio la atención compartida sobre un objeto y la emoción que este desencadena; son, entre otros, manifestaciones, asambleas, conversaciones entre activistas, conflictos, etc. La actividad conjunta genera una consonancia corporal y cognitiva entre los participantes que puede convertirse en sincronía emocional, cuando los asistentes experimentan emociones similares, o bien las armonizan cuando la comunicación interpersonal lo hace posible, fortaleciendo la cohesión social y la aceptación de creencias y valores sociales. Actúan como tecnología de cambio a través de la transformación emocional, que consigue propulsar la acción colectiva. La capacidad transformativa de los rituales se despliega a partir de una triple confluencia entre los miembros: cognitivo-simbólica, emocional y corpórea.

Esto se relaciona con una dimensión fundamental de las emociones en el activismo: su carácter relacional, grupal o colectivo. Las emociones experimentadas son con frecuencia compartidas, transmitidas y modificadas en la relación con el resto, lo que les condiciona a comportarse como procesos relacionales abiertos, dinámicos y dialógicos (Emirbayer y Goldberg, 2005). En estos contextos relacionales se

organizan y canalizan los flujos de poder que llevan asociados emocionalidades. Y los activistas protestan en correspondencia emocional al vínculo que tienen con aquello que les oprime. Goodwin (1997) plantea una economía libidinal: el conjunto y estructura de los diferentes tipos de afectos, tanto a sujetos como a objetos, ideas, actores colectivos o símbolos determinan cómo se da el compromiso y la supervivencia del movimiento.

Todo ello produce la generación de un enfoque común de emoción, la experiencia consciente de un nosotros (*we-mode*) (Schmid, 2014) y una evaluación colectiva del episodio emocional que resulta en respuestas emocionales similares entre los participantes. Al incorporar los componentes simbólico-emocionales del movimiento, el sujeto interioriza el yo colectivo, lo que genera compromisos y lealtades afectivas. Es esencial también considerar las emociones colectivas mixtas o ambivalentes (Sullivan, 2015), pues la emoción colectiva no siempre se alinea con las experiencias individuales. Esta experiencia de lo colectivo no se reduce a la vivencia del momento del ritual: la evaluación y elaboración posteriores, tanto individuales como grupales, marcan cómo esta se consolida.

Ahora bien, es necesario tener en cuenta las limitaciones de los rituales. Los contextos relacionales llevan aparejadas unas reglas emocionales, una serie de normas acordadas colectivamente, que marcan lo que es adecuado expresar en cada momento (Hochschild, 2003) y las fórmulas expresivo-simbólicas apropiadas, como abrazos grupales o silencios. El activista puede confluir o disentir en distinto grado con los enunciados simbólico-emocionales del grupo, lo que condicionará la posibilidad de permanencia en el colectivo. Asimismo, las nuevas fórmulas de gestión y expresión emocional que suceden en los colectivos pueden oponerse a los modos afectivo-relacionales hegemónicos.

Precisamente, los colectivos feministas han tratado de transformar expresamente las reglas del sentir, entendiendo que los contextos tradicionales encorsetan a las mujeres en unos guiones concretos de felicidad (Ahmed, 2010) y que delimitan su conducta en términos de moderación y amabilidad, como una tecnología que reorienta su deseo individual. Por ello, la rabia y la ira se muestran ininteligibles en la configuración subjetiva de la feminidad, pues contradicen su marco de

reconocimiento. Las mujeres que expresan rabia dentro de los movimientos feministas son etiquetadas despectivamente como *feminist killjoys*, o feministas aguafiestas, desde el poder hegemónico. Frente a las reglas del sentir tradicionales, las feministas proponen reapropiarse de esa etiqueta, desentrañar nuevas formas de habitar la rabia y emplearla productivamente para desvelar los mecanismos de poder y generar cambio social.

3. LAS EMOCIONES MÁS ALLÁ DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES. RECONFIGURANDO LOS CONCEPTOS

Como se ha podido observar, la teorización sobre emociones en MMSS trata de aplicar a su objeto de estudio algunos planteamientos ya existentes en la literatura sobre emociones, especialmente aquellos de origen sociológico, que enfatizan el carácter sociocultural de la experiencia emocional. Esto les ha permitido realizar aportaciones relevantes más allá del estudio de los MMSS. Sin embargo, tanto los autores de la sociología de las emociones como los expertos en MMSS asumen algunos de los fundamentos más generales de la investigación psicológica o filosófica sin mayor reflexión crítica y a pesar de las dificultades que plantea para su utilización en la investigación social. Por ello, planteamos la necesidad de realizar algunas reconfiguraciones conceptuales para precisar tanto el objeto de estudio (qué estamos estudiando cuando decimos que analizamos emociones) como la forma de analizar los materiales empíricos de los que disponemos cuando estudiamos las emociones en los MMSS (cómo lo dotamos de sentido).

3.1 DEL ESTÍMULO A LA EXPERIENCIA

La primera cuestión a reconsiderar es la dependencia de un estímulo previo para la aparición de las emociones. La mayor parte de la investigación en emociones, sobre todo fuera de los MMSS, presenta una dependencia importante de un modelo cognitivo-conductual, donde un estímulo produce una emoción que se manifiesta corporalmente, la cual es elaborada cognitivamente para producir una respuesta (modelo E-E-O-R).

La mayor parte de la sociología de las emociones asume este esquema, añadiendo fundamentalmente que la expresión emocional y su elaboración posterior depende de factores sociales, como la cultura, la clase social, el género, etc. Pero no suele ser posible identificar el estímulo concreto cuando se estudian los MMSS:

> [Extracto 1]
> Ya no puedo estudiar más, es como una sensación de como agobio que se retroalimenta cuanto más lo pienses, entonces supongo que es la ansiedad climática, el veo venir esto, tampoco sé cuánto puedo hacer (mujer, Madrid, 18 años).

En este extracto se aprecia que una emoción, que la persona denomina ansiedad climática, tiene como antecedente una serie de estímulos repetidos más que uno en particular. Incluso es la repetición de la información sobre la crisis climática la que acabaría provocando por acumulación la llamada ansiedad. Además, si el estímulo no se puede identificar con claridad, la elaboración cognitiva que también se aprecia en el fragmento no se liga a un elemento concreto, sino que parece suceder de forma continua a partir de diferentes situaciones que vive la persona.

Por ello, consideramos interesante escapar de la tiranía del estímulo para plantear la vivencia emocional en términos de experiencias sociales insertas en el flujo de las interacciones sociales (Denzin, 2007). La interacción social tiene ese carácter de exposición continua a situaciones sociales que se comparten con otras personas en contextos sociales específicos. Esas situaciones son constantemente (re)significadas por los participantes, cognitiva e interpersonalmente.

En los activismos, las experiencias significativas tienen lugar en lo que Oldenburg (1989) denominó terceros lugares: espacios de encuentro y reunión más allá del hogar y de la escuela o del trabajo. Progresivamente, estos terceros lugares se han desplazado también a los entornos digitales, cada vez más relevantes para la socialización activista, pues suponen el soporte idóneo para denunciar situaciones sociales y propagar marcos interpretativos con carga emocional. Por ello, en la sociedad actual, las experiencias directas interpersonales pueden tener tanta importancia como

las experiencias mediadas por los medios de comunicación, incluidas las redes sociales.

Además, la experiencia activista supone la repetición de determinadas actividades que producen experiencias grupales similares y que las personas asocian con determinadas emociones que pueden ir modificándose con el tiempo. En el siguiente extracto, se aprecia la dificultad que le suponía a este activista la participación activa en las asambleas del colectivo con el coste emocional asociado:

> [Extracto 2]
> Al principio, que a mí me… me costó participar, o sea, yo estaba allí, hacía algunas cosas, pero yo… o sea, como que me costaba mucho participar de una forma activa. O sea, que igual hablaba en una asamblea cada mucho tiempo, porque no me sentía ni con la capacidad ni con la… no sé. O sea, que yo veía a otros que lo hacían y es como "buf, no puedo". Entonces al principio me costó mucho (hombre, Madrid, 24 años).

Por tanto, la propia repetición de una situación, más allá de un estímulo simple, va produciendo una elaboración cognitiva personal, cargada emocionalmente, que va transformando tanto la actuación del sujeto como la vivencia emocional que la acompaña.

Por último, en los dos extractos anteriores se aprecia con claridad la dificultad de identificar la emoción concreta, que aparece de forma más compleja de lo que la investigación en emociones suele considerar. En ninguno de los casos se trata de las emociones básicas. Son etiquetas emocionales más elaboradas, como la del primer extracto, que requieren una explicación para que el interlocutor entienda. En el segundo, la persona ni siquiera es capaz de etiquetar de forma clara la emoción concreta sentida, lo que no impide describir lo sentido e insertarlo en el relato subjetivo.

La propia investigación en MMSS ha tendido a identificar emociones más nítidas y coincidentes con las analizadas por los modelos clásicos de estudio de emociones, aunque también con diferencias claras. Así, se ha relacionado la ira, el miedo o la vergüenza con el inicio en el activismo, también con la indignación o la percepción de injusticia, estas últimas más alejadas de las clasificaciones emocionales clásicas, como lo están

también la esperanza o el orgullo. La perspectiva biográfica y narrativa de esta investigación no nos permite encontrar con facilidad emociones tan claramente identificables, como se aprecia en los diferentes extractos. Quizá estemos aquí ante una derivada metodológica, ya que la identificación de las emociones en los MMSS se basa más en observaciones etnográficas a las que el equipo investigador dota de sentido, en este caso en su dimensión emocional.

3.2 DE LA COGNICIÓN DISCRETA AL FLUJO DE CONCIENCIA

La segunda reconsideración implicaría pasar de la cognición como proceso discreto a lo que podríamos denominar un flujo continuo de conciencia donde cognición y emociones quedan interrelacionadas. Algunos autores ya vienen señalando la dificultad para diferenciar entre cognición y emociones (Phelps, 2006), lo que en los activismos se traduce en un diálogo continuo de pensamientos y sentires derivados de los marcos discursivos y la actividad activista. Las personas activistas se vinculan emocionalmente con ciertos enunciados del marco discursivo, reelaborándolos y situándolos en su flujo de conciencia y al tiempo cargándolos afectivamente. Este proceso va variando con el tiempo, reconfigurando la forma de percibir y sentir el mundo que lo rodea. Por tanto, el pensamiento aparece como teñido de emociones o las emociones como sentimientos que surgen de experiencias continuas elaboradas cognitivamente. En este flujo de conciencia encaja bien la forma en que se encabalgan tanto las anticipaciones cognitivo-emocionales previas a la experiencia determinada como las reflexiones posteriores, donde las elaboraciones sobre la situación se modifican, del mismo modo que las emociones pueden también cambiar, en línea con la idea de las dinámicas emocionales (Sullivan, 2005).

En el segundo extracto se puede apreciar bien el planteamiento del flujo de conciencia. Remite a la experiencia repetida de las asambleas del colectivo activista, que el participante elabora cognitiva y emocionalmente de manera simultánea. Entiende su dificultad para intervenir en las asambleas como consecuencia de una carencia de capacidad o habilidades, quizá comunicativas.

Por su parte, el siguiente extracto refleja bien la interrelación entre cognición y emoción. El participante califica una organización en la que participaba como rígida, vertical, lo que podría parecer una descripción objetiva de un colectivo humano, con rasgos que podrían salir de un manual de estudios organizacionales. Sin embargo, vincula esas características con una experiencia emocional más bien negativa, la cual también relaciona reflexivamente con la idea de las pasiones tristes, en consonancia con el libro de François Dubet (2020) *La época de las pasiones tristes*, que quizá conociera durante su formación universitaria.

> [Extracto 3]
> Porque era una organización muy leninista, muy rígida, muy, y yo creo que era muy vertical […]. Entonces, bueno, como que yo no comulgaba tanto con eso y tal. Y sobre todo que yo descubrí las asambleas universitarias, que era un poco el mundo autónomo de la universidad […]. Me gustaban mucho más las asambleas que lo otro. Lo otro me parecía que era un embajador de una organización que, sí, no, me gustaba mucho, era toda una pasión. Era todo bastante pasiones más tristes. Entonces no me gustaba […] como si fueras un soldado de una organización. Entonces era como muy de tema de disciplina y tal, que a mí nunca me ha gustado mucho. Y entonces, sin embargo, en las asambleas universitarias […] yo creo que era todo más de pasiones alegres de que, bueno, otro tipo de militancia (hombre, Madrid, 29 años).

Con esto, no estamos afirmando que el componente emocional de la elaboración cognitiva individual presente necesariamente este grado de reflexividad y sofisticación, pero sí que es un ejemplo notorio de cómo la interrelación entre cognición y emoción puede expresarse de formas más o menos elaboradas, desde una emoción simple que se elabora progresivamente a partir de experiencias pasadas y presentes hasta situaciones diversas que se elaboran cognitivamente como forma de darles sentido y que se vinculan con un conjunto de emociones igualmente diverso.

3.3. DE LAS EMOCIONES A LOS SENTIRES

La tercera reconsideración sería el paso de la emoción a los sentimientos o sentires como concepto articulador de la experiencia cognitivo-emocional.

Como decíamos, el concepto de emoción remite de manera muy clara a la reacción corporal, casi automática, marcada por la biología y el instinto humano, e inscrita incluso evolutivamente en la especie. De hecho, Damasio (2010) desarrolla una diferenciación entre emoción y sentimiento en la línea de lo que planteamos aquí. Las emociones serían programas de acción razonablemente complejos detonados por un estímulo emocionalmente competente e insertados evolutivamente en el individuo. Son respuestas casi instintivas, que se imprimen a modo de marcas sensoriales y que también son comunes en los animales, salvo algunas emociones sociales que se experimentan en situaciones sociales, aunque la sociedad y la cultura las moldean de diferentes formas.

Mientras que las emociones no son procesos conscientes, los sentimientos sí lo serían. Para Damasio (2010), los procesos cognitivos y emocionales implican la elaboración de imágenes producto de las redes cerebrales que recogen tanto los procesos internos como los externos y que denomina sentimientos. Más allá de su dimensión neurológica, esta concepción encaja bien con lo que nos encontramos en la investigación en ciencias sociales: cuando las personas entrevistadas nos expresan sus "emociones", elaboran conscientemente lo que están sintiendo. Además, la forma de describir estos sentires o sentimientos dista enormemente de las emociones básicas que los neurocientíficos consideran casi universales e instintivas. Y en su propio discurso, las personas se refieren a lo que sienten, a sus sentimientos, o a sensaciones, como en el primer extracto que hemos recogido. En el siguiente extracto, se aprecian estas dos cuestiones: el uso del verbo sentir y la remisión a un sentir particular alejado de las emociones básicas, la incomodidad, que aparece con cierta frecuencia en nuestras entrevistas ante la aparición de posiciones discursivas diferentes o disensos doctrinales:

> [Extracto 4]
> Y nosotros, como asamblea que formaba parte de esta coordinadora, empezamos a sentirnos incómodos con nuestra participación, porque había diferentes colectivos que bueno, que públicamente, a través de artículos, comunicados o tuits, se mostraban abiertamente tránsfobos y nos parecía que el antifascismo no podía ser compatible con esa postura en torno incluso a la ley trans (mujer, Madrid, 29 años).

Aunque Damasio (2010) utiliza la palabra sentimientos (*feelings*), para su uso en español nos inclinamos por la palabra sentires, en la medida en que entendemos que refleja mejor la dimensión experiencial que consideramos tan relevante. Lo que aparece en los relatos de las personas activistas es más una elaboración de lo que se está sintiendo, más que sentimientos consolidados y bien reconocibles. La incomodidad del extracto 4 o la incapacidad sentida de intervenir en las asambleas del extracto 2 serían también indicativos de este tipo de elaboraciones narrativas realizadas a partir de las experiencias vividas.

4. DIMENSIONES PARA EL ANÁLISIS DE LOS SENTIRES

4.1. POSIBILIDADES DE SENTIR, LA DIMENSIÓN MATERIAL

El hecho de colocar en el centro la elaboración cognitivo-emocional no significa situarse en una posición idealista alejada de la materialidad de la existencia. Las experiencias sociales se producen en un contexto que es a la vez social y material, de forma que las elaboraciones tienen que dar cuenta de lo que sucede en un mundo material al que accedemos simbólicamente. El concepto de *affordance* nos podría ayudar como herramienta conceptual y analítica. Gibson (1979) define dicho término como una combinación de propiedades de los objetos que permiten determinadas formas de interaccionar con ellos, por lo que lo podríamos traducir como posibilidades de uso. Aplicado a las emociones (Steinert y Dennis, 2022), lo que vivimos en nuestro entorno presentaría también determinadas posibilidades de generar sentires concretos, tanto al interaccionar como en la elaboración cognitiva. Esto limita, sin determinar plenamente, las posibilidades que tenemos de construir narrativas emocionales. Así, una manifestación con baja asistencia se puede elaborar como un fallo de comunicación o un fracaso del movimiento, por ejemplo, pero difícilmente como un éxito del colectivo que produzca satisfacción o plenitud. De este modo, en buena parte de la actividad activista la posibilidad de sentires positivos a partir de experiencias activistas pasa por la copresencia de (relativamente) muchos cuerpos actuando en

conjunción con un objetivo común que se logre alcanzar con un cierto éxito, como podemos apreciar en el siguiente extracto:

> [Extracto 5]
> Y fue como un evento muy bonito porque vino muchísima gente, y como que nos felicitaron mucho por la organización, ¿no?, el que hacía falta como un espacio así. No dar voz, porque ellos ya tienen su voz, pero bueno, como, como que el [espacio colectivo] fuese un sitio donde se pudiese hacer una charla que pusiese tan en contexto lo que es participar en un sitio como Latin Kings (mujer, Madrid, 29 años).

Esta situación requiere también la movilización de otras materialidades, como un espacio que acoja y permita la acción, tecnología para la elaboración del mensaje (papeles, teléfonos móviles), tecnología para la difusión de la actuación, previa y posterior, etc., por lo que disponer o no de ellas, incluso las modalidades de disposición, influyen también sobre el desarrollo de la actividad activista, sobre sus efectos y los sentires experimentados y narrables.

4.2. LA DIMENSIÓN NARRATIVA DE LOS SENTIRES

Esta elaboración de los sentires encaja bien con la perspectiva de la psicología discursiva, que analiza las emociones presentes en las narrativas personales (Edwards, 1999) que producimos en nuestras interacciones sociales para dar respuesta a sus demandas, mostrando el uso que se hace de ellas y las acciones y efectos del discurso emocional en las relaciones sociales. De hecho, los materiales que analizamos en la investigación social cualitativa, especialmente las entrevistas biográficas, se pueden entender como un conjunto de narrativas que elaboran las personas para dar cuenta de sí mismas, en las que los sentires aparecen con mucha frecuencia y que están elaboradas e integradas en el conjunto de experiencias personales.

En coherencia con la posición mantenida en torno al carácter inextricable de cognición y emoción, consideramos que no se trataría tanto de encontrar los discursos o narrativas emocionales, como plantea Edwards, sino de encontrar y analizar la dimensión o los aspectos emocionales de las narrativas personales con las que relatamos nuestras

experiencias, activistas o de otro tipo, en el contexto de la interacción social.

En ese sentido, podríamos entender casi cualquier fragmento relevante de nuestras entrevistas como una narrativa, con su dimensión tanto de elaboración cognitiva como emocional. Así, en el extracto 3 se relata la preferencia, cognitiva y emocional, por un activismo asambleario frente a la militancia en las rígidas, y viejas, organizaciones políticas tradicionales. En el extracto 4, se narra la incomodidad sentida ante un disenso doctrinal o en el marco discursivo del movimiento y que se expresa a través de distintos medios de transmisión de la información, por tanto, desde una experiencia mediada. En el 5, la satisfacción profunda sentida tras una actuación activista que tiene éxito y por la que se felicita al equipo organizador.

4.3. LA DIMENSIÓN SUBJETIVA DEL SENTIR

Precisamente este dar cuenta de sí conscientemente a partir de las narrativas personales nos pone sobre la pista de la capacidad autorreferencial de definirse a través de la forma en que sentimos (Denzin, 2007). Esto es, a través de las narrativas personales, las personas indican lo que sienten y lo que les conmueve y con ello se presentan ante los demás como un determinado tipo de actor con una moral propia, como un sujeto moral (Harré, 1984). Por ejemplo, sentir ansiedad ante el cambio climático, como en el extracto 1, y movilizarse en consecuencia nos sitúa como una persona responsable, cercana a la racionalidad científica y comprometida con la vida humana sobre el planeta. Del mismo modo, conmoverse por las imágenes del genocidio en Gaza y manifestarse en contra nos coloca como sujetos que defienden la dignidad y los derechos humanos.

Igualmente, la concordancia entre el tipo de activismo, en términos de objetivos y actividades, y el tipo de sujeto al que se aspira a ser o que se considera ser produce un sentimiento de plenitud que genera satisfacción y bienestar en la persona. Es lo que en el siguiente extracto nuestra participante traduce como “sentirse” (o no) coherente:

[Extracto 6]
En cada época de mi vida en que he estado en cada una de esas organizaciones, me he sentido supercoherente con todo lo que… De hecho, aquí como en [colectivos] rompo un poco porque empiezo a sentir esa incoherencia. Es cuando no me apetece involucrarme en esas dinámicas, entonces me alejo un poco. Pero en general, yo creo que en todas (mujer, Valencia, 27 años).

La experiencia activista, quizá más cuando se desarrolla en el periodo juvenil, tiene también un potencial de transformación de la propia subjetividad, en la medida en que la persecución de las causas activistas supone innumerables aprendizajes, nuevas experiencias o nuevas relaciones sociales. En el extracto 7 el participante desarrolla precisamente cómo el activismo le ha transformado como persona, en muchos niveles, en este caso relacionándolo con la movilización feminista y la interpelación que le supuso como varón:

[Extracto 7]
Creo que [militar] da una educación afectiva que no te da otras cosas. Que rebajarte, no pensarte más que otras personas está bastante bien. Y yo creo que nosotros también vivimos, mi generación, mucho del auge del feminismo y creo que nos cambió mucho a nivel afectivo, a nivel sexual y a nivel muchas cosas. Pues de pensarse, pues eso, las relaciones de igualdad y en eso me cambió total (hombre, Madrid, 29 años).

Pero sería importante destacar también la dimensión afectiva de esa transformación según el relato personal, que podríamos describir como una modificación de la forma de experimentar y sentir, que, partiendo de las relaciones de género, tendría repercusiones más amplias en la subjetividad personal.

4.4. LA DIMENSIÓN GRUPAL-COLECTIVA DE LOS SENTIRES

Situar la experiencia emocional en la interacción abre la posibilidad de que las emociones se transmitan, se compartan o que la expresión emocional de unos interactuantes influya sobre las de los otros. La capacidad humana para empatizar con las emociones de otros no presenta

nada de novedoso, pero ciertamente el modelo clásico de E-E-O-R nos sitúa en una orientación claramente individual que dificulta apreciar la forma en que las emociones individuales pueden compartirse con otros individuos, grupos o colectivos, lo que tiene una relevancia especial en el estudio de los MMSS. En la experiencia activista, podemos apreciar distintas formas en las que aparece el carácter grupal de la emocionalidad. La primera, que no requiere mucha explicación, es lo que algunos autores denominan conmoción (*commotion*): la posibilidad de que los seres humanos sientan lo que otras personas están sintiendo, a través de la experiencia directa o mediada. La segunda, menos tenida en cuenta, es cómo se pueden producir emociones comunes entre varias personas cuando las situaciones se elaboran conjuntamente, lo que sucede con frecuencia en el activismo y que se ilustra en el extracto 8:

> [Extracto 8]
> Con una compañera de [colectivo] hablábamos el otro día, y las dos llegábamos a la misma conclusión […] participar en un espacio como, que es como un colectivo muy pequeñito dentro de un barrio, en ese espacio en concreto, veíamos que las cosas se podían hacer, o sea, daba como si, como una actitud positiva respecto al futuro. Y que nos íbamos a casa contentas, la verdad (mujer, Madrid, 29 años).

Como se puede observar, se narra una conversación sobre la propia participación en el colectivo, elaborando cognitiva y, sobre todo, conjuntamente su valor y su impacto sobre la vida del barrio. La conclusión positiva de esta reflexión les produce un sentir positivo similar, una satisfacción o alegría compartida que se trasluce del relato.

La tercera sería la emoción colectiva que surge de una actividad conjunta, como una manifestación o una acción reivindicativa grupal, y que tiende a generar un emergente emocional compartido por los participantes, al menos en el tiempo que dura. Es lo que más arriba denominamos el *we-mode*. Sin embargo, la reelaboración posexperiencial puede conllevar la ruptura de la emocionalidad colectiva y dar lugar a sentimientos distintos, individuales o en grupo. Estos sentires colectivos se aprecian bien cuando se utiliza la primera persona del plural, ese nosotros que representa al colectivo. En el extracto 4, veíamos como de una discrepancia doctrinal se derivaba un conflicto entre distintos "nosotros"

activistas, acompañado de unos sentires de incomodidad, negativos, que producían un distanciamiento entre los colectivos.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN: LOS SENTIRES Y LA ACCIÓN ACTIVISTA

Una dimensión que merece especial atención, y que es seguramente la más elaborada por los estudios sobre MMSS, es la acción activista. Se trata de algo intrínseco a los MMSS y realmente su razón de ser: realizar acciones para la transformación de la realidad social. Por otro lado, el esquema clásico de estudio de las emociones (E-E-O-R) otorga un lugar relevante a la respuesta conductual producida tras la elaboración cognitiva de la emoción. La centralidad de esta cuestión nos puede servir para construir un cierre tentativo del texto, vinculando las implicaciones que podría tener nuestro modelo de los sentires activistas sobre la acción activista. Vemos necesario realizar algunas apreciaciones derivadas de los análisis que realizamos de los activismos juveniles a partir de entrevistas biográficas.

Poner el foco en sentires y en narrativas activistas no nos permite establecer con facilidad conclusiones sobre la influencia de la dimensión emocional ante situaciones concretas o puntuales. Pero sí nos permite dar cuenta del papel que otorgan las personas activistas a sus sentires en relación con una serie de experiencias de activismo que agrupan según su propio criterio por similitud y continuidad en el tiempo. Esto es congruente con los planteamientos teóricos realizados hasta el momento, que dan más importancia a las experiencias que al estímulo y también más importancia al flujo continuo de elaboración cognitivo-emocional que a la cognición discreta.

De este modo, las narrativas activistas relatan una diversidad de cuestiones que pueden producirles sentires diversos, siempre más complejos que las emociones habitualmente señaladas en la investigación. Así, tienden a aparecer sentires similares cuando una actividad organizada por el colectivo (asamblea, manifestación) se percibe como exitosa, que suele describirse narrativamente en términos de satisfacción, bienestar, plenitud, etc. Algo parecido sucede cuando se produce una congruencia

entre los marcos dentro del movimiento, lo que facilita precisamente el acuerdo en el diseño de acciones reivindicativas. Lo contrario sucede cuando la actividad no tiene éxito o cuando se producen discrepancias en el marco discursivo del movimiento: se relatan sentires de incomodidad, decepción o frustración.

Esto se puede relacionar con la importancia que tiene la eficacia percibida para la actividad activista (Van Zomeren, 2015), con la relevancia de los rituales de la interacción que producen energía emocional que contribuye al sostenimiento del colectivo (Collins, 2004) o con unas inversiones emocionales que buscan un rendimiento en la economía libidinal (Goodwin, 1997). Sin embargo, nuestro modelo, por su componente narrativo y de elaboración continua de experiencias no puede asumir estos planteamientos en su totalidad. Es la construcción del relato activista, personal o colectivo, a partir de las distintas experiencias, lo que, por coherencia narrativa, termina por establecer una relación entre los sentires y las decisiones tomadas en el ámbito del activismo. Por supuesto, esta coherencia narrativa se traducirá en decisiones coherentes con las elaboraciones cognitivo-emocionales, pero dependerán no solo de los sentires, sino de la situación contextual, las alternativas existentes, incluso de la propia biografía individual.

Igualmente, puede ser importante distanciarse de un posible modelo que pudiera sustituir al actor racional, que busca gratificaciones materiales, por un actor emocional que sistemáticamente busque gratificaciones emocionales o energías emocionales positivas. El compromiso activista con la causa puede llevar a sacrificios, realización de actividades que puedan incomodar o a soportar fracasos o pocos avances en la lucha emprendida. Las elaboraciones cognitivo-emocionales que se realizan a partir de las experiencias activistas tienen un carácter ciertamente complejo, que permite considerar aquellos aspectos que provocan sentires positivos junto con aquellos que provocan otros menos agradables y tomarlos conjuntamente en consideración. Así, la falta de éxito en las movilizaciones se compensa de algún modo con las relaciones cercanas, primarias, que se mantienen con los miembros del colectivo. Sin embargo, cuando el relato activista narra solamente sentires no agradables o positivos, la continuidad de la persona en el activismo puede mantenerse

durante un tiempo, pero resulta insostenible a medio plazo.

Aunque entendemos que estos planteamientos pueden ser aplicables al estudio de los movimientos sociales de forma amplia, creemos que la experiencia emocional de la juventud activista es seguramente más intensa y por ello un elemento clave de su experiencia en los movimientos sociales.

BIBLIOGRAFÍA

AHMED, S. (2010): "Killing Joy: Feminism and the History of Happiness", *Signs*, vol. 35, nº 3, pp. 571-594.

COLLINS, R. (2004): *Interaction Ritual Chains*, Princeton, Princeton University Press.

DAMASIO, A. (2010): *Self Comes to Mind: Constructing the Conscious Brain*, Nueva York, Vintage Books.

DENZIN, N. (2007): *On understanding emotion*, Nueva Jersey, Transaction Publishers.

EDWARDS, D. (1999): "Emotion Discourse", *Culture & Psychology*, vol. 5, nº 3, pp. 271-291.

EMIRBAYER, M. y GOLDBERG, C. A. (2005): "Pragmatism, Bourdieu, and collective emotions in contentious politics", *Theory and Society*, vol. 34, pp. 469-518.

FLAM, H. (1990): "Emotional 'man' I. The emotional 'man' and the problem of collective action", *International Sociology*, vol. 5, nº 1, pp. 39-56.

GAMSON, G. (1992): *Talking Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.

GIBSON, J. J. (1979): *The Ecological Approach to Visual Perception*, Nueva Jersey, Lawrence Erlbaum.

GOODWIN, J. (1997): "The libidinal constitution of a high-risk social movement: Affectual ties and solidarity in the Huk rebellion, 1946 to 1954", *American Sociological Review*, vol. 62, nº 1, pp. 53-69.

HARRÉ, R. (1984): *Personal Being: A Theory for Individual Psychology*, Cambridge, Harvard University Press.

HOCHSCHILD, A. R. (2003): *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*, Berkeley, University of California Press.

JASPER, J. M. (2012): "¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas", *Sociológica*, vol. 27, nº 75, pp. 7-48.

OLDENBURG, R. (1989): *The Great Good Place: Cafés, coffee shops, bookstores, bars, hair salons, and other hangouts at the heart of a community*, Boston, Berkshire.

PHELPS, E. A. (2006): "Emotion and cognition. Insights from studies of the human amygdale", *Annual Review of Psychology*, vol. 57, pp. 37-53.

SCHMID, H. B. (2014): "The feeling of being a group: corporate emotions and collective consciousness", en C. von Scheve y M. Salmela (eds.), *Collective Emotions: Perspectives from Psychology, Philosophy, and Sociology*, Oxford, Oxford University Press, pp. 3-16.

STEINERT, S. y DENNIS, M. J. (2022): "Emotions and Digital Well-Being: on Social Media's Emotional Affordances", *Philosophy & Technology*, vol. 35, nº 36.

SULLIVAN, G. B. (2015): "Collective emotions", *Social and Personality Psychology Compass*, vol. 9, nº 8, pp. 383-393.

TAYLOR, V. (1989): "Social Movement Continuity: The Women's Movement in Abeyance", *American*

Sociological Review, vol. 54, nº 5, pp. 761-75.

ZOMEREN, M. van (2015): "Collective action as relational interaction: A new relational hypothesis on how non-activists become activists", *New Ideas in Psychology*, vol. 39, pp. 1-11.

SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

Myriam Aarab
Investigadora predoctoral en la Universidad Complutense de Madrid, donde está realizando una tesis sobre participación entre colectivos vulnerables. Ha trabajado como investigadora social en diferentes entidades y tiene varias contribuciones en congresos nacionales e internacionales sobre temas como activismos juveniles, movimientos sociales, apoyo mutuo y colectivos en situación de precariedad y exclusión social.

Yolanda Agudo Arroyo
Socióloga. Profesora titular del Departamento de Teoría, Metodología y Cambio Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Combina su docencia en Sociología de la Educación, Métodos y Técnicas de Investigación y Género y Medios de Comunicación con investigaciones sobre los vínculos entre la educación superior y el empleo desde la perspectiva de género, sobre la sociología de la juventud, sobre la metodología de la educación a distancia y sobre metodología de la investigación.

Jorge Benedicto (ed.)
Catedrático de Sociología en el Departamento de Sociología II de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED. Ha sido profesor visitante en l' Universita degli Studi di Firenze, en l'Institut National de la Recherche Scientifique de Quebec y en el Centre d'Etudes des Mouvements Sociaux de l'EHESS. Ha sido promotor y presidente del Comité de Investigación en Estudios de Juventud de la Federación Española de Sociología. Sus intereses investigadores están centrados en el análisis sociopolítico de la juventud, la construcción de la ciudadanía y los procesos de politización y participación. Es investigador principal del

proyecto Youth Activisms.

Judith Bessant
Distinguished Professor en RMIT University, Melbourne. Ha publicado muchos libros y artículos en revistas académicas. Es una investigadora interdisciplinar con intereses en estudios sobre la juventud, ciencias políticas, salud pública y planetaria, estudios sobre políticas, estudios tecnológicos e historia. Ha asesorado a Gobiernos australianos e internacionales, ONG y organizaciones comunitarias, y defiende los derechos de los niños y los jóvenes. En 2017, fue nombrada miembro de la Orden de Australia (AM) por su importante labor en el ámbito de la educación como científica social, defensora y académica especializada en la investigación de estudios sobre la juventud. En 2024 fue elegida miembro de la Academia de Ciencias Sociales de Australia. Fue comisionada de la segunda Comisión Lancet sobre Salud y Bienestar de los Adolescentes y codirigió la línea de trabajo "Enfoque de los sistemas socioecológicos para la justicia intergeneracional" de ese proyecto para elaborar "A Wakeup call: the second Lancet Commission on adolescent health and wellbeing".

Gomer Betancor
Investigador postdoctoral en la UNED en el Departamento de Sociología II. Ha sido investigador postdoctoral Margarita Salas en la UCM e investigador visitante en el Work and Equalities Institute (University of Manchester), en The Centre on Social Movement Studies (Scuola Normale Superiore) y en la Universidad de La Sapieza (Roma). Sus investigaciones principales se centran en el estudio de los activismos juveniles, la difusión en los movimientos sociales y las resistencias contra el turismo masivo.

Ricardo Campos
Investigador principal del Centro Interdisciplinario de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas (NOVA FCSH) y profesor invitado en los programas de máster y doctorado en Relaciones Interculturales de la Universidade Aberta. A lo largo de los años, ha realizado investigaciones en varios centros de investigación sobre temas relacionados con las culturas juveniles urbanas, el arte urbano, los medios digitales, la antropología visual y la cultura visual, y ha publicado varios

capítulos de libros y artículos en revistas nacionales e internacionales sobre estos temas.

Patricia García Espín
Profesora de Sociología Política de la Universidad de Granada. Sus investigaciones tratan sobre cómo las desigualdades culturales, de clase y género influyen en la participación sociopolítica. Recientemente, ha publicado *Las articulaciones de la participación*, un estudio sobre como esta se conjuga con los frenéticos ritmos de vida actuales.

Javier Gil
Investigador Ramón y Cajal en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Doctor en Sociología por la UNED, ha sido investigador postdoctoral en el Institute for Housing and Urban Research de la Universidad de Uppsala y en el Departamento de Sociología II de la UNED. Su trabajo se centra en el estudio de la financiarización de la vivienda, la sociología urbana, las plataformas digitales y los movimientos sociales.

Emma Gómez Nicolau
Socióloga y profesora en el Departamento de Filosofía y Sociología de la Universitat Jaume I (Castelló, España). Coordina el Máster Universitario en Igualdad y Género en el ámbito público y privado. Sus líneas de investigación se centran en los estudios de género, con especial atención a la representación mediática de la violencia de género, los activismos feministas y los movimientos por la salud. Actualmente investiga sobre las particularidades de los activismos feministas juveniles como espacios de resistencia frente a las violencias.

Alejandro Gonzalo Puyod
Licenciado en Sociología, tiene un máster en Metodología de la Investigación en Ciencias Sociales por la Universidad Complutense de Madrid. En la actualidad, realiza un doctorado sobre nuevos movimientos sociales ecologistas en la Universidad Pablo de Olavide. Sus líneas de investigación son la configuración de identidades en contextos de precariedad y el estudio del movimiento ecologista. Ha participado en varios proyectos de investigación en la Universidad Complutense de Madrid, destacando el proyecto JUCLIDES (Juventud por el Clima en

España).

Josué Gutiérrez Barroso (ed.)
Profesor contratado doctor del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de La Laguna. Sus líneas de investigación son la evaluación de políticas públicas, juventud, educación y sociedad digital. También ha sido el investigador principal en proyectos regionales y municipales sobre juventud, igualdad y salud pública. Actualmente, es investigador en proyectos internacionales relacionados con los impactos del cambio climático en la sociedad y sobre desigualdad social.

Almudena de Linos Escario
Socióloga. Investigadora predoctoral en el programa de doctorado en Análisis de Problemas Sociales de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) en el que desarrolla su tesis doctoral "Protagonistas del cambio: el activismo feminista joven pos-15M como vehículo de la transformación del concepto género en España". Experta en estudios de mercado e innovación social, ha sido directora general en Escario Research, Advira Beyond Research y actualmente en Telling Insights, empresa dedicada a la investigación dirigida a la innovación.

Sebastian Lyons
Es escritor, poeta, músico y artista. Su propósito en la vida es la creación y eso es lo que enciende su pasión.

Marta Marbán Parera
Doctoranda en el ámbito de investigación de psicología social en la Universidad Complutense de Madrid. Se graduó en Antropología Social y Cultural y cuenta con un máster en Psicología Social. Sus principales líneas de investigación se centran en la identidad sociocultural, el análisis social de las emociones y el estudio de los entornos digitales. Desarrolla su actividad investigadora en el grupo Youth Activisms, con el que ha difundido sus resultados en distintos congresos académicos.

Pau Orihuela Sánchez
Doctorando en el programa de sociología "Cambio social en sociedades contemporáneas", de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Graduado en Sociología por la Universidad de Granada (UGR) y

máster en Comunicación, Cultura, Política y Sociedad por la UNED, ha participado en proyectos de investigación en el CSIC y en la UNED, y ha sido beneficiario de becas de excelencia en el CIS y la UGR. Sus principales líneas de interés giran en torno a la acción colectiva y los movimientos socioambientales en Canarias, abordados desde una perspectiva cualitativa.

Juan Carlos Revilla
Profesor titular de Psicología Social en el Departamento de Antropología Social y Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Sus líneas de investigación son los estudios de juventud, los movimientos sociales, la identidad y los procesos de subjetivación y los estudios críticos del trabajo y las organizaciones. Entre otros proyectos, ha sido coordinador nacional de dos proyectos europeos del 7º Programa Marco (SPHERE y RESCuE).

Roger Soler-i-Martí
Profesor lector en el Departamento de Ciencias Políticas y Sociales de la Universitat Pompeu Fabra. Su investigación se centra en la relación entre juventud y democracia, analizando cómo las transformaciones sociales y ambientales influyen en las actitudes y comportamientos políticos de las personas jóvenes. También estudia cómo las instituciones, las políticas públicas y los sistemas de bienestar responden a sus necesidades, así como el papel de la juventud en los movimientos sociales.

Rob Watts
Profesor de Política Social en la Facultad de Estudios Globales, Urbanos y Sociales en de la RMIT University, Melbourne. Es autor de 23 libros, entre los que se incluyen *Criminalising dissent: the liberal state and the problem of legitimacy* (Routledge), y de numerosos capítulos de libros y artículos de revistas. Actualmente, trabaja en un importante estudio de investigación sobre el movimiento estudiantil australiano contra el cambio climático (2023-2026) y está terminando un libro sobre los engaños de la participación juvenil y la democracia. Miembro fundador del Partido Verde en Victoria, ha explorado y defendido ideas como la renta básica, la garantía de empleos verdes y la promoción de una cultura de derechos humanos en Australia.

NOTAS

1 . Este proyecto, titulado “Compromisos sociopolíticos y activismos juveniles en una sociedad individualizada: formas, significados y procesos de transformación” ha sido financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y la Agencia Estatal de Investigación en su convocatoria de Proyectos de I+D+i (PID2020-117529RB-I00).

2 . Toda la documentación y datos sobre el citado proyecto están depositados en la base de datos publica e-cienciaDatos a través de https://n9.cl/ehy6h.

3 . Olin Wright toma en consideración la posición económica incluyendo: la propiedad de los medios de producción (propietarios/no propietarios); la posición en la escala de dirección (directivos/no directivos) y el nivel de escolaridad (estudios superiores/no superiores).

4 . Según los resultados del IJE2024, el 2,2% de los entrevistados de entre 15 y 34 años dice pertenecer o haber pertenecido en los últimos 12 meses a un partido político. El 5,2% afirma que ha pertenecido en años anteriores (Feixa *et al*. 2025: 302).

5 * Agradecemos la financiación de esta investigación que se ha realizado en parte por una beca Discovery del Consejo Australiano de Investigación titulada “Nuevas posibilidades: los jóvenes y la renovación democrática” (DP230101704). Agradecemos también a los coinvestigadores del proyecto: Philippa Collin (Universidad de Western Sydney), Michelle Catanzaro (Universidad de Western Sydney), Luigi DiMartino (Universidad de Western Sydney) y Faith Gordon (Universidad Nacional de Australia).

6 . En castellano, la expresión más habitual para esta práctica sería la de “rebuscar en los contenedores”, sin embargo, creemos que es mucho más gráfico utilizar la traducción literal de la expresión inglesa que utilizan los autores: *dumpster diving*.

7 . Rush (2006), Edwards y Mercer (2013), Giles (2013 y 2025), Watson *et al*., (2025) y Ross y Phillips (2025).

8 . La descripción de los perfiles de las personas entrevistadas que se mencionan en el texto puede consultarse en el fichero publico depositado en e-cienciaDatos, https://n9.cl/ehy6h.

9 . Agrikoliansky (2017), Darmon (2008), Fillieule (2001) y Fillieule y Pudal (2010).